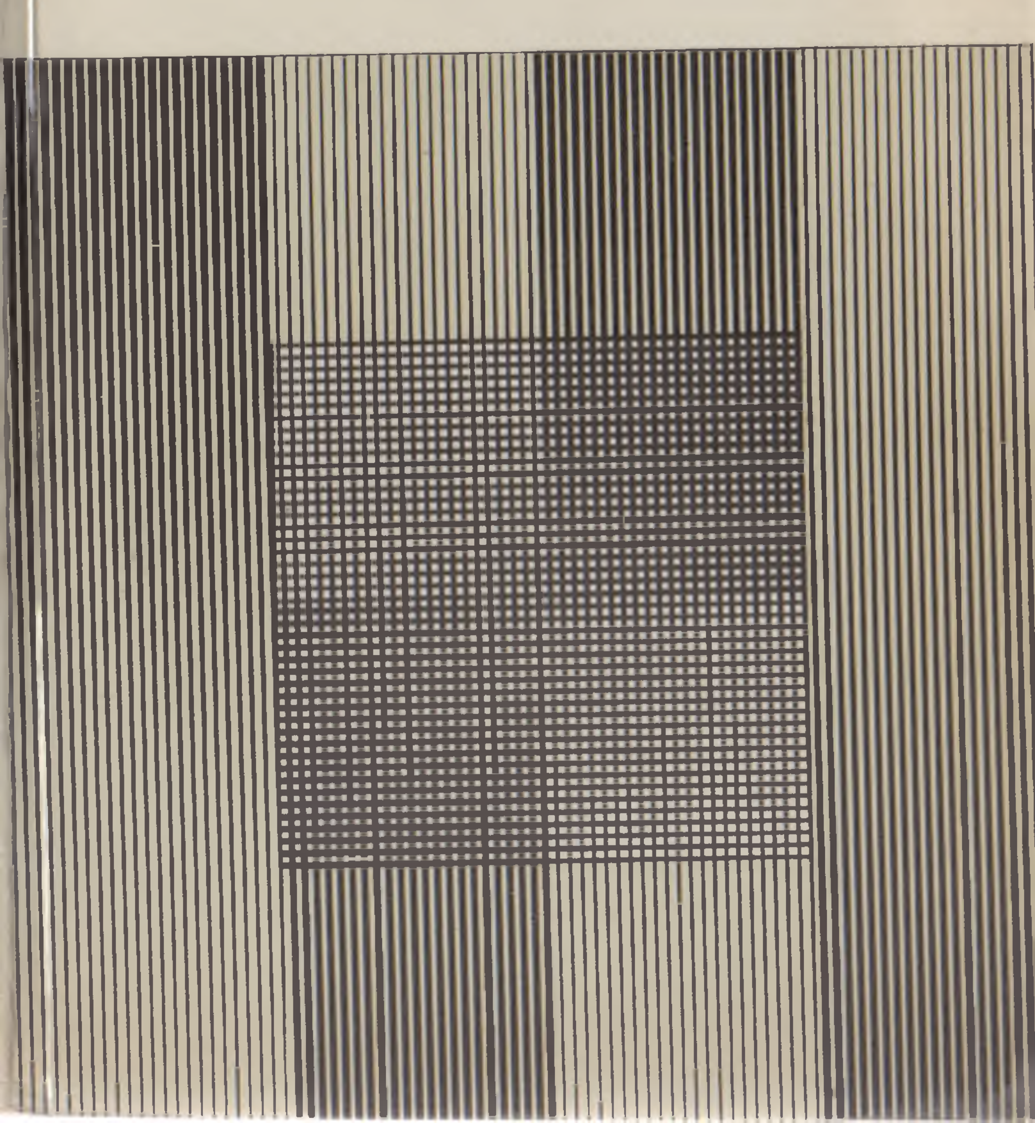
DEMÓSTENES

Werner Jaeger

c f e



DEMOSTENES

Werner Jaeger afirma que “no es posible entender —sin Demóstenes— la funesta lucha intelectual y política de Grecia en el siglo IV a.c.”. La figura de Demóstenes, Jaeger lo demuestra, ha resentido el efecto deformante de dos malinterpretaciones decisivas: una, la filológica, que rescata el solo brillo de su oratoria; la otra, histórica, que lo sitúa en la contracorriente que opone al curso implacable de los hechos un esfuerzo incomprensivo y estéril. Los dos puntos de vista yerran, y no sólo por su parcialidad: al parcelar, mutilan y deforman. El autor afirma, en cambio, con una visión más precisa y sabia: Demóstenes tiene que ser considerado en su entera complejidad, las Filípicas deben leerse contra el fondo histórico, político e incluso filosófico que fueron su campo de posibilidad. Como hecho de la cultura griega, como generador de esa cultura (en su etapa de “agonía”), como político, Demóstenes ha de ser revalorado. No otra cosa hace Jaeger en esta obra. Por vez primera publicado en nuestro idioma —en la versión de Eduardo Nicol— en 1945, reeditado ahora, el *Demóstenes* de Jaeger completa la monumental visión histórico-filosófica contenida en *Paideia,* también impresa con nuestro sello editorial.

Primera edición en inglés, 1938
Primera edición en español, 1945
Primera reimpresión, 1976

FCE, Biblioteca. Programa de catalogación en la publicación.

Jaeger, Werner Wilhelm, 1888–1961.
Demóstenes. La agonía de Grecia. México, Fondo de Cultura Económica [1945, 1976]
309 p. (Sección de obras de filosofía)

Título original: Demosthenes. The origins and growth of his policy.

1. Demóstenes, 384-322 a. C.

PA3952.E8J3 885.1 FCE 76-9

Traducción de
EDUARDO NICOL

INDICE GENERAL

PREFACIO A ESTA EDICION

Es PARA MÍ una gran satisfacción ver traducido al español mi *Demóstenes*, que se publicó en inglés en 1938, como consta en el prefacio de esa edición, que aparece también en la presente. Poco es lo que debo añadir a lo dicho en él, pero me complace llamar la atención del lector sobre mi otra obra, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, de la que han aparecido dos nuevos volúmenes desde que se publicó *Demóstenes*. La obra entera ha sido publicada en español por el Fondo de Cultura Económica. El último capítulo del volumen III de *Paideia*, que trata de Demóstenes y de su lucha por la libertad de Grecia, se basa en los resultados del presente libro. Por otro lado, los volúmenes II y III de *Paideia* ofrecen un cuadro mucho más amplio del fondo dentro del cual se desarrollan las luchas que sostuvo Demóstenes durante toda su vida, y que puede ser útil para quienes quieran saber más de lo que se dice en los primeros capítulos de *Demóstenes*.

De los tres apéndices que no pudieron incluirse en *Demóstenes* (véase el Prefacio a la edición inglesa), uno se publicó por separado con el título *The Date of Isocrates' Areopagiticus and the Athenian Oposition*, en la serie *Harvard Studies in Classical Philology*, volumen especial (Cambridge, Harvard University Press, 1941), pp. 409-450. Esta publicación constituye un suplemento importante a mis observaciones sobre el *Areopagiticus* de Isócrates que aparecen en la página 68 y en las notas números 10 y 12 de las páginas 266 de este libro. En el

volumen III de *Paideia* también hay un capítulo sobre este tema. Quienes no tengan acceso a los *Harvard Studies* pueden remitirse a él.

Por último, me complace expresar mi sincera gratitud al traductor de este libro, profesor Eduardo Nicol, de la Universidad Nacional de México, por el excelente trabajo que ha realizado en este volumen. A su inteligencia y comprensión de las cosas, así como al interés que puso en la empresa la editorial Fondo de Cultura Económica debo que este libro pueda hoy leerse en los países de habla española.

WERNER JAEGER

Noviembre de 1945
Harvard University
Cambridge, Massachusetts

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION

Este libro reúne una serie de conferencias que di en Berkeley, como profesor de la cátedra Sather de Literatura Clásica, en la Universidad de California. Me complace, ahora que están listas para publicación, expresar mi profunda gratitud por el honor que se me hizo al encargarme de esa cátedra en 1934. Esta invitación sirvió para presentarme al Nuevo Mundo, el cual, subsiguientemente, ha venido a ser mi segundo hogar y la escena de mi permanente actividad.

Después de un período de fluencia, en el siglo xix, los estudios sobre Demóstenes fueron más descuidados que cualquier otro campo de la literatura clásica. El veredicto pronunciado por la moderna historiografía sobre Demóstenes, como hombre de estado, produjo, además, un efecto paralizador sobre la investigación filológica. Pero, sin embargo, no es posible entender —sin Demóstenes— la funesta lucha intelectual y política de Grecia en el siglo iv a. c. Este libro no ofrece una biografía o una reconstrucción de los sucesos históricos. Se propone una reinterpretación de los discursos de Demóstenes, en tanto que documentos auténticos de su pensamiento y su acción políticos. Paradójicamente, el pensamiento político práctico de los griegos ha sido menos investigado que su teoría política. El presente libro puede ayudar a obtener, de los propios discursos de Demóstenes, el criterio para su comprensión política.

Durante algunos años había planeado publicar un estudio más analítico sobre este tema. Las conferencias indicadas me instigaron a moldear mis pensamientos en

una forma más accesible. Debo gratitud, además, a la University of California Press por permitirme añadir extensas notas que no solamente contienen el necesario material de referencia, sino que también tratan de cierto número de cuestiones especiales. Por ser muchas de ellas digresivas, todas las notas han sido puestas al final del volumen e impresas en un tipo mayor que el empleado usualmente para este propósito. Originalmente, había pensado incluir también cuatro apéndices. Sólo uno de ellos, sobre el *Plataicus* de Isócrates, ha sido conservado. De los demás, sobre el *Areopagiticus* de Isócrates, sobre la *Primera Filípica* y sobre el *Discurso Décimotercero* de Demóstenes, he tenido que prescindir por causa de su extensión. Serán publicados aparte. El texto de las conferencias fué entregado al traductor a principios de 1934, y a la Universidad de California a fines del propio año. Desde entonces, tan sólo han sido añadidas las notas, las cuales fueron entregadas a la imprenta el verano de 1936. No pude referirme, por tanto, con extensión, a los libros recientemente publicados de Piero Treves, Paul Cloché y Gustave Glotz, sobre los cuales recayó mi atención, o pude yo obtenerlos, después de terminar mi manuscrito.

Finalmente, deseo dar las gracias a mi traductor, el señor Edward S. Robinson, del Kenyon College, Gambier, Ohio, U. S. A., por el extraordinario cuidado y la comprensión con que ha cumplido su labor. Estoy también muy reconocido a mi amigo y colega el profesor George M. Calhoun, de la Universidad de California, por su generosa ayuda al corregir las pruebas.

WERNER JAEGER

Chicago, Illinois,
septiembre, 1937

CAPITULO PRIMERO

LA RECUPERACION POLITICA DE ATENAS

INTRODUCCIÓN

El hombre de quien se ocupan estas páginas no puede contarse ya entre aquellas figuras de la antigüedad cuya alta reputación en el mundo docto permanece indiscutida. Hasta pudiera parecer que debo alguna excusa por haberlo elegido como tema. Quienquiera que espere el aplauso unánime de sus lectores, hará bien en no tomar por héroe a un político, especialmente a un político sin laureles de victoria. La Historia está siempre dispuesta a reconocer la grandeza de un poeta o de un filósofo, sin reparar en lo mal que ellos puedan haber encajado en su tiempo; pero, habitualmente, juzga del estadista práctico por su éxito, no por sus intenciones. La labor de la historia es comprender los hechos consumados con que se enfrenta, y esta comprensión puede, con demasiada facilidad, tomar la forma de una justificación de esos hechos y dedicar sólo un encogimiento de hombros al bando que pierde.

Pero Demóstenes —podríamos objetar— no fué un mero hijastro de *Tyche,* que incitara nuestra profunda simpatía tan sólo por su inmerecido destino. Con todo, el clasicismo tradicional, que lo veneró como al último y desdichado paladín de la libertad griega, ha cedido el paso a un nuevo tipo de pensamiento histórico, que surgió con el siglo XIX, y cuyo efecto ha sido moderador. Hemos aprendido ahora que, en tiempos de Demóstenes, una subyacente ley del desenvolvimiento alejaba a los

griegos del antiguo y limitado estado-ciudad y los conducía hacia el imperio universal de Alejandro y la cultura universal del Helenismo. Vista en esta nueva y vasta perspectiva, la figura de Demóstenes se reduce a un pequeño obstáculo en el curso de un proceso histórico irresistible. Parece hoy puramente accidental que la tradición preservara tantos de sus admirados discursos, mientras permitió que desaparecieran las obras históricas sistemáticas del mismo período, dando así a la posteridad una imagen de esta época permanentemente deformada, con las verdaderas proporciones completamente alteradas. Pero esta calamidad misma fué convertida en virtud. Lo que Herodoto y Tucídides hicieron con el siglo v, el historiador moderno ha tenido que hacerlo con el IV. ¿Y acaso no ha mostrado verdadero discernimiento histórico al desenmascarar a la elocuencia de Demóstenes y presentarla como vana verbosidad, a pesar de su bimilenario renombre; y al convertirse en abogado de las reales fuerzas históricas que superaron la resistencia de Demóstenes a la marcha de los acontecimientos?

Con bastante aproximación, ésta ha sido la *communis opinio* de los historiadores en el siglo XIX. Era natural, por supuesto, que Johann Gustav Droysen, el descubridor del Helenismo alejandrino, se hubiera interesado poco por Demóstenes, pues su entusiasmo por Alejandro, como héroe y promotor de la nueva era, hace que todo lo demás se tiña de insignificancia. La situación es distinta cuando llegamos a las grandes obras históricas del período positivista, hacia fines del siglo, especialmente a la *Griechische Geschichte* de Karl Julius Beloch.[1] Beloch puede ser considerado como el representante más idóneo de este grupo, no sólo porque su obra, como es bien sabido, destaca por su atención a los hechos, sino también porque su descripción del desenvolvimiento griego está dominada por la misma predisposición teó-

rica que, más o menos conscientemente, ha determinado todo el pensamiento histórico en nuestros días. Todos nosotros nos hemos educado en esta manera de ver las cosas. El hecho de que la vida política griega adoptara la forma de un grupo de estados-ciudades autónomos fué, para el unitarismo nacional del siglo XIX, un escándalo histórico. Había una fuerte presunción de que, al final, este "particularismo" había de desembocar de un modo u otro en una unidad nacional más amplia, como en el caso de los pequeños estados de Alemania e Italia en el siglo XIX. El papel unificador que recayó ahí en las potencias militares de Prusia y Savoya, parecía haber sido desempeñado en la Hélade por el reino de Macedonia. La historia entera de Grecia era audazmente representada, sobre esta falsa analogía, como un proceso necesario de desenvolvimiento que conducía naturalmente hacia un fin único: la unificación de la nación griega bajo la dirección macedónica. Lo que Demóstenes y los más de sus contemporáneos habían considerado la muerte de la libertad política griega, era considerado ahora, de repente, como el cumplimiento de todas las promesas con que el destino había bendecido la cuna del pueblo griego. De hecho, esto equivalía a juzgar de la historia griega con una medida enteramente extraña; y Demóstenes fué víctima de esta falsa interpretación. Pero ya comienza a hacerse valer una nueva apreciación de todos los hechos y personajes históricos. En general los investigadores positivistas tienen un sentido mejor desarrollado para los factores políticos, militares y económicos, que para la personalidad humana, y esto era lo que estaba operando. Si no ¿cómo pudo haber sido que, justo en el tiempo en que el crédito de Demóstenes bajaba, subían el de Isócrates y el de Esquines? Esta situación, aun la sensibilidad más rudimentaria la reputaría falsa. Acaso ya no sea tan difícil reconocer la ahis-

toricidad del criterio que Beloch y otros de la misma escuela aplicaron a los acontecimientos del período de Demóstenes. Pero cuando alguien se empeña en lograr una visión general como esa, y la consigue al fin, encuentra dificultades infinitas en escapar a su hechizo cuando se llega a los detalles; pues la distorsión se extiende a las minucias mismas del juicio histórico. Si el criterio de medida es artificial, los hallazgos tienen que ser parecidamente artificiales; especialmente si, como en Beloch, se envuelve en ellos un cierto tono emocional. Por este camino, el historiador se convierte en algo no muy superior al escritor tendencioso, y persigue a su presa por todas las hendiduras y escondrijos con la obstinación y la pertinacia inherentes al investigador.

Naturalmente, hubo todavía defensores de Demóstenes, aun después de esa reversión de la opinión histórica. La obra de Arnold Schaefer, cuyo primer volumen apareció en 1856, fué preparada con el mayor cuidado filológico, y todavía es de fundamental importancia para todos los problemas especiales. Quedó virtualmente inafectada por los nuevos puntos de vista de Droysen; y su título mismo: *Demosthenes und seine Zeit*, indicó que se tomaba en ella a Demóstenes como punto de orientación para la historia de todo el siglo IV. En esta obra, Schaefer intentó trazar un detallado cuadro histórico, saturado de esa adoración del héroe que el clasicismo ha rendido al gran orador de la libertad, de suerte que el ideal quedara bien fortalecido contra los últimos atropellos. Pero, desgraciadamente, ese amable sabio alemán era hijo de un país todavía no consciente, políticamente, y no enfocaba bien la dinámica de la vida política. Consecuentemente, cuando llegó al punto crítico de juzgar la política de Demóstenes, su celo enorme resultó ineficaz; y, a decir verdad, su moralizante ortodoxia resulta muchas veces un tanto pesada. La versión

de George Grote es enteramente otra cosa. Pero Grote fué un banquero y un miembro del Parlamento; él ve la lucha de la democracia ateniense contra el imperio macedonio demasiado desde el punto de vista natural en un hombre de sus firmes principios liberales, y por esto no rinde plena justicia al partido de la oposición, ni aún al propio Demóstenes.[2] Pues, como trataremos de probar, el desarrollo político de Demóstenes fué demasiado complejo, y su centro de gravedad demasiado peculiarmente situado, para que pueda ser marcado con ningún rótulo de partido.

Si bien tengo la impresión de que llegó el momento de revalorar a Demóstenes, esto no significa que debamos regresar a Schaefer y a Grote. La simple reacción no está bien nunca, y esto no sería otra cosa que reacción. Nunca más podrá considerarse a Demóstenes como el punto focal de todo un siglo, durante el cual el péndulo osciló violentamente desde el porfiado regionalismo de una gente arraigada de antaño, hasta un universalismo que arrasaba todas las barreras nacionales. Pero el hecho de que la historia decidiese en contra de Demóstenes no disminuye nuestro interés por el espíritu que le hizo a él resistir a las fuerzas de su tiempo. ¿Qué hombre de entendimiento lo estimaría a él menos porque no fuera un Alejandro? De este modo, la historia de Demóstenes se convierte en algo más que la biografía de cualquier mero hombre de partido. Pues ella encarna subsidiariamente un destino de significación universal: la caída de la *polis* o estado-ciudad, la cual había sido la forma típica del estado griego a lo largo de su período clásico. Habíase hecho ya inevitable que la vieja y altamente desarrollada unidad de la vida griega, manifiesta en la *polis*, se disolviera en el cosmopolitismo del gran imperio. El fruto estaba en sazón y pronto a desprenderse. Este proceso puede parecerle del todo "orgánico" al

historiador moderno; pero, para quienes lo sufrieron en su vida cotidiana —para quienes el espíritu de la historia griega estaba vivo aún— constituyó un acto de inaudita violencia contra la condición moral y espiritual de la civilización griega. De esta tremenda crisis, la lucha de Demóstenes constituye un aspecto; el intento platónico de renovar el estado, es otro. El no reparar en la importancia del empeño de Platón, como factor en la historia, por la simple razón que su estado ideal no podía ser realizado, no resulta menos falso que negar la grandeza histórica de la lucha a muerte de Demóstenes por mantener la *polis* verdadera, simplemente porque el buen juicio nos muestra que no tenía remedio.

En nuestro esfuerzo para aproximarnos de nuevo a Demóstenes, no debemos esperar comprenderlo en términos de política moderna. Demóstenes es tan sólo un hombre; pero su historia necesita el contexto de toda la historia emocional e intelectual del estado griego, desde el fin de la guerra del Peloponeso en adelante. Por lo que se refiere a la comprensión del siglo IV, tal vez en ningún otro respecto hemos adelantado tanto, hasta hoy, desde que Droysen descubrió el helenismo posterior, como en aprender a ver cuán indisolublemente conectado se encuentra el desarrollo del espíritu griego del período de Platón con esos procesos externos de la historia política, de los cuales hicimos antes lo posible por mantenerlo inmaculadamente despegado.[3]

Empezaré esbozando esta historia interna desde el tiempo en que Demóstenes aparece por primera vez, y luego seguiré su desarrollo a través de sus discursos. Sin duda, es cierto que el pensamiento y la voluntad de un político están sujetos en cada momento a las realidades de la situación externa con que se enfrenta; y quienquiera que lo juzgue en su función, deberá no descuidar

aquellos acontecimientos reales en que él toma parte activa. De ahí que no podamos limitarnos al cuadro que nos presentan los discursos de Demóstenes. Nuestra estimación de ellos debe ser corregida a la luz de los hechos, hasta donde sea permitido averiguarlos. Desdichadamente, lo que podemos saber está angostamente limitado, pues aquello que deja una huella en nuestra tradición es siempre la personalidad intelectual, la cual imprime en los acontecimientos la forma de su propio pensamiento y su experiencia —ya sea la personalidad de quien los describe, como Tucídides, ya la de quien participa en ellos, como Demóstenes—. Nunca podemos reconstruir el curso efectivo de los acontecimientos. Por mucho que intentemos liberarnos, veremos siempre al siglo v con los ojos de Tucídides, y al IV con los de Demóstenes. Procedamos, pues, a *releer los discursos de Demóstenes,* pero esta vez viendo lo que *realmente* contienen, es decir, como *fuentes para nuestra comprensión del proceso interno por el cual se desarrolla el pensamiento político de su autor.* No es bastante seleccionar unos pocos hechos superficiales, prescindiendo de los demás, al modo demasiado frecuente de los historiadores. Ni es bastante limitar nuestro estudio al arte retórico de Demóstenes, como Friedrich Blass ha hecho en su excelente historia de la oratoria ática.[4] Cualquiera de estos dos últimos métodos que siguiéramos, se nos escurriría entre los dedos la verdadera substancia intelectual de los discursos, lo que les da su vida interna y determina su forma. Pues, en definitiva, ni el análisis histórico ni el filológico nos darán el verdadero Demóstenes. Una tal "división del trabajo" me parece que difícilmente adelanta nuestro conocimiento. Tratemos, entonces, de una vez, de entender a Demóstenes mismo.

LA SITUACIÓN Y EL HOMBRE

La gran lucha por la supremacía entre la confederación espartana y la ateniense había terminado. Según Tucídides, el desarrollo entero del equilibrio de poder político, espiritual y económico en la Hélade, había estado siempre tendiendo hacia esto, desde el sorprendente resurgir de Atenas durante las guerras persas. Es por razón de esta interna necesidad directriz que Tucídides considera a la historia griega como una unidad, desde la batalla de Salamina (480) y la fundación de la primera Confederación ateniense, hasta el tiempo de la capitulación de Atenas en 404 —unidad que el historiador debe incluir de un solo golpe en su campo de visión, si se propone entenderla como tal—.[5] Cuando llegamos al siglo IV, es tentador seguir mecánicamente el ejemplo de Tucídides, como hizo su sucesor Jenofonte, dejando que a la hegemonía de los atenienses suceda la espartana, desde la caída de Atenas hasta la batalla de Leuctra en 371, cuando a su vez es derribada por el nuevo poder ascendente de Tebas para no levantarse jamás; añadiendo después un breve período de supremacía tebana bajo Epaminondas, el cual termina en 362 con la batalla de Mantinea, en la que el jefe cae en medio de su victoria, dejando que su ciudad, huérfana y sin caudillo, decaiga hasta su primitiva posición.

Pero aun aparte del hecho de que cada uno de estos períodos fué más corto que el anterior, y que después de Mantinea ningún estado asumió definidamente la directiva en la Hélade, el predominio de Esparta no fué realmente comparable al de la hegemonía ateniense que lo había precedido. Una vez derribada su rival, Esparta mantuvo, sin duda, por varias décadas, un dominio indisputado en Grecia, mediante el uso moderado de su poder. Pero el dominio de Esparta, aunque fué tal como

Atenas nunca lo alcanzara, ni aun durante su más vigorosa expansión territorial y marítima en los primeros años de Pericles, fué desde el principio puramente militar, sin ningún fundamento cultural o económico. Entonces era imposible sostener, como en tiempos del auge ateniense, que por obra del vigor irresistible y la fuerza transformadora de un solo estado, se hubiese producido un nuevo desarrollo y una redistribución de todos los poderes vitales de la nación. Esparta tomó en sus manos simplemente el poder que se les deslizaba a los atenienses, y lo mantuvo por un tanto, confiando en sus peculiares métodos: autoridad y disciplina militar. Pero al asumir de este modo las funciones de una gran potencia, fué sacada violentamente de su antiguo cauce, y su fuerza interior empezó a desintegrarse rápidamente. Tebas estaba todavía menos preparada para el papel directivo que súbitamente le cayó en suerte con el éxito de su levantamiento contra la arbitraria dominación espartana.

Siendo así, el principio de la división en hegemonías se desbarata al aplicarlo a la historia del siglo IV. Cuando más, sirve tan sólo para deslindar ciertas subdivisiones evidentes del período. Hasta que no consideramos a éstas a la luz de los abrumadores acontecimientos del tiempo de Demóstenes, no alcanza verdadera unidad la línea entera del desarrollo a partir del colapso del imperio ateniense. Unidad, aunque sólo sea en un sentido negativo, pues este es el período de los intentos por articular de nuevo la estructura del poder político en Grecia, los cuales culminan en la cabal destrucción de lo que, por tanto tiempo, había sido de tal manera su base, que casi pareció identificarse con la civilización griega misma: el estado-ciudad independiente. Esos intentos fueron hechos primero por un estado, luego por otro, en rápida sucesión; pues ninguno de esos estados poseía los

requisitos naturales para establecerse como potencia principal. Y así como ni Esparta ni Tebas pudieron mantener por mucho tiempo su posición, tampoco Atenas pudo quedarse permanentemente en la condición de débil dependencia a que la paz de 404, con sus anonadantes términos, la había reducido. Menos de una década después, la encontramos de nuevo desarrollando una política activa y superando con éxito su aislamiento. A partir de entonces, toma parte activa en la competencia general para el predominio en los asuntos griegos. La curva de sus esfuerzos para reconquistar su antigua posición tiene altas y bajas. De esta curva, la política de Demóstenes constituye una parte, que es a fin de cuentas decisiva. Y mientras transcurre en lo externo este desarrollo político, el espíritu ateniense se aferra al problema interno de las relaciones del hombre con el estado y al problema mismo del propio estado, que ha sido profundamente perturbado por la caída de Atenas. Estos esfuerzos internos y externos por la regeneración del estado ateniense, los cuales ocupan el primer tercio del siglo IV, determinan la atmósfera en la que Demóstenes nació. Y es por medio de ellos que debemos comprender sus designios, su lucha y sus ideales.

El orador ateniense a quien Tucídides presenta[6] exponiendo extensamente en las críticas negociaciones de Esparta, antes de estallar la guerra del Peloponeso, los motivos fundamentales de la política ateniense durante los últimos cincuenta años, indica que el principio básico de toda la conducta de Atenas ha sido el deseo de seguridad.[7] Explica que es muy humano que Atenas haya perseguido este ideal en toda la medida de su fuerza; y ve con claridad y sin ilusiones que ningún estado que actúe de este modo puede esperar simpatía alguna de las demás partes afectadas. Pero indica que el odio general hacia Atenas, levantado por su imperialismo, no debe

ser atribuído a mal carácter peculiar de su pueblo, y que si se produjera un reajuste de poder, el mismo odio se levantaría contra los nuevos dominadores —contra los mismos espartanos.[8]

Esta profecía es —y considero bien fundada esta conclusión— un resumen de las observaciones del propio Tucídides después de la guerra del Peloponeso. La simpatía general por Esparta, cuya propaganda de guerra había tenido por lema la liberación de Grecia de la tiranía ateniense, habíase cambiado en antagonismo en pocos meses, cuando el despotismo de Esparta bajo Lisandro sustituyó al de Atenas.[9] Poco tiempo antes, los jefes espartanos contuvieron a duras penas a sus aliados tebanos y corintios para que no arrasaran Atenas entera, y no solamente sus muros.[10] Pero luego, cuando los espartanos procedieron a entrometerse en la política doméstica del pueblo conquistado, tratando a su país como a una simple colonia espartana, los tebanos y los corintios intervinieron en favor de Atenas.[11] Esta intervención fué al principio, sin duda, sólo un síntoma aislado; pero queda en la misma línea que la subsiguiente alianza de Tebas y Atenas, y que su abierto ataque contra Esparta en 395, en el momento en que el ejército de ésta combatía en Asia Menor bajo Agesilao, y en que Grecia pudo fácilmente caer presa de la rebelión de esos malvenidos aliados.

En la Historia de Grecia de Jenofonte, el enviado tebano a Atenas para tratar de la alianza ofrece en su discurso una caracterización muy interesante del estado interno de los asuntos bajo la dominación espartana. Este discurso debe considerarse como un deliberado parangón del otro que encontramos en Tucídides, puesto que registra el cumplimiento exacto de las profecías hechas en él.[12] Dicho discurso arde en odio apasionado contra los espartanos, quienes, a pesar de haber ganado

su victoria con ayuda extranjera, estaban cosechando los frutos para sí, oprimiendo a sus aliados en vez de cumplir sus promesas. En vez de traer libertades a la Hélade, habían traído una doble esclavitud, estableciendo un sistema de inspección militar en todas las ciudades. Y, además, todavía no se divisaba signo alguno de aquellas ventajas económicas por cuya causa los antiguos adversarios de Atenas —especialmente los corintios— habían ido a la guerra.

De este modo surgió una nueva solidaridad con Atenas. Que ésta se recuperó de la catástrofe relativamente pronto, estaría indicado por el modo como el emisario tebano[13] persigue la ayuda ateniense, aunque haya sólo pocos datos más que conozcamos con precisión sobre ese gradual retorno de su poder. "Todos comprendemos —dice el emisario— que vosotros, los atenienses, deseáis recobrar la preeminencia. ¿De qué modo mejor podéis lograrlo que apoyando a quienes Esparta ha tratado injustamente? No os alarméis por el hecho de que la dominación espartana se extiende sobre tantos; confiad más bien en esto, recordando que vosotros mismos tuvísteis parecidamente más enemigos cuando gobernábais sobre el mayor número." Entonces, se fija un plan elaborado, en el que se cuenta como segura la deserción de los más importantes aliados de Esparta y con el apoyo del rey de Persia, y se confía grandemente, para la próxima lucha, en la debilidad numérica de la población espartana. Del oscuro trasfondo de la pleonexia espartana, surge ya el espectro del futuro: la visión de una nueva hegemonía ática que, a diferencia de la anterior, ya no será una talasocracia, sino que incluirá a los aliados continentales de Esparta.

Me he tomado el trabajo de describir el estado de los asuntos al principiar la Guerra de Corinto (pues Corinto y Argos, lo mismo que muchas ciudades de la

Grecia central, se unieron a la conspiración contra Esparta) con el fin de mostrar las excelentes perspectivas que se ofrecían a Atenas en materia de política exterior después de haber perdido la gran guerra. El objetivo, en verdad, no fué logrado; pues aunque la coalición cayó sobre Esparta mientras su ejército estaba peleando en Asia Menor, no solamente consiguió rechazar ese ataque por retarguardia, con prontos y decisivos éxitos militares en tierra, sino que aventajo diplomáticamente a sus adversarios al tratar con los poderosos persas, quienes los habían apoyado. Se evitó, sin embargo, una regresión completa; pues entre tanto, el ateniense Conon, después de su victoria sobre la escuadra espartana en Cnido, había reconstruído, como almirante de la flota de los persas, y con dinero de éstos, las amplias murallas de Atenas. Y así, después de la paz de Antálcidas, con que terminó la guerra en 387, Atenas ya no estaba tan indefensa contra Esparta. Por supuesto, la revisión efectiva de su situación legal fué abandonada, pues el tratado de paz proclamó solemnemente el principio de autonomía y previno así, de una manera eficaz, cualquier combinación de estados en una liga mayor contra Esparta. Esta fórmula de autonomía, sagazmente ajustada a la mentalidad política media de los estados menores, dió a la supremacía de Esparta un estado legal definido, pues con eso se convirtió en el reconocido garante de la política de atomización, de la que dependía su ulterior predominio en la Hélade.

Desde el derrocamiento del dominio ateniense, Esparta se había enfrentado con el problema de encontrar una fórmula que permitiese combinar su propio despotismo efectivo con la independencia formal de los demás estados. Y debemos admitir que entonces resolvió bien este problema. Ya al estallar la guerra del Peloponeso se había erigido en defensora de la libertad, papel al

que ahora permanecía aparentemente fiel;[14] y aunque este papel puso inevitablemente las cosas un tanto difíciles para ella en el momento en que su autocracia fué consumada, supo convertir esta dificultad en ventaja por medio de su éxito en reducir la libertad de los demás estados a una nueva debilidad inoperante. En esta paralizadora situación, sancionada por el derecho internacional, reside el más arduo de los problemas que Atenas encontró en cualquiera de los intentos constructivos que hubo de hacer con vistas a una confederación marítima.

Asimismo, en su vida interna, Atenas debió de fortalecerse firmemente durante los diecisiete años que transcurren desde el fin de la Guerra del Peloponeso hasta la paz de Antálcidas. Por supuesto, cualquiera que la comparase a ella con Esparta, en cuestiones exteriores solamente, debió de tener una impresión enteramente distinta del poder relativo de ambos estados. Esto dice Tucídides en un pasaje que, en mi opinión, vendría escasamente a propósito si no hubiera sido escrito después de terminada la guerra, y no muchos años antes, como generalmente se afirma.[15] De la zozobra económica que debe de haber prevalecido al principio, existen muchos síntomas aislados; pero no tenemos una representación adecuada de la situación en conjunto, y lo propio es cierto del largo proceso de recuperación.[16] La tradición nos da una idea mucho más honda de la zozobra espiritual y moral de esas décadas. Aun a los vencedores les tocó su parte en esto; particularmente en los círculos conservadores espartanos, el cambio interno desde la vieja simplicidad y disciplina a la nueva opulencia y a la brutalidad sin escrúpulos de hombres como Lisandro, fué considerado un grave peligro. Pero sólo el vencido tuvo que resistir toda la hondura de sufrimiento en que aparecía envuelta cada clase de problemas. En Atenas había caído el imperio de Pericles, del cual Tucídides

ha dejado memoria imperecedera en su oración fúnebre; y todo se centró en tratar de arreglárselas con esa desalentadora experiencia. Cuanto más firmemente creyera Tucídides que, bajo la dirección de un estadista como Pericles, Atenas estaba predestinada a la victoria, tanto más apurado debe de haberse sentido, en tanto que estudioso de la política, con el problema de la disolución interna, la cual —él estaba convencido de ello— había sido la causa del colapso.[17] El vió que, aun para un pueblo de salud entera y buena resistencia, la prueba de sufrimiento de los largos años de guerra, con sus sacrificios y privaciones, era más de lo que la naturaleza humana podía soportar, por heroica que fuera su voluntad. La situación fué bien captada por este maestro en la descripción de todas las realidades, ya sean exteriores o interiores, cuando caracterizó el efecto desintegrante causado en los diversos estados por las luchas por el caudillaje de los partidos, su constante intercambio de brutalidades, el progresivo embotamiento de su conciencia y la degradación en ellos de todos los ideales tradicionales, como la implacable dolencia del organismo social.[18]

Tucídides considera aquí a la voluntad de poder de la antigua Atenas como manifestación de toda su fuerza natural, y la justifica retrospectivamente por el curso del desenvolvimiento histórico, el cual, en su opinión, había asignado inevitablemente este papel al estado ateniense. Pero el período de la postguerra es también testigo del desarrollo de una abundante literatura que trata del problema del estado en relación con la ética. Esta literatura comienza en el círculo de Sócrates, e irradia la misma intensa pasión política que podemos descubrir en su proceso y su sentencia, así como en su martirio, voluntariamente aceptado por él en aras de esa forma de estado moralmente mejor, por la que siempre había

luchado. El Sócrates de Platón profetiza en su "apología" frente al jurado que entre sus discípulos habrá algunos que proseguirán su obra después de su muerte; que a los atenienses no habrá que dejarlos en paz, y que en adelante no podrán ya eludir sus interrogaciones. Y, ciertamente, Sócrates cobra nueva vida en los diálogos de Platón, en los cuales reaparece frente a sus ya arrepentidos paisanos con las mismas exigencias y amonestaciones, como un verdadero ciudadano que se afana por el conocimiento de una nueva e invencible norma moral para la vida humana, y está dispuesto a morir por ella. El joven Platón lo sitúa en el centro mismo del estado, el cual se agita en su lucha por reconquistar su desvanecida autoridad interior. Hasta llega, en el *Protágoras* y en el *Gorgias*, a oponerlo a los sofistas como el único verdadero maestro de virtud política, desacreditando la educación retórica puramente formal y la sagacidad política de aquéllos. Pero la osadía de Platón lo lleva todavía más lejos cuando, con verdadera fuerza revolucionaria, trae ante el tribunal de sus propias concepciones a las figuras ideales de la antigua Atenas —no a los demagogos del período de decadencia, sino a hombres como Temístocles y Pericles—, contrastando su política de poder exterior y de prosperidad económica con un ideal de educación en que él ha destilado la esencia misma de una sociedad organizada. Y así Sócrates, quien se mantuvo apartado de la actividad política a lo largo de toda su vida, se convierte para Platón no sólo en el único verdadero maestro, sino en el único verdadero político de su tiempo. Pues si alguien desea realmente servir al estado, no deberá empezar construyendo nuevos muelles y barcos y arsenales, sino que deberá, en el sentido de Sócrates, mejorar a los ciudadanos.[19]

Detrás de los extrañamente paradójicos pero incitan-

tes diálogos de Platón, cuyos participantes no son unos meros platicadores ociosos, sino los más conocidos personajes de la vida pública, se esconden ciertos desarrollos internos preñados de tremendo sentido con respecto a las relaciones del hombre con el estado. Hubo en ese tiempo un nuevo hecho importante, tal vez más fundamental para la existencia misma del estado que la reconquista del poder exterior y de la autoridad: el auge del individuo independiente. Hacerle frente a esto, vino a ser el problema central del estado. La forma democrática de gobierno en Atenas había contribuído a acelerar este proceso de individualización; pues aunque igualamiento e individualización no son en modo alguno lo mismo, ninguna otra forma de vida pública había ofrecido hasta entonces tan amplio campo a las opiniones y ambiciones individuales. Pero tan pronto como empezaron los hombres a disfrutar de las ventajas de esta emancipación, la guerra mostró los peligros que había detrás de esa inocua fachada; y el conflicto de todos contra todos, que se encarnizaba entre unos estados y otros, se trasladó hasta el corazón mismo del propio estado. La rebelión del partido aristocrático de oposición había demostrado que este problema no podía resolverse simplemente apretando las riendas de la autoridad externa. Aun entre los sofistas, quienes por el lado teórico habían contribuído no poco al hundimiento del antiguo respeto por la ley, era considerado entonces el problema de la autoridad como el punto focal de la situación —de lo cual nos informamos por un interesante fragmento de literatura sobre la reforma política, escrito poco después de la guerra por un autor desconocido.[20] Los argumentos de este autor son, sin embargo, puramente utilitarios, y restablecer la autoridad sobre esta base era imposible.

Un simple acontecimiento como el asesinato judicial

de Sócrates —el más recto de los hombres, como Platón lo llama— proyecta una luz deslumbradora sobre la desesperada situación de los asuntos; y la significación entera de la nueva voluntad de ciudadanía, que se revela con fuerza creciente en los escritos de Platón hasta la *República*, se nos aclara si tenemos en cuenta que Platón marcha en ellos, con toda su fuerza, a contra corriente.[21] Su lucha no es tanto por la regeneración moral del actual estado, a lo que considera remedio tardío, cuanto contra la evasión de la vida pública por el individuo, a cambio de una vida privada cultivada, la cual se había generalizado entre las clases intelectuales. Esto —el ideal del meteco— por lo menos conducía a una vida intachable, y no era, por tanto, nada inapropiado a Platón; pero carecía del sentido del deber social, aunque uno tuviera cuidado de pagar sus deudas e impuestos con prontitud.[22] Platón no hubiera admitido que el hombre y el estado fueran extraños entre sí, o que el hombre de verdadero espíritu fuera más bien el meteco que no el ciudadano cabal. Y a la vista misma del hecho de que la verdadera fuerza espiritual la despreciaban no menos las masas que la delgada capa superior constituída por hombres del cuño de Calicles, desilusionados y sin respeto por nada que no fuera el derecho del más fuerte, Platón presentó deliberadamente el cuadro de estado regido sobre base aristocrática por un grupo selecto de gobernantes socráticos, quienes, primariamente, deberían ser hombres de buen consejo. El propio Platón dice que estos pensamientos le vinieron, y fueron abogados por él, en la década que siguió a la muerte de Sócrates.[23] Su *República*, que los inmortaliza, fué decididamente escrita después.

Bien sabido ès que Platón intentó llevar a cabo su reforma con la poderosa ayuda del tirano Dionisio I de Siracusa y de su sucesor. No debemos nunca olvidar

esto si nos proponemos comprender cuán importante fué, como factor en el gobierno efectivo de la época, el movimiento intelectual que había empezado con Sócrates. Sea cual fuere nuestra opinión sobre las proposiciones concretas de la *República,* las ideas de los contemporáneos de Platón no pudieron por menos de ser afectadas por una obra como el *Gorgias,* la cual abría un abismo entre la concepción del estado según la cual la fuerza hace el derecho, y el fervor educativo de los paladines de un nuevo ideal de comunidad.[24] Hasta el tirano Dionisio apoyó esta tendencia al escribir un drama en el que se refirió abiertamente a la tiranía como a la madre de la Injusticia[25] —aunque mientras así decía, expulsaba vigorosamente el nuevo evangelio del dominio de toda política efectiva—. Como verdadero maquiavélico, aprovechó las lecciones de la guerra, sacando de ellas conclusiones a las que otros estados como Atenas y Esparta —y él tenía sus razones para creerlo— no serían capaces de enfrentarse abiertamente, debido a sus grandes tradiciones intelectuales y morales. En verdad, esos estados tendrían que padecer siempre de una contradicción interna, como se puso de manifiesto en la Guerra del Peloponeso.[26] El conflicto entre poder y derecho nunca les pareció tan fundamental a los griegos como cuando reflexionaron sobre la naturaleza del estado; pero desde el fin del siglo v en adelante, este conflicto se adentró en la vida política griega como un problema insoluble, haciéndola tanto más precaria. Tal vez las exigencias estrictamente morales de Sócrates contribuyeron más, de hecho, a este estado de cosas, que el desacreditado relativismo de los sofistas. En todo caso, por haber tenido una cierta idea de que así era, fué por lo que unos ciudadanos patriotas, pero de cortos alcances, como Anito y sus compañeros, provocaron la ejecución de Sócrates bajo el cargo de corromper a la ju-

ventud. La profunda crítica de Platón, que penetró hasta los cimientos mismos del estado, fué ciertamente una fuerza espiritual en la Atenas del período de la postguerra, aunque el efecto inmediato que tuviera sobre el mundo en torno a él parezca más bien imponderable.

Pero en la Atenas intelectual hubo otra personalidad enteramente distinta, cuya influencia es mucho más fácil de entender: el orador Isócrates, de quien empezó a hablarse por primera vez en esos años, y quien se elevó lentamente hasta ponerse en el centro de un círculo amplio e influyente y a la cabeza de una floreciente escuela. No le faltó celebridad literaria, ni longevidad, ni la riqueza adecuada a su profesión. Sólo una cosa se interpuso en el camino de su perfecta felicidad: una ambición un tanto infortunada, que le hizo sentir a lo largo de toda su vida la injusticia de que Platón le hubiera hecho sombra. Si alguna justificación había para que de esta suerte se comparara a sí mismo con Platón, reside nada más en el hecho de que el público gusta de prodigar desproporcionadamente el aplauso a quienes tienen el don de reflejar sus mismas opiniones, dándoles una forma apropiada y fácil de entender. Isócrates quería dar en política aquellas mismas enseñanzas que habían sido mantenidas por la primera generación de sofistas. Cuando examinamos su plan de estudios a la luz de la crítica platónica, parece meramente una educación para el sentido común en política —una mezcla de periodismo, panfletismo y oratoria de circunstancias, con un curso de política intercalado en ella—, algo enteramente incapaz de prender en la multitud el fuego de la acción. La forma académica más bien altisonante de la elocuencia literaria de Isócrates, aspiraba a ser más elegante que la perorata pública común. Sin embargo, él comparte con el hombre práctico y con el filisteo una

instintiva repugnancia por todo lo que en la auténtica profundidad intelectual de Platón les parecía de altos vuelos e inútil para la vida cotidiana.

Por encima de todo, el curso de educación política de Isócrates se proponía ser útil. Pero también se proponía elevarse por encima del nivel de las reuniones públicas y de la mera rutina legal de los tribunales, mediante un poco de fermento de reflexión política; y hasta hacía concesiones a la nueva época aceptando unas pocas nociones morales. Al lado de las ideas que entonces circulaban corrientemente, podemos encontrar en Isócrates un socratismo acentuado, el cual impregna, a través del filtro de su mente, las ideas de círculos más amplios, llegando hasta los políticos.[27] Pero en su pensamiento político hay un segundo elemento, más importante todavía, que viene de otra dirección. Los sofistas tuvieron la afición de hablar de unidad política; en el *Olympicus* de Gorgias, por ejemplo, esta tendencia llegó a originar la propuesta de que todos los griegos se unieran en una guerra común de desquite contra Persia, para que así los estados de Grecia dejaran de apalearse los unos a los otros y volvieran sus fuerzas, dignas de mejor causa, hacia el exterior.[28] Isócrates adoptó esta ideología en su *Panegyricus*, que fué escrito en su mayor parte en los años siguientes a la paz de Antálcidas. Por supuesto, si Isócrates pensó que había alguna posibilidad de que sus ideas se llevaran a efecto al proponer que Esparta —la única potencia dominante en la Hélade por aquellos tiempos— se uniera a la derribada Atenas en un proyecto como éste, su esperanza era, naturalmente, del todo utópica. Pero el hecho mismo de que ya fuera posible entonces hablar de una dualidad Esparta-Atenas en la Hélade —dualidad que hubiera sido completamente imposible en la primera década después de la caída de Atenas— nos indica el revivir de la afirmación

propia en Atenas. Podemos ahora ver cuán efectiva fué su tremenda fuerza espiritual en el impulso de recuperación política y qué bien sirvió para justificarla. Una vez más la ambición política levantó aquí su cabeza. Este discurso de Isócrates critica la política de fuerza que ha impedido una nueva expansión de la vitalidad ateniense después de la guerra. Exige para Atenas una participación en la hegemonía de Grecia, particularmente la hegemonía marítima, y funda las pretensiones de Atenas a la supremacía en los más remotos tiempos. Emplea, en verdad, un lenguaje enteramente nuevo, de igual a igual, y esto, aun cuando no tenga detrás un poder real, llama, sin embargo, nuestra atención, así como debió de producir un eco en toda Grecia.[29]

Los acontecimientos que ponen nuevamente en marcha la estancada política de los estados griegos fueron: la ocupación de Tebas por fuerzas espartanas —quienes, para realizar esta hazaña, aprovecharon su marcha hacia el norte a través de la Beocia— y el éxito de Tebas al sacudir el yugo —lo cual estimuló a Atenas para reafirmarse, después de ciertas vacilaciones preliminares y retrasos—. Fué en el año de 378 cuando las esperanzas de los patriotas atenienses se vieron cumplidas. Un puñado de hombres, ampliamente diversos en linaje y virtudes intelectuales, se unieron para conducir al estado hasta el tan largamente esperado momento de la decisión. Trasíbulo y Céfalo de Colito eran viejos políticos y tradicionales amigos de Tebas, pero posiblemente no tenían ideas propias importantes. Su capital importancia consistía en ser representantes de la vieja democracia, que hubo de ser restaurada después de la guerra. Junto con ellos, había recién llegados, tales como el general Cabrias, genio de la improvisación e inventor de la guerra de trincheras, el cual acababa justo de pertrecharse con los últimos adelantos de la ciencia militar durante

la insurrección egipcia; y como Ifícrates, hombre de gran valor personal e inspirado inventor de la táctica peltástica, que había revestido tan gran importancia desde la guerra de Corinto. Estaba, además, la dominante figura de Timoteo, hijo de Conon, cuya senda había sido allanada por la fama y la riqueza de su padre, pero quien era por sí mismo un personaje fuera de lo ordinario, intelectualmente superior y con una grandeza que rebasaba las filas de partido. Doblemente dotado, como estratega y como diplomático —rara combinación— Atenas le debió a él, más que a cualquier otro, la organización de la llamada Segunda Confederación. A estos debe añadirse Calistrato, quien había de ser después el peligroso rival de Timoteo, y hombre que se unió a la partida como estadista de excepcional talento para la oratoria y brillantez en las negociaciones; tal vez sin un sello personal muy marcado, pero admirablemente apropiado para el delicado negocio de la política de alianzas.

No fué por razón de ningún sentimiento democrático por lo que prestaron su apoyo al estado ateniense los más importantes de estos hombres. En tiempos normales, hubieran más bien vivido aparte que no en medio de sus conciudadanos.[30] Cabrias, en su vida privada, era un hombre de mundo; Ifícrates, un ardiente soldado profesional, gran artífice en el arte de la guerra; Timoteo, un príncipe residente en sus remotas haciendas, era más feliz en compañía de los reyes. Si hombres de tan distinta condición se unían en un programa común, tan desacorde con sus carreras individualistas, no era evidentemente el simple fastidio lo que los impulsaba a ejercer su poderío de este modo, sino la inspiración de un elevado ideal. Tal vez no sintieran amor por el demos; pero sí amaron mucho al genio de la antigua Atenas y desearon ayudar a que alcanzara nuevo esplendor.[31] Este era, ciertamente, un momento histórico. Su

ímpetu podemos verlo con igual claridad en las negociaciones de Atenas con los demás estados, que en el espíritu de los nuevos tratados concluídos al fundarse la Segunda Confederación. Por supuesto que hubo, además, buena parte de experiencia política y de astucia en el modo como Atenas evitó cualquier coacción que oliera a predominio sobre sus aliados; pero, indudablemente, estuvo influenciada en gran medida por todo lo que se había estado diciendo, desde el fin de la Guerra del Peloponeso, sobre la pleonexía como raíz de todos los males políticos. Desgraciadamente, este sentir hubo de hacerse luego cada vez más débil, a medida que la Segunda Confederación fué teniendo dificultades financieras. Pero, por lo menos durante los primeros años, se tuvo una completa confianza en Atenas, y esto no puede explicarse simplemente por odio universal hacia Esparta. Los nuevos hombres y el nuevo espíritu habían ganado para Atenas los corazones de la Hélade, y gracias a ellos se consideraba ya la recuperación de su posición primitiva como una cuestión de justicia histórica. No es menester que examinemos aquí el curso de las operaciones militares mismas, aunque sería interesante ver cómo reflejaron el carácter en cierto modo excesivamente obstinado de sus jefes. La Paz de Esparta de 371 trajo a Atenas una indiscutida supremacía marítima. Calistrato, quien —casi el único después de siete años de guerra— tenía en sus manos todavía las riendas de la política, pensó que, a pesar de la fuerte oposición del partido intransigente, había llegado el momento de reposar un tanto y cosechar los frutos de la victoria, antes de que la fuerza de Atenas se agotase.[32]

En el tratado de paz, Atenas consiguió separarse de sus confederados tebanos, imprimiendo de este modo a su política una orientación enteramente nueva. Inmediatamente después, el predominio espartano en tierra

firme terminó con la victoria tebana de Leuctra. Pero mi objetivo primario no es describir los acontecimientos históricos que tuvieron lugar a continuación. Mi propósito ha sido más bien mostrar el ambiente intelectual y emocional de la juventud de Demóstenes. A medida que remontaba la adolescencia, grabáronse indeleblemente en su alma impresiones tremendas, las cuales contribuirían a determinar su vida entera. El resurgimiento de su patria, desde la resignada debilidad y el desesperanzado aislamiento, hasta una posición de renovado prestigio en la que podía una vez más proseguir su política activa e independientemente, llenaría de gozosa esperanza a sus mejores hombres, los cuales debieron de sentir que la causa de su estado era la suya propia. Y a la generación que entonces estaba justo llegando a madurez abrumada por tanta gravedad filosófica, la memoria del gran pasado de Atenas —que ahora radiaba con nuevo esplendor y derivaba nuevas fuerzas de la experiencia del presente— le levantó la fe en un futuro en el que la vida merecería ciertamente ser vivida.

CAPITULO SEGUNDO

LA JUVENTUD DE DEMOSTENES Y SU CARRERA LEGAL

DEMÓSTENES es la primera persona en el mundo de cuya juventud poseemos una información verdaderamente detallada. Esto es así, en parte porque vivió en una edad en la que el espíritu humano —o más bien el espíritu griego— había justamente empezado a tomar interés por el desarrollo de la carrera de los hombres importantes y estaba conscientemente recolectando datos a propósito. Pero más importante aún es la circunstancia, venturosa para nosotros, de que, tan pronto como Demóstenes estuvo en edad, tuvo que ir ante el tribunal para demandar a sus tutores por malversación de su patrimonio, e hizo a la edad de veinte años una serie de discursos que nos han sido transmitidos junto con los discursos forenses y políticos de sus años posteriores. En esas ocasiones tuvo que describir en detalle las tristes complicaciones en que se vieron envueltos sus bienes y sus asuntos de familia. Tenemos, pues, en Demóstenes, el ejemplo excepcional de un tipo poco frecuente aun en tiempos posteriores de la antigüedad, y por ello de inestimable valor para nosotros. Pues ahí está un hombre del mundo antiguo a quien podemos conocer no meramente como a un modelo de virtudes andante, héroe de alguna más bien ficticia biografía escolar apañada un siglo o más después de su muerte, sino como a una persona real en un ambiente real, que sostuvo toda su vida una lucha contra sus humanas flaquezas.

Tal vez no importa que no hayamos podido lograr una penetración tan honda en la juventud de otros grandes hombres, pues no hay duda que si nos familiarizamos demasiado con el aspecto cotidiano de una persona importante y con los detalles fortuitos de su vida privada, nos es mucho más difícil juzgar su verdadero genio y sus hazañas. Sólo a distancia puede ser verdaderamente conocido. No despierta nuestra curiosidad escuchar al viejo Sófocles suspirar con alivio porque al fin la senectud lo liberó del pesado yugo de Eros.[1] Y ¿qué ganaríamos viendo de cerca todas las desventuras que dejaron su trágica señal en el rostro de Eurípides? Sin embargo, cuando nos vemos forzados, quieras que no, a examinar los asuntos personales de Demóstenes, esta intimidad no puede por menos de presentarnos al hombre entero bajo una luz muy diferente. Empezamos ahora a entenderlo de nuevo, o por lo menos a reinterpretarlo, con la ayuda de lo que hoy nos está enseñando la psicología. Conocemos tan poco de los antiguos, que raramente podemos acceder a ellos por esta vía; y aun de Demóstenes no sabemos realmente bastante. Pero los discursos forenses del período anterior a su entrada en la política nos dan una imagen de la sociedad ateniense contemporánea que es de gran importancia histórica como trasfondo de otras cuestiones más personales. Esa imagen no ha sido utilizada plenamente.

El padre de Demóstenes murió cuando él tenía siete años y su hermanita cinco.[2] Había sido propietario de varias industrias, y su riqueza era considerable. En su testamento, nombró albaceas a sus dos sobrinos Afobo y Demofón y a su viejo amigo Terípides, confiándoles al mismo tiempo la tutela de sus dos hijos. Como era frecuente en Atenas, habíase casado con una escita mitad griega de Crimea, llamada Cleóbula, de quien tuvo

los dos hijos. Años después, los opositores del joven Demóstenes se refieren a él como a un escita, y Esquines hasta lo llama bárbaro de habla griega.[3] El viejo Demóstenes había dispuesto también en su testamento el futuro cuidado de su esposa y su hija; pues según la costumbre griega, no sólo los padres podían disponer el matrimonio de la mujer, sino también el marido, si éste le designaba uno nuevo en caso de morir. Otras provisiones, según las cuales se dejara a la mujer en libertad de elegir por sí misma —como en el testamento de Aristóteles— fueron probablemente raras, por lo menos entre las clases propietarias, en las cuales las segundas nupcias de la viuda iban regularmente vinculadas a la sucesión en los negocios.[4] Los tutores de Demóstenes, sin embargo, no casaron ni a su madre ni a su hermana.

Cuando el joven Demóstenes llegó a los dieciocho años, sus tutores le dieron solamente treinta minas de plata, además de la casa y de catorce esclavos, con lo cual toda su herencia montaba a unas setenta minas. En oposición a esto, Demóstenes presenta en su primer discurso *Contra Afobo* un balance según el cual las propiedades todas de su padre montaban a catorce talentos, enorme capital para aquella época.[5] Siendo así, se comprende bien que los tutores de Demóstenes, como él mismo declara, hubieran registrado en la lista de contribuciones una estimación de sus bienes que lo asimilaba, siendo todavía un menor, a la misma clase de contribuyentes a que pertenecían Timoteo, el hijo de Conon, y las gentes más ricas de Atenas.[6] El testamento mismo había desaparecido. Es presumible que el avalúo reconstruído por Demóstenes estuviera fundado, hasta donde fuera posible, en libros de cuentas y en documentos. Las cuentas corrientes en varios bancos, por ejemplo, pudieron averiguarse después fácilmente, y fueron pre-

sentadas junto con las declaraciones de las casas correspondientes. Pero, al cabo de doce años, debe de haber sido muy difícil fijar el valor del capital, la casa y los bienes materiales en general, sobre la base única de los libros, como se dará cuenta cualquiera que haya visto alguna vez un balance comercial. Ahí quedaba amplio margen para la conjetura, a pesar de que las transacciones comerciales en Atenas se hicieran entonces, como sabemos, en gran parte por escrito; y, naturalmente, el avalúo que Demóstenes presentó al tribunal era, hasta cierto punto, puramente ideal. Además, probablemente fué necesario pedir algo más de lo que podía legítimamente esperar que se le diera, pues bien sabido es que, aun hoy, los pleitos de este tipo se convierten en una cuestión de regateo, una vez que llegan ante los tribunales. Por eso no podemos evitar una sonrisa cuando, dos mil años después, los modernos filólogos e historiadores hurgan en el balance de Demóstenes como estrictos interventores, y calculan hasta el grueso de un cabello cuántos talentos pidió de más.[7] Como quiera que sea, la relativamente alta estimación del capital líquido era tal vez justificada por las favorables condiciones que una fábrica de armas debe de haber encontrado en el mercado por el tiempo de la muerte del viejo Demóstenes, cuando la guerra de la segunda Confederación contra Esparta estaba en su apogeo.

La vista de la causa nos ofrece una buena descripción de los círculos adinerados de Atenas por los años del sesenta y setenta del siglo IV. Platón escribía en este tiempo la *República* y el *Teeteto* —donde encontramos esa inolvidable descripción del filósofo como alguien extraño a este mundo, desconocedor del camino que lleva a la plaza del mercado o a la audiencia—. El libro octavo de la *República* caracteriza lo que la democracia ateniense pensaba de los asuntos corrientes en términos que son

enteramente aplicables a aquellos hombres "indulgentes y en modo alguno pedantes"[8] a quienes Demóstenes nos presenta en sus discursos forenses. Encontramos ahí, primero que todo, a sus tres tutores, quienes habían embolsado no sólo las cantidades destinadas a recompensar sus gestiones, sino todo el dinero que había, y quienes maladministraron las fábricas hasta que casi nada quedó de ellas.[9] Demóstenes se vió obligado a presentar una demanda separada contra cada uno de ellos.

Afobo, a quien atacó primero, habíase casado poco antes, en 367, con la esposa divorciada de Timócrates, quien llegó a ser arconta tres años después. Hermana además de Onétor, hombre muy rico de la buena sociedad ateniense, Afobo se había casado con ella evidentemente para nivelar sus finanzas. Demóstenes estima la fortuna de Onétor en más de treinta talentos, y la de Timócrates en más de diez.[10] Dos años después de casarse, Afobo obtuvo un segundo divorcio. Entretanto, Demóstenes había litigado contra él, y ganado el pleito;[11] pero cuando, confiando en la fuerza legal de la sentencia, se apropió un terreno perteneciente a Afobo, fué expulsado de él inmediatamente por Onétor —el hermano de la esposa divorciada de Afobo— quien se incautó del terreno sosteniendo que Afobo no le había devuelto la dote de su esposa después de divorciarse. En consecuencia, Demóstenes se vió obligado a presentar otra querella contra Onétor.[12] Lo acusó de pérfida connivencia con Afobo, y trató de probar que el divorcio no había sido más que un engaño para permitir a Afobo quedarse con los bienes de su mujer. Afobo, en efecto, siguió siendo amigo de Onétor; en el proceso contra los tutores, Onétor fué su más ardiente defensor, y la esposa de Afobo, a pesar de ser joven y rica, no volvió a casarse. Demóstenes llega realmente a requerir al médico de la familia para que atestigüe que Afobo, después de su

divorcio, había permanecido junto a la cama de ella cuando estaba enferma. Además, Demóstenes mantiene que la incautación de la tierra por Onétor es un fraude. Onétor no tenía derecho a reclamar la devolución de la dote, pues Afobo no la había recibido, sino que convino en ocasión de su boda en que el primer marido retuviera la dote, pagando un adecuado tipo de interés, de suerte que si él fuera también llamado a rendir cuentas no perdiera su posesión por compartirla con su esposa. Pues cuando Afobo se casó, las negociaciones sobre estos fondos malversados de la tutela habían sido llevadas hacía tiempo ante el arconta, y Afobo debió suponer que, en cuanto alcanzara la mayoría de edad, Demóstenes iniciaría una acción legal en contra suya.

Estos disgustos y enervantes disputas duraron varios años. Demóstenes había, sin duda, presentado una queja en forma contra sus tutores en cuanto tuvo la edad; pero ésta fué también para él la de empezar su período de servicio militar como efebo, y la ley ática prohibía litigar durante esos años. Hasta que tuvo veinte no pudo sostener su caso ante el tribunal. Probablemente, el asunto había proyectado durante largo tiempo una sombra en su vida familiar.[13] La madre había llevado una vida más bien desalentada mientras sus dos hijos crecían. El muchacho era delicado, y ella pensó que era mejor mantenerlo alejado de los gimnasios, donde la juventud ática pasaba los días golpeándose con las amistades. Consecuentemente, lo encontramos a él en casa, engolfado en sus libros y con una excesiva y prematura seriedad. Pero cuando vemos cómo toma su vida en sus propias manos y lucha por sus derechos a una edad en que la mayoría de los muchachos están dedicados a los inocuos placeres de la juventud, podemos ya percibir la porfiada tenacidad con que este joven sosegado puede llevar adelante sus inflexibles resoluciones. Con todo y

su juvenil modestia, hay en la manera como se comporta durante el juicio una sorprendente firmeza; y más de una vez irrumpe ahí una fuerza de pasión madura y sometida, del todo insólita en un hombre de sus años.

Estos discursos, en los que maneja su propio caso, son verdaderamente el comienzo de su carrera. En su construcción toda, y a pesar de la juventud de su autor, revelan ya al adiestrado jurista y orador que ha elegido su medio deliberadamente. Es difícil pensar que Demóstenes haya dominado esta forma de escrito con vistas a la ocasión presente nada más; pues detrás de ella se esconde un largo y difícil proceso de estudios que requiere años de preparación y al que tan sólo una honda predilección pudo inclinarlo.

Por supuesto, lo que Demóstenes estudió no fué de ningún modo lo que llamaríamos una rama definida del conocimiento. En la Atenas del siglo IV el derecho no había alcanzado el desarrollo de una ciencia, en cuyo estudio teórico pudiera uno sumergirse durante años. La ciencia jurídica no empezó realmente sino hasta el tiempo de Teofrasto, discípulo de Aristóteles, quien puso los cimientos para un estudio sistemático de las cuestiones legales en su obra, hoy perdida, *Sobre la Ley*.[14] Y fueron los romanos, principalmente, quienes llevaron la jurisprudencia a su perfección; no teóricamente, sin duda, pero hasta donde era menester para el dominio práctico de las ramas del derecho vigentes entonces. Desde nuestro remoto punto de vista, parece casi paradójico que un pueblo del más alto genio teórico como el griego no hubiese acometido este aspecto de la vida con espíritu científico. Pero lo que el griego llama θεωρία es originalmente algo más profundo y de mayor alcance que lo indicado por nuestro más bien enjuto término *teoría*. Es una atenta contemplación del mundo en conjunto, en toda su interconexión, hasta el fundamento último de

su existencia. De esta gran conexión emergen gradualmente las ciencias especiales, cada una de las cuales adopta por provincia una sola subdivisión, como, por ejemplo, la meteorología empírica o la geografía. Así, en el siglo v, cuando el pensamiento causal tiende cada vez más a desalojar a la interpretación mitológica, nace una ciencia médica derivada del arte práctico de curar, de la misma manera como las primeras matemáticas habían surgido poco antes. Todas estas ramas del conocimiento se originan independientemente, y no se agrupan en un sistema de conocimiento que las abarque a todas, y con un método conceptual único, sino hasta la escuela de Platón.[15] A medida que avanza el siglo IV, podemos ver claramente los efectos de esto en los cursos sistemáticos de enseñanza de ciencias especiales como la medicina y las matemáticas. Lo mismo ocurre en el campo del derecho. Ya en los siglos VII y VI vemos a los griegos meditar profundamente sobre la naturaleza de la justicia y la significación de un recto ordenamiento de la vida humana. Luego vienen, uno tras otro, diversos ejemplos de legislación en las ciudades, y a medida que la elaboración de leyes adelanta en su desarrollo, se convierte necesariamente, y cada vez más, en un estudio especial. Y así oímos decir en la comedia que los sofistas sometían ya a sus discípulos en Atenas a ejercicios prácticos sobre la interpretación de los textos legales, además de exponer sus propios puntos de vista generales sobre el derecho y el estado; y que los jóvenes tienen ahora que familiarizarse con la venerable jerga de Solón, en vez de con las glosas de Homero. El sofista Protágoras llega a considerar al conocimiento del derecho vigente como la parte más importante de la educación del adulto griego.[16]

Al mismo tiempo, el arte formal de la oratoria se eleva bruscamente a preeminencia en las ciudades, y

exige una rigurosa preparación por parte del orador, lo mismo en los tribunales que en la Asamblea. A los griegos de este período difícilmente les hubiera parecido que existiera gran diferencia entre los unos y la otra; pues los tribunales vinieron a ser cada vez más el lugar donde se resolvían los disputas políticas, y a su vez la vida política misma presuponía el conocimiento de la ley. El nuevo arte se reconoce a menudo por sus aspectos puramente externos, especialmente por la cuidadosa elección del lenguaje. Las palabras, las frases y los adornos metafóricos están calculados con vistas a satisfacer los requerimientos más exigentes. Sin embargo, lo que nosotros habitualmente consideramos como la esencia misma de la nueva prosa literaria, a saber, su función como medio para la voz y el lenguaje en sentido limitado, no era en modo alguno el factor decisivo.[17] Lo que ocurre es, más bien, que se ha producido un cambio en la estructura mental y espiritual de los hombres de este tiempo; y este cambio ha llevado a una completa ruptura con la llana simplicidad del modo de hablar de sus antepasados. El refinamiento sin precedente en el arte de la persuasión que esto origina, no alcanza su más alto grado cuando se emplea para embaucar al auditorio con estudiados y llamativos efectos sonoros, sino cuando, aparentemente, emplea tan sólo los medios más naturales. La nueva retórica promueve una conciencia psicagógica que los mismos poetas antiguos nunca alcanzaron a conocer. El argumento lógico se convierte entonces en instrumento de las más finas diferenciaciones. Acoplada con un arte de narrar tan altamente desarrollado que puede hacer que los acontecimientos se presenten justo al modo como le conviene al orador, la técnica de la prueba se ofrece entonces en el foro con todos sus matices, desde la sólida evidencia de hechos bien confirmados (aunque estos, desdichadamente, rara vez pe-

san gran cosa ante el jurado), hasta las plausibilidades más delgadas que puedan idear una sutileza sofística y un poder de sugestión altamente confiado. Esta *lógica* de la prueba no es sino la servidora de un nuevo y consciente arte *psicológico* de influir en el oyente, y domina todos los resortes de las emociones humanas con magistral virtuosismo.

Las muestras más antiguas que poseemos del nuevo estilo oratorio son simples declamaciones escolares, piezas de lucimiento deportivo, destinadas a exhibir los alcances en el arte de elaborar temas del mundo de los mitos. Pronto, sin embargo, se pasó de éstas a un tipo enteramente nuevo de literatura: el discurso forense publicado en forma de libro. Aunque este fenómeno puede parecernos extraño, especialmente si consideramos el gran número de obras de éstas que se produjeron, con todo debió de tratarse de la respuesta a una demanda efectiva. Antifón y Lisias, los más importantes entre los primeros escritores de *plaidoyers*, no tomaron ellos mismos la palabra desde la tribuna de los oradores. Fueron maestros de oratoria, y consideraron las publicaciones como un medio de difundir ejemplos de su arte. Diferían de los sofistas, sin embargo, por dedicarse a la profesión de logógrafo, lo cual quiere decir que escribían discursos para que otros los pronunciaran ante el tribunal, cobrando honorarios por el servicio —pues no existiendo abogados en Atenas, cada cual tenía que manejar su propio caso personalmente, por inexperto que fuera—. Entonces, la nueva retórica y la ciencia jurídica, de la que hablamos antes, se fundieron en una profesión enteramente nueva, en la que se combinaban las funciones del escritor, del profesor de elocución y del abogado. Pero el logógrafo no podía, claro está, actuar en calidad de abogado sino extraoficialmente, pues contrariamente a los presentes usos, no existían entonces reglas

que rigiesen la admisión en el foro, y cualquiera podía ofrecer sus servicios como escritor de informes. Para adquirir una buena clientela, bastaba con hacerse un nombre.[18]

Ningún auténtico ateniense podía sentirse satisfecho por mucho tiempo con esta profesión, pues ella le obligaba a permanecer encerrado en su despacho. Lisias estaba en una posición diferente, pues era un meteco y no un ciudadano por nacimiento; y lo propio se aplica a Iseo de Calcis, profesor de Demóstenes, quien practicó la logografía en Atenas. Pero un ateniense de buena familia y con talento no hubiera siquiera tomado en cuenta semejante ocupación, a no ser que pudiera conducir a algo más altamente respetado. Para Demóstenes, era una etapa en el camino hacia la política; para Isócrates, un paso hacia la profesión docente. Y, ciertamente, cuando Isócrates llegó a ser maestro de su propia escuela de retórica y política, no gustaba de recordar que había empezado su carrera en un despachito de esquina, escribiendo informes forenses. A pesar de ello, como advierte Aristóteles socarronamente, manojos enteros de sus primeras obras estaban aún tirados, como fondos muertos, en los estantes de las librerías.[19] Demóstenes, en cambio, no alude a su primera ocupación con tan constante menosprecio.

En el tiempo en que Demóstenes llegó a mayor, la buena preparación en retórica se daba por descontada, y era del todo imprudente presentarse sin ella ante el tribunal. Así pues, Demóstenes recurrió al logógrafo Iseo, quien era particularmente versado en casos de sucesión, y se hizo discípulo suyo.[20] Hay una tradición dudosa que lo conecta con la escuela de Isócrates; pero aunque Isócrates alardea de sus más destacados discípulos, nunca menciona a Demóstenes. No sólo sus puntos de vista política eran opuestos, sino además estaba mu-

cho más de acuerdo con el carácter de Demóstenes el asistir a la escuela de un especialista, concentrándose sin desvíos en un propósito definido, y prepararse allí con tenaz energía para la próxima contienda, que no dedicarse con Isócrates a vanas declamaciones retóricas escolares. Para equiparse técnicamente, más allá de lo que obtuviera de las artes del viejo marrullero Iseo, pudo recurrir a manuales inéditos de los maestros más conocidos, copias de los cuales pasaban entonces de mano en mano entre los estudiantes. La murmuración local se las compuso para referir sobre esto toda suerte de detalles, probablemente faltos de base.[21] Pero este mismo autodidactismo me produce la impresión de algo característico de Demóstenes. Con instinto certero, supo cómo encontrar en cada cosa algo de lo cual pudiera aprender. Aunque no estuviera tentado de gastar su buen dinero por el privilegio de asistir a las más bien largas clases de Isócrates, los discursos publicados del retórico estaban fácilmente a su alcance, y podía aprender de ellos lo mismo a admirar que a imitar el gran arte nuevo de construir rotundas cláusulas, en el que Isócrates no tenía par. Pero, por lo mismo que el arte de Isócrates se desenvolvía casi exclusivamente dentro de los confines de este estilo, era fundamentalmente inadecuado para los agarrones ante el jurado. En sus discursos, las frases se suceden una a otra con dignidad solemne, como en una procesión; cada una de ellas, una obra de arte completa que pudiera ser gozada en sí misma. El gran teórico pasaba días enteros moldeando cada una de ellas. Para Isócrates, la frase ideal era un fin en sí, absoluto y terminante; y no había tema que le pareciera nunca suficientemente elevado como vehículo de ese arte de componer armoniosamente las ideas comunes de su tiempo —arte en el que el oído griego ha percibido siempre uno de los logros supremos del sentido helénico

de la forma—. La actitud de Demóstenes para con esta nueva creación es bien interesante: aprecia el ideal de un arte puro que se niega a vincularse a lo real, y, como orador activo, lo aprovecha gustoso como una prolongación de los instrumentos a su alcance; pero rehusa someterse incondicionalmente a esta nueva manera artística que emana de las cumbres de la teoría. En general, el estilo de los discursos de Demóstenes, así forenses como políticos, se caracteriza por hacerse eco de toda la gama temperamental y de modos de expresión que se encuentran en la vida real, en una consciente reacción contra la inmutable monotonía de la académica retórica de tribuna de Isócrates. Pero en ciertos pasajes particularmente intencionados, emplea la cláusula isocratiana con calculada efectividad. En este respecto, sus primeros discursos muestran que todavía no se ha liberado enteramente de su modelo.[22] Sin embargo, aunque pronto domina el uso reflexivo de este medio, es capaz, si desea adoptar cierta actitud especial, de estilizar discursos enteros a la manera de Isócrates.

Es todavía una notable paradoja el hecho de que ciertos defectos físicos hubieran desventajado el innato talento para la oratoria que poseía el más grande de los oradores griegos. El fanático empeño y la acerada firmeza con que los superó, concuerdan bien con lo que sabemos de la autoeducación de Demóstenes. Pronunciación, educación de la voz, arte de decir, en una palabra, todo el equipo técnico sin el cual el orador no existe, y que logran sin ningún esfuerzo aquellos a quienes la naturaleza ha favorecido, tuvo él que adquirirlo sólo a costa de las mayores dificultades. Afortunadamente para él, había ya en ese tiempo maestros profesionales en estas artes.[23] Pero el hecho mismo de su existencia muestra que el arte de decir —el aspecto esencialmente oratorio del discurso— tendía a ser diferenciado de la composi-

ción y del estilo. Y cuanta más atención recibían éstas, como ramas especiales del arte literario, mayor fué haciéndose el número de los retóricos que, como Isócrates, carecían de competencia en el discurso público, o que, como Demóstenes, tenían que luchar con desventajas naturales para alcanzarla. Así y todo, es extraordinario que, hasta el fin de su vida, Demóstenes, el más altamente reputado de todos los oradores, tuviera razones para envidiar a cualquier improvisador flúido y se turbara fácilmente ante un ataque imprevisto. Esta limitación le ocasionó una de las situaciones más penosas y mortificantes de toda su carrera de orador cuando, en la cima de su fama, y como miembro de la embajada ante Filipo de Macedonia, se cortó en una réplica, y tuvo que interrumpir el dicurso en presencia de su odiado rival Esquines.[24] En Demóstenes, de quien sus enemigos se mofaban por buscabullas, la pasión explosiva y la tesonera voluntad luchaban contra una disposición atribiliaria hasta la torpeza. Y podemos fácilmente comprender por qué sostuvo que el arte de decir era el factor principal en toda oratoria, si recordamos que la aptitud para ello le fué negada al principio.[25] Sin embargo, se requiere algo más que un mero hombre de letras con un arte de hablar adquirido, para levantar una muchedumbre tímida e indecisa en un momento de verdadero peligro. Ahí podemos reconocer en Demóstenes al orador nato, que extrae su fuerza de profundidades interiores muchos más hondas que cualquier técnica del decir o del ademán. Pero aun cuando llevaba en su alma este innato espíritu de elocuencia, estaba entonces muy lejos todavía de poder subir a la tribuna pública; y tal vez no fuera por accidente que, después de haber empezado su breve carrera con el afortunado manejo de su propio caso, se sumergió en la profesión de redactor de discursos, hasta que dió el gran paso hacia la política, a la que su natura-

leza lo impulsaba a pesar de tantos obstáculos como tuvo que superar.

Debemos echar ahora una ojeada a los informes forenses que Demóstenes escribió para otros como logógrafo, de suerte que podamos completar el cuadro de su estrato social y de su medio ambiente, los cuales han sido ya puestos de manifiesto por los discursos contra sus tutores, y observar más de cerca los peculiares problemas envueltos en esta profesión. Como hemos dicho, no era considerada como una ocupación particularmente elegante. Podemos observarlo no sólo en la repudiación de Isócrates de su labor primera como logógrafo, sino también en los escarnios que hacen de Demóstenes los oradores Esquines y Dinarco, porque aceptara dinero por discursos escritos para otros.[26] Así y todo, y aun cuando Demóstenes no necesitara, años después, ganarse la vida de este modo, siguió evidentemente dedicado con ardor a su profesión, pues hasta dió lecciones de retórica a un grupo privado,[27] al modo como los abogados romanos lo hacían todavía en tiempo de Tácito. Como quiera que la ley ática no permitía que aparecieran personalmente como asesores sino los parientes y amigos, los casos en que Demóstenes mismo actuó como abogado fueron extremadamente raros. El único de éstos que conocemos con precisión ocurrió en un período posterior. Y aunque existen ciertos indicios de que Demóstenes pudiera haber actuado de abogado en el discurso *Contra Leptines*, no existe prueba de ello. Sin embargo, bajo el reinado de Alejandro, un pariente del orador, llamado Demon, litigó contra Zenotemis y pidió a Demóstenes que lo representara en el tribunal. Demóstenes, según dice Demon a los jueces, le explicó que quiso hacer esta *única* excepción, pero que, desde que entrara al servicio del estado, había adoptado como principio, por razones fáciles de entender, el no aparecer ante el tribunal en

procesos privados.[28] Por supuesto, no todos los políticos eran tan escrupulosos, especialmente en ese tiempo, como muestra claramente el caso de Hipérides. Pero Demóstenes sabía todo lo que significa una reputación para el hombre de estado. Con todo, no dudó en *escribir* discursos forenses para otros, y lo hizo hasta ya muy adelantada su carrera política, pues esto era considerado enteramente como asunto privado. El nombre de quien preparaba el discurso no se mencionaba nunca ni la persona figuraba en ello para nada. De este modo, la autoridad del redactor no podía de ninguna manera influenciar a los jueces.

Si tenemos en cuenta que el logógrafo no tenía el estímulo de la participación personal y de la aparición en público que lo incitaran, podremos ver claramente cuán distinto era de nuestros abogados. En una profesión tan anónima, si es que podemos ciertamente llamarla profesión, difícilmente podía desarrollarse un ethos profesional, pues la personalidad del escritor no tenía ocasión de manifestarse. El logógrafo no se encargaba de la causa del cliente como representante de éste; por el contrario, tenía que desvanecerse enteramente y convertirse meramente en el estilo* de la persona por cuya boca hablaba. Esto requería una técnica especial, como la que Lisias había ya desarrollado hasta el virtuosismo, a saber, la de la *ethopeia*, o arte de delinear el carácter de una persona en el texto que se le daba para que lo pronunciase. Pues, como todos los buenos griegos, los jueces no se contentaban con requerir que tales discursos trataran del caso en abstracto; también querían ver más del caso mismo, ver en él al hombre entero, si no tal como era, por lo menos tal como pretendía ser. Podemos fácilmente imaginarnos cuán incitante debió resultar esta

* Punzón con el cual escribían los antiguos sobre tablas enceradas.

labor para un pueblo de gran sentido artístico como el ateniense, y en una época en que la poesía dramática había dado lo mismo al poeta que al público la capacidad en grado sumo de ponerse en el lugar del otro. Hacia fines del siglo v y principios del IV, cuando la vigorosa producción dramática empezaba a decaer, la publicación de discursos forenses proporcionó un tipo totalmente nuevo de literatura dramática ligera, la cual permanecía apegada a la vida con el mayor realismo. Estos discursos no se publicaban solamente porque fueran un anuncio valioso para sus autores; eran solicitados, además, auténticamente, como materia de conversación. Es curioso que esto haya sido tan pasado por alto en nuestro propio tiempo, en que las columnas de nuestros periódicos van llenas todos los días de interminables informaciones de procesos, y en que las salas del jurado corren parejas con el teatro en su poder de atracción del público.

Por tanto, para comprender a esta profesión debemos tener en cuenta que el motivo del amor al prójimo, o de ayudar a quien se encontrara en apuros, no tenía nada que ver con ella. Había simplemente el hecho de que, bajo el sistema ateniense de administración de justicia, cada cual tenía que representarse a sí mismo ante el tribunal; y otro hecho era que existían personas que podían ganarse la vida poniendo al servicio de los demás, para este propósito, su mayor preparación. El autor no tenía que identificarse exactamente con la persona que le encargaba el discurso; no necesitaba sino dedicarse a una especie de juego que consistía en transformarse en los más variados tipos del *genus humanum*, hablando primero como un personaje distinguido de la alta sociedad, luego como un honrado hombre del campo, luego como un quejoso veterano inválido, más tarde como un pacífico ciudadano a quien ciertos jóvenes rufianes bo-

rrachos hubieran dejado medio muerto a palos. La galería de los tipos era inagotable, y quienquiera que la examine, aun superficialmente, abandonará toda ambición de acercarse a ella con las medidas de la moral, o de exigir que no se permitiera a esos artífices escribir discursos para cualquier cliente, sino sólo para aquellos que tuvieran buenas perspectivas de ser juzgados puros y sin tacha cuando aparecieran desnudos ante Eaco en el futuro tribunal de los infiernos. Esta notable forma de arte, tan objetiva que desposeía al autor de toda su personalidad, puede parecernos extraña; pero bajo las condiciones que la originaron, la única cosa posible era hacer de necesidad virtud y proveer al cliente de un discurso tal que le hiciese sentirse como si nunca, en toda su vida, hubiera estado tan cerca de lo mejor de su yo. Los miembros del jurado atenienses eran suficientemente listos para no dejarse embaucar por cualquier fácil maniobra; además, les gustaba que los divirtieran. Así pues, ningún buen logógrafo tenía por qué sentirse como si hubiera firmado un pacto con el diablo cuando escribía una obra maestra de virtud e inocencia destinada a un bribón que se viera en circunstancias apuradas.

Como quiera que la mayoría de los discursos forenses de Demóstenes es presumible que se perdieran —pues nos quedan relativamente pocos—, podemos concluir que fueron considerados efímeros y, por ende, indignos en gran parte de ser conservados. Aparte los cinco discursos de su propio pleito con los tutores, quedan tan sólo unos muy pocos del primer período, cuando era todavía un simple logógrafo. Los casos a que se refieren no fueron muy importantes, y la fama de su autor, evidentemente, estaba todavía en su infancia. Pero han llegado hasta nosotros unos cuantos discursos del tiempo de su primera actividad política, los cuales muestran que entretanto había ya llegado a ser muy solicitado. Le pe-

dían su ayuda no sólo para procesos públicos, sino también para litigios privados en los que se debatían cantidades importantes. Concluiré este bosquejo destacando uno de estos casos, porque proyecta mucha luz sobre esos tiempos. Me refiero al discurso *En defensa de Formio* y al primer discurso *Contra Estéfano,* que se relaciona con él íntimamente.

Formio era el sucesor en los negocios del gran banquero ateniense Pasion, a quien conocemos por una serie de procesos. Pasion había gozado de la confianza de varios ricos atenienses, incluyendo al general Timoteo. Además, el padre de Demóstenes había guardado algunos de sus fondos en el banco de Pasion, según sabemos por el litigio contra los tutores; y es probable que la relación de Demóstenes con Formio viniera de este viejo trato de negocios. Formio había sido primeramente un esclavo de Pasion, y entró por manumisión en los negocios de su amo; fué luego ascendiendo hasta que llegó a gerente del banco por derecho propio, lo cual no era raro que ocurriera en Atenas. Finalmente, cuando la salud de Pasion empezó a decaer, arrendó el banco a Formio, junto con una fábrica de escudos que había estado manejando aparte. Pero la confianza de Pasion en Formio fué todavía más allá. Lo nombró en su testamento tutor de su joven hijo Pasicles, quien era todavía menor de edad, y le dió la mano de su esposa, proveyendo para ella en forma parecida a como el viejo Demóstenes proveyera para Cleóbula.

Apolodoro, el hijo mayor —un personaje algo problemático— heredó para empezar la mitad nada más del dinero disponible; pero también recibía, por supuesto, la mitad de la renta que Formio pagaba por el banco y la fábrica de escudos hasta que el contrato venciera. Cuando esto ocurrió, Apolodoro dividió banco y fábrica con su hermano, tomando para sí la fábrica y quedando

Pasicles dueño del banco. Después de la muerte de su madre, dividieron igualmente sus bienes. Entonces Apolodoro acusó a Formio de haber retenido fuertes sumas como segundo marido de su madre. Pero convinieron los dos en un arreglo por el cual Formio pagó a Apolodoro una indemnización de 5,000 dracmas, y Apolodoro se declaró resarcido de una vez y para todas. Sin embargo, Apolodoro litigaba tan frecuentemente para cobrar las sumas más importantes que se debían a su difunto padre, que se le convirtió en hábito, y dieciocho años más tarde se presentó otra vez ante Formio con nuevas reclamaciones, declarando que su madre había destruído los libros de cuentas de su padre cuando estaba bajo la influencia de Formio.

Formio, en su réplica, levanta objeciones técnicas a todas las nuevas reclamaciones de Apolodoro, en vista de la definitiva renuncia de éste, y demuestra que cuando la propiedad fué distribuída, los libros debieron evidentemente estar todavía a la disposición. No se menciona la posibilidad de que otro libro hubiera podido permanecer secreto. Además, y siendo así que Apolodoro presentaba también objeciones al matrimonio de su madre —una ateniense libre— con Formio —un exesclavo de su padre—, el discurso *En Defensa de Formio* muestra con numerosos ejemplos que menciona por el nombre que, en Atenas lo mismo que en otros lugares, un banquero podía frecuentemente mantener su negocio intacto después de su muerte entregando su mujer al hombre que hubiera escogido como sucesor, aunque éste no hubiera sido de siempre un ciudadano libre.[20] Es importante notar cuántos extranjeros se abrían camino por su habilidad en los negocios y no sólo alcanzaban la ciudadanía, sino que lograban ser recibidos en los círculos sociales principales. Formio se escuda hábilmente cuando Apolodoro lo ataca por ser de raza bárbara.

Tiene la prudencia de eludir el alegar en persona, tal vez porque no puede hablar el ático sin un cierto acento. Por ello, pide a algunos amigos que hablen en su nombre.[30] Pero indica que Apolodoro se hirió con su propia flecha, por cuanto su padre, el gran financiero Pasion, había subido desde la nada y obtuvo la ciudadanía en la misma forma en que la obtuvo el propio Formio.[31] El discurso se cierra con un retrato poco halagüeño de Apolodoro: tal vez éste haya gozado de la ciudadanía una generación antes que Formio (quien la había adquirido sólo recientemente), pero la ha empleado principalmente para derrochar su dinero y querellarse contra todos los atenienses prominentes.

De la certidumbre de éste último alegato poseemos otras pruebas, además de la lista que enumera el autor del discurso de Formio.[32] Entre los discursos atribuídos a Demóstenes, no menos de siete fueron escritos para Apolodoro, y cada uno de ellos para una distinta acción legal. Es cierto que los críticos mostraron hace mucho que, de estos siete, sólo uno es realmente obra de Demóstenes. Evidentemente, debemos a éste la conservación de los otros seis.[33] Es presumible que fueran hallados, junto con el auténtico, entre los papeles privados de Apolodoro, los cuales parece que fueron registrados después de la muerte de Demóstenes porque se sabía que éste había trabajado alguna vez para Apolodoro. El corpus de Demóstenes tenemos que pensar que contiene: primero, aquellos discursos que publicó en vida; segundo, aquéllos que se encontraron inéditos entre sus papeles; y tercero, aquéllos —algunos de origen dudoso— que los editores descubrieron en los archivos privados de Atenas. Se recordó particularmente que Demóstenes había trabajado alguna vez para Apolodoro; pues sus adversarios censuraron fuertemente que, después de su afortunada defensa de Formio, hubiera prestado sus servicios a su

antagonista Apolodoro en un caso conectado con el mismo proceso.

Poco después de declararse concluso el caso de Apolodoro, éste se querelló contra Estéfano, testigo de la defensa de Formio, y encargó a Demóstenes la redacción de su informe. Sin duda es frecuente que quien ha perdido un pleito legal piense que el abogado de la parte contraria es más hábil que el suyo propio, y se dirija a él a la primera oportunidad. No parece que haya habido ninguna ley ateniense que prohibiera hacer esto, aun dentro del mismo proceso. Comprenderemos que así fuera si tenemos bien en cuenta la diferencia esencial entre el redactor de discursos ateniense y el abogado de nuestros días. Probablemente estos casos fueran frecuentes en el ejercicio de los logógrafos. Pero, aun en estas circunstancias, ciertas personas se mostraron evidentemente irritadas por tal conducta; como quiera que sea, los enemigos de Demóstenes tuvieron noticia de ello, y Esquines lo aprovechó en cuanto se presentó la ocasión.[34] Averiguar las razones de Demóstenes es más bien ocioso. Tiene cierta plausibilidad la conjetura de que, habiendo pensado por mucho tiempo en que se pasaran a los fondos de guerra las sumas que regularmente se distribuían como cuotas de entrada para el teatro, Demóstenes tuvo que congraciarse más o menos con Apolodoro, quien estaba proponiendo entonces que se suprimiera este reparto.[35] Pero, cualesquiera que fueran las circunstancias, no deja de herir nuestra sensibilidad el hecho de que el mismo autor que trazara ese retrato de Apolodoro al final de su discurso *En defensa de Formio*, caricaturizara ahora a Formio, con no menor causticidad, al final de su discurso *Contra Estéfano*.[36]

Está claro, entonces, que el logógrafo no era realmente más que un instrumento viviente en las manos de la persona para quien escribía. Aun cuando Demóstenes

trabajara para ambas partes una vez nada más, la manera como los retratos de los dos antagonistas se oponen el uno al otro en este ejemplo extremo, muestra qué arte más enteramente irresponsable practicaba el redactor de discursos, y a qué poco lo comprometía. No es probable que la opinión de Demóstenes sufriera semejante cambio, puramente por causa de una visita profesional de Apolodoro. ¿Es posible que él, deliberadamente, considerara a ambos retratos como puros medios para un fin —caricaturas que tendrían que ser toleradas en el tribunal en caso de lucha— porque, simplemente, éste era el procedimiento normal, y quienquiera que se saliese de las reglas del juego podría estar seguro de terminar con las manos en la cabeza? ¿O consideró tal vez imparcialmente exactos a ambos retratos, a pesar de sus exageraciones caricaturescas, haciendo chanza íntimamente, como tantos otros grandes retratistas, de una y otra de sus víctimas, y sin turbar la gravedad de su porte exterior? Palpita a lo largo de sus primeros escritos oratorios bastante sangre de artista verdadero para que tal capricho no parezca increíble, con todo y que pudiera descubrirse en el retrato del rico avaro Formio —al que Demóstenes pinta en su discurso *Contra Estéfano* con un gusto especial— un rastro de resentimiento por haber recibido unos honorarios mezquinos, después de haber ganado para él ese gran pleito. Cualquiera de los que tenían que rondar todos los días por la sociedad ateniense, y estaban por ello en situación de ver entre bastidores —como el consejero legal de tales apurados hombres de negocios y ricos ostentosos— debió con el tiempo llegar a ver la moralidad y la respetabilidad de la clase media como en un espejo convexo; y a duras penas evitaría el exponerse a un peligroso escepticismo —doblemente peligroso para un hombre con la fuerza de pasión y de voluntad de Demóstenes. El no podía encontrar satis-

facción permanente en esta esfera, a la que había sido llevado puramente por sus grandes dotes oratorias. Pero el crecimiento mismo de su fama como escritor de discursos, hubo de ayudarle en el camino a la política, en la que se ofrecía ante él un objetivo más digno de sus fuerzas.

CAPITULO TERCERO

LA MARCHA HACIA LA POLITICA

COMO LOS estadistas romanos, Demóstenes no empezó su carrera política apareciendo ante el Consejo o la Asamblea, sino tomando parte en importantes juicios de estado. Esa era una época de profunda depresión en la política ateniense, y de aturdimiento en general. Es difícil percatarse de esto al pronto, después de haber trazado la recuperación de Atenas en el período de la postguerra y su elevación a la jefatura de la segunda Confederación, y de haber contemplado cómo llegó a la cumbre de la paz de Esparta en 371, con la cual trató Calístrato de cosechar los frutos de la guerra mientras estaban en sazón. Pero para comprender de qué modo se inició Demóstenes en la política, debemos seguir ahora la curva descendente del desenvolvimiento de la Confederación, pues los tres procesos con los cuales hizo su aparición, estuvieron relacionados exclusivamente con la liquidación de un sistema de gobierno desahuciado, el cual había llevado las cosas a tal punto que la Confederación estaba disuelta por completo, y Atenas se veía aislada nuevamente.

Ya durante los años anteriores a la declaración de paz de Esparta, hubo indicios de una creciente frialdad entre Atenas y Tebas, los dos aliados principales. Sintomático de esto fué el discurso que Isócrates escribió para los platenses, quienes habían sido oprimidos por Tebas. Es presumible que este discurso fuera escrito por inspiración oficial.[1] De todos modos, Isócrates era

entonces muy estimado como representante del grupo más imparcial de la intelectualidad ateniense; y expresó sin reservas de ninguna clase su impresión de que los tebanos estaban explotando a Atenas, y de que ésta debía cooperar con ellos sólo hasta donde conviniera a sus propios intereses y los de la Confederación, que al cabo era de la Confederación de la que dependía Tebas. Naturalmente, también había en Atenas un partido protebano, y parece en verdad haber sido el más fuerte numéricamente, si hemos de juzgar por la composición de la delegación ateniense a la conferencia de la paz de Esparta. En esta delegación, en la cual estaban representadas, como de costumbre, todas las corrientes del pensamiento político de Atenas, los amigos de Tebas tuvieron decididamente vara alta. Pero Calístrato, cuya política de equilibrio de poder, enteramente desprovista de sentimentalismo, es presentada tan admirablemente en la versión que da Jenofonte de su gran discurso en la conferencia, llevó a cabo su plan muy hábilmente, y obtuvo éxito en la maniobra que dejó a sus aliados los tebanos en una posición de completo aislamiento.[2] La política no entiende de gratitudes; y en ese momento nadie se detuvo a recordar que, sin Tebas, la ascensión de Atenas hubiera sido imposible.

Vióse entonces que los atenienses habían calculado bien exacta y prudentemente la fuerza de la nueva Confederación, cuando, en sus inicios, garantizaron sistemáticamente la autonomía de los aliados en todas sus formas. Cuando fueron a interpretar este principio, es evidente que contaron con reconquistar eventualmente su antigua posición bajo la paz de Antálcidas, aun en el caso de que la nueva alineación consiguiera mantenerse. De este modo, podían enfrentarse a los espartanos con un hecho consumado. Además, y completamente en contra de las intenciones originales de Esparta,

su interpretación no excluía la posibilidad de que un apreciable número de ciudades autónomas se asociaran por su propia voluntad. Pero, de todos modos, sí excluía la unión coercitiva de un grupo de ciudades vecinas en un estado único, al modo como las ciudades de Beocia habían sido unidas por Tebas, aunque esto pareciera enteramente justificado por consideraciones económicas y tribales. Calístrato había prestado a los espartanos el servicio de conducir a Tebas a este callejón sin salida, y dejarla ahí aislada, a cambio de su reconocimiento de la Confederación ateniense. Como quiera que Esparta no podía habérselas con todos sus enemigos a un tiempo, el precio no fué muy alto para ella. Los tebanos, imposibilitados de reforzar su pretensión de firmar el tratado de paz como representantes de todos los estados de Beocia, tuvieron que retirarse de la conferencia bajo protesta. Calístrato, en cambio, regresó a Atenas triunfalmente. Había puesto, al parecer, una sordina a la arrogancia tebana, sin atraer sobre Atenas la odiosidad de traicionar a su aliada. Ahora podía dejarse que Tebas y Esparta se debilitaran mutuamente, mientras Atenas consolidaba en paz su recién conquistada posición.

Pero en política nada es seguro. La situación desesperada de Tebas sólo sirvió para multiplicar sus fuerzas; y bajo la brillante dirección de Epaminondas —un hombre casi desconocido hasta entonces, que había causado impresión por vez primera con su elocuencia, decididamente nada beocia, en la conferencia de la paz de Esparta—[3] los tebanos procedieron desde luego a barrer con el "invencible" ejército espartano en Leuctra. Paso a paso, Esparta había descendido desde la cumbre de su poder, el cual, después de la primera rebelión de sus aliados en la Guerra Corintia, pareció que quedaba restablecido con la paz de Antálcidas. Pero, al ocupar a

Tebas, Esparta excedió sus propias fuerzas, y fué decayendo continuamente desde la liberación de Tebas y la fundación de la segunda Confederación ateniense. No tuvo Esparta un poder físico, espiritual o económico que corriera parejas con sus hazañas militares. El antiguo sistema espartano había tenido como base una población relativamente pequeña, según atestigua un hombre tan versado en asuntos espartanos como Jenofonte;[4] y después de la destrucción de su ejército en Leuctra, no tuvo ya reservas a qué acudir. Nunca más se recuperó de este golpe, y hubiera sido destruída enteramente si Atenas se hubiera unido a Tebas subsiguientemente, para asestar a su antigua enemiga, mientras estaba indefensa, un último golpe aniquilador. Pero Atenas tuvo entonces la impresión de que Tebas había pasado a ocupar el lugar de Esparta. Hasta ahora, Tebas había sido su aliada; pero como ésta se mostraba cada vez más insatisfecha, se desprendía lógicamente de la política del equilibrio de poder que Atenas entrara en una alianza militar abierta con Esparta. Calístrato sacó esta conclusión con perfecta sangre fría, y sin que importara cuán duro pudiera ello parecerle a los políticos atenienses más sensibles.

Vamos a representarnos la nueva situación de la política ateniense. El curso de los acontecimientos estaba entonces determinado por la creciente ola de ambición de Tebas y la nueva política agresiva adoptada bajo la dirección de Epaminondas. Por una parte, esta política tenía como designio debilitar más a Esparta, el enemigo tradicional; por la otra, era un intento sistemático de ensanchar la esfera tebana de influencia en la Grecia central y del norte. Durante el influjo de Tebas, el centro de gravedad político se había trasladado finalmente desde el mar Egeo y el Peloponeso, los dos campos de fuerza tradicionales, hacia el norte,

el cual no estaba preparado para ello ni cultural ni políticamente. Cuando llegamos al tiempo de Demóstenes, encontramos que este traslado se considera como cosa hecha. Ello puede verse con la mayor claridad en las repetidas invasiones tebanas de la península meridional de Grecia, en donde, hasta entonces, ni siquiera el ejército persa había puesto el pie. Además, y por encima del inmediato problema militar de mantener intimidada a Esparta —lo cual llegó a provocar intervenciones armadas de las fuerzas atenienses en defensa de Esparta—, había tres factores constantes con los que la política peloponesa de Tebas tuvo que contar en los años siguientes. Uno era el movimiento democrático en aquellos estados del Peloponeso que habían sido hasta entonces gobernados aristocráticamente bajo la influencia espartana. Enlazado con éste, hubo otro movimiento, al que Tebas apoyaba, en las tierras altas de Arcadia —región anteriormente disgregada en un número de pequeñas comunidades, pero que ahora aspiraba a la independencia y la unificación—. El tercer factor era el irredentismo de los mesenios —vigorosamente fomentado por Tebas—, a quienes Esparta había oprimido durante siglos. La politica, en el siglo IV, había aprendido bien el truco de utilizar como lema a los viejos ideales. Años después, por ejemplo, nos encontramos a Isócrates aconsejando al rey Filipo el empleo de la palabra *libertad*[5] en sus tratos con los pueblos asiáticos, pues el efecto pernicioso que ella tuvo entre los griegos demostró que éste era el mejor ardid para destruir imperios poderosos. Esta lección la habían ya enseñado los propios espartanos en la Guerra del Peloponeso,[6] y ahora Epaminondas se la enseñó provechosamente a ellos, mostrando que cuando uno empieza a deshacer la labor de la historia, no hay límites de tiempo que la detengan, así haga décadas o

siglos que se produjeron los "hechos consumados" que uno invoca. En la política de los tiempos de Demóstenes, se nos ofrecerá otra vez la nueva situación peloponesa de esta década: una Esparta débil, una Mesenia independiente y una Arcadia unificada, con su ficticia capital Megalópolis, recientemente fundada. Cada uno de estos resultados fué peculiarmente obra de Epaminondas, y todos lo sobrevivieron. Con su muerte en la batalla de Mantinea de 362, ganada por Tebas al invadir por última vez el Peloponeso, el movimiento tebano de expansión exterior se paralizó. La batalla dejó en un estado caótico lo mismo al norte que al sur; en éste, la influencia tebana empezó desde entonces a disminuir gradualmente. Evidentemente, había sido más fácil perturbar el orden inestable de ese mundo político que substituirlo con uno nuevo.

A lo largo de los nueve años gloriosos que Tebas pasó desde Leuctra a Mantinea, Atenas mantuvo por un tiempo, bajo la firme y determinada dirección del elocuente Calístrato, el estado de equilibrio que había alcanzado en la conferencia de la paz de Esparta. Luego que se desvaneció el entusiasmo que había dominado en los primeros años de la Confederación, Calístrato intentó sistemáticamente reforzarla por todos lados, y hasta consiguió aumentar considerablemente el número de sus miembros, poco después de Leuctra. Formalmente, la conducta de Atenas tuvo la mayor consistencia lógica. Nunca, anteriormente, hubo diplomacia que se desplegara con tal arte consciente. Esto se había convertido entonces en un juego excitante, con reglas fijas, que exigía el más alto virtuosismo. El desarrollo de la teoría y forma de la diplomacia merece, ciertamente, una exposición más precisa, pues no se le ha prestado toda la atención que requiere. Aunque la historia de Grecia en el siglo IV puede azorarnos al princi-

pio por su complejidad, se hace cada vez más interesante cuando la examinamos de cerca —como una partida de ajedrez, frente a la cual estamos ahora en situación de analizar la corrección de cada jugada, no sólo pensándola de nuevo, sino también por conocer cómo terminó la partida—. Pero la elasticidad mental de los jefes de una nación no implica una correspondiente vitalidad en la nación misma, y cuando su pericia es estimulada precisamente por la falta de esa vitalidad nacional, ello resulta, cuando más, un sustituto insuficiente.

Esto se aplica a la Confederación ática después de Leuctra. Su posterior desarrollo, después de la derrota de Esparta, fué sólo una apariencia de salud. En efecto, cuando ya no hubo por qué temer a Esparta, perdió su fuerza el motivo que mantuviera agrupados a los miembros sueltos de esta unión. Los otros confederados no compartían el interés de Atenas en volver el filo de la liga contra Tebas, en vez de Esparta, pues la mayoría de ellos eran ciudades insulares o costeras, que no tenían motivo de fricción con el poder territorial, puramente agrario, de Tebas. Pero, cuanto menos coincidía su interés con el de Atenas, tanto más fueron tomando los manejos de ésta la apariencia de una política sin dirección realmente definida. El primer signo de que la posición de los jefes atenienses se iba haciendo precaria en el interior, fué el llamado juicio Orópico de 366, en el que el partido beocio de Atenas acusó a Calístrato y a Cabrias de haber perdido la importante ciudad fronteriza de Oropo por su actitud con Tebas. De hecho, no es probable que hubieran podido retener a Oropo por mucho tiempo, después de que la isla vecina de Eubea se pasara de la Confederación a Tebas; por lo que, probablemente, los jefes no tuvieron culpa. La brillante defensa de Calístrato fué el primer

discurso que oyó el joven Demóstenes a los diez y siete años. Era una gran ocasión, y Demóstenes se escondió detrás de su pedagogo para poder así filtrarse secretamente en la audiencia.[7] El resultado del discurso fué la exculpación y completa victoria del eminente estadista, a quien Demóstenes admiró toda su vida, y cuyo ejemplo ejerció evidentemente una decidida influencia sobre él.[8] La última hazaña de Calistrato fué ganar para el bando ateniense el recién unificado estado arcadio, al que Tebas creara en el Peloponeso en oposición a Esparta. En la embajada a Arcadia el poder oratorio de Calistrato contendió con el de su gran rival tebano Epaminondas, y ganó la partida. Pero es difícil decir lo que habría sucedido si Epaminondas hubiera vivido por más tiempo y hubiese añadido la supremacía marítima a la continental. Ya una vez había advertido Epaminondas que el Propileo de la Acrópolis ateniense debía ser trasladado a la Cadmea de Tebas;[9] y su primer paso para convertir este dicho en hecho había sido reunir una gran flota e iniciar negociaciones con Quíos, Rodas y Bizancio, aliados de Atenas, que quedaron particularmente impresionados con su sensacional viaje de sondeo a Bizancio. El abandono de Atenas por estas importantes ciudades comerciales selló, pocos años después, el destino de la Confederación, según es bien sabido; y Epaminondas parece que percibió astutamente los puntos por los cuales era más vulnerable. Después de su muerte, hubo un alivio en la presión que había mantenido en el gobierno a su adversario ateniense Calistrato; y este hombre notable, cuyo talento político necesitaba ahora Atenas más que nunca, cayó del poder y fué desterrado. En verdad, él siempre creyó que algún día volvería, e intentó repetidas veces servir políticamente a Atenas desde el extranjero. Pero eligió un mal momento para su retorno,

y cuando, después de varios años, se aventuró a intentarlo, fué condenado a beber la cicuta.

En los últimos años del gobierno de Calístrato no faltaron empresas desafortunadas que pudieran ocasionar su caída. Desgraciadamente, es casi nada lo que sabemos del poderoso grupo que la provocó, apoderándose luego del mando. Un nombre que aparece con frecuencia en primer término es el de Aristofón, hombre de edad madura y político respetado, cuya prominencia databa ya de la primera década posterior a la Guerra del Peloponeso. En nuestra tradición aparece como un inflexible partidario de la cooperación con Tebas. Esto sólo hubiera ya bastado para llevarlo a la oposición de Calístrato; pero la gente nueva extendió su hostilidad a todos los aspectos del régimen de Calístrato. Creyeron que en todas las cosas era menester un tono de mayor rigidez. Apretaron más los resortes de la administración, procesaron a generales negligentes o arbitrarios y llamaron a cuentas a sus predecesores políticos. No es cosa fácil informar acerca de ellos haciéndoles justicia; a juzgar por sus éxitos, debemos concluir que gobernaron a Atenas de arriba abajo. Pero es en vano que busquemos en sus empresas una línea firme de conducta; en vez de esto, los vemos precipitarse temerariamente y cometer errores imperdonables. La postura altiva y presuntuosa de Atenas a la cabeza de la Confederación, se disuelve ahora en gestos amenazadores de brutal debilidad; y el capital de confianza, tan duramente ganado, se consume rápidamente.

Este es el tiempo en que Atenas está interviniendo constantemente en las disputas ajenas y haciendo antesala ante los príncipes extranjeros. Es el período de las tumultuosas expediciones mercenarias al Asia Menor, donde el imperio persa está temporalmente a punto de desintegrarse en varios estados independientes, y los vi-

rreyes del Gran Rey luchan entre ellos hasta que el nuevo caudillo Artajerjes Ocus acaba con este estado de cosas. Atenas hace entonces repetidos esfuerzos para conseguir poner el pie en los Dardanelos; pero uno tras otro, varios generales prueban la suerte, fracasan, son destituídos y condenados. Cuando, a la muerte del rey Perdicas III en 359, se apodera del timón Filipo II, hombre de energía rayana en el genio, Atenas pierde Amfípolis —donde el Estrimón desemboca en la costa macedonia—, el puerto más importante para el comercio interior. Hay un solo momento brillante, cuando el bando ateniense recupera Eubea; pero esto compensa a duras penas la pérdida de Corcira, una isla de importancia no menor para el comercio y para la estrategia naval. Un año después, en 357, los demás miembros de la Confederación se separan de ella, y Cabrias muere en la desafortunada batalla naval de Quíos. Una nueva flota, armada con las fuerzas de la desesperación, zarpa al mando de Ifícrates, Menesteo, Timoteo (los tres, hombres prominentes en los años de la naciente Confederación) y Cares (el *homme de confiance* de los que están en el poder). Pero cuando Cares ataca al enemigo contra el parecer de los otros tres, sufre una derrota y sus colegas son llamados a juicio. Después de dos años de luchas y agotamiento, Atenas ofrece la paz a sus antiguos aliados, y finalmente sella la anulación de los primitivos tratados con los que tan prometedoramente había comenzado la Confederación. Una vez más, Atenas queda aislada; sus finanzas se vienen abajo; se ha enemistado con Tebas y no puede esperar mayor apoyo de la ya impotente Esparta; sus bases navales se han perdido también; está en los peores términos con el imperio persa. Los héroes que lograron su ascendiente —Calístrato, Timoteo, Cabrias— han muerto; y el estado interno de los asuntos puede caracterizarse bien con las palabras que Isócrates pro-

nunciara años antes en su *Areopagiticus* pidiendo la reforma constitucional: "Vamos por las tiendas escarneciendo el estado de cosas y diciendo que desde que vivimos bajo la democracia no habíamos sido nunca peor gobernados." [10]

En este panfleto, Isócrates aconsejaba una reversión del gobierno degenerado de las masas a un estado más disciplinado, con un fuerte Areópago en su centro. A decir verdad, él nunca dijo de dónde podía sacar la burguesía de propietarios, hacia los que iba su simpatía,[11] el poder necesario para sostener a esa nueva autoridad. Lo cierto es que se limitó a expresar piadosos deseos de que hubiera una reacción, sin indicar jamás de qué modo debía resolverse el problema de las masas. El *Areopagiticus* es, a pesar de todo, un documento histórico de la mayor importancia para el desarrollo de la política interior ateniense durante los años decadentes de la segunda Confederación. Creo, además, que su significación aumenta decididamente si abandonamos la opinión general que considera este informe como un residuo del colapso de Atenas en la Guerra Social, y suponemos, en cambio, que fuera escrito más bien antes, en el período de paz que precedió al inicio de dicha Guerra Social. Me parece que existen razones convincentes para esta suposición.[12] El *Areopagiticus* presupone todavía la existencia de una respetable cantidad de poder en Atenas, de una gran flota, y de una alianza establecida con suficiente firmeza para inspirar perfecta confianza en la buena voluntad de los aliados para un caso de emergencia. Pero en el horizonte exterior se acumulan nubes amenazadoras. Las ciudades helénicas de la costa septentrional de Grecia, las cuales pertenecieron a la Confederación ateniense en los días de su apogeo, se han separado ahora de Atenas y, por tanto, ésta las ha perdido definitivamente. Esta es la situación después de

que Filipo de Macedonia accede al trono en 359-58. La pérdida de Amfípolis no es el único problema; también las ciudades calcídicas, en la península tracia, se unen a Filipo en el curso de la disputa sobre Amfípolis que sostienen Atenas y Macedonia. Las excavaciones en Olinto emprendidas por la Johns Hopkins University de Baltimore, han revelado una inscripción que pone de manifiesto los términos exactos del tratado de alianza entre Filipo y las ciudades calcídicas, el cual selló el definitivo alejamiento de éstas respecto de Atenas. Poco después, pero todavía antes de la secesión de los demás aliados en 357, debió Isócrates de escribir y publicar su *Areopagiticus*. Este informe es, manifiestamente, una petición para que se haga marcha atrás antes que sea demasiado tarde. Lo mismo que el *Plataicus* y el *Archidamus* del propio autor, es evidentemente un folleto escrito para fomentar la política de un cierto grupo. No podemos explicarlo considerándolo como un nuevo producto de la iniciativa personal del *rhetor*. Se exige en él, más o menos abiertamente, un decidido robustecimiento de la influencia conservadora de las clases propietarias y una rápida liquidación de la presente democracia radical, la cual ha de conducir tarde o temprano a la ruina. El discurso de Isócrates *Sobre la paz*, que viene hacia el fin de la Guerra Social, está con esto en línea directa. Evidentemente, hubiera sido imposible durante el período de guerra apuñalar por la espalda a los hombres del gobierno exigiendo restricciones en el régimen democrático; pero es perfectamente claro que el discurso *Sobre la paz* es tan sólo un nuevo ataque del mismo círculo adinerado ateniense. En el *Areopagiticus*, esos hombres habían ya manifestado su pretensión de dominar la política interior: y ahora hicieron una declaración pública sobre cómo hubieran ellos usado este poder si se hubieran realizado sus ambiciones de una reforma constitucional. Pero el

momento para tal reforma no había llegado entonces, y no llegó sino hasta que la guerra estuvo perdida. Lo interesante del caso es el hecho de que la reacción de 355, que al fin llevó al poder a la oposición, fuera preparada con tanta anticipación. La oposición tuvo que arreglárselas por ahora sin reforma constitucional alguna; otros asuntos más urgentes la esperaban. Que todo esto tenía un alcance muy delimitado, podemos verlo si examinamos el discurso de Isócrates *Sobre la paz* y el opúsculo *Sobre las rentas* que nos ha llegado bajo el nombre de Jenofonte.

En el discurso *Sobre la paz*, escrito en la última fase de la Guerra Social y antes de que se declarase la paz, Isócrates recomienda un cambio completo de sistema en materia de política exterior, con el abandono de toda idea de hegemonía y el retorno al principio de autonomía que representó un papel tan grande en la paz de Antálcidas. Apremia a Atenas para que reduzca su territorio hasta los más estrechos confines, como medio de garantizar la seguridad exterior, y la exhorta a que restaure la paz interior, promueva la economía y restablezca su buen nombre entre los demás estados. Los discursos de Isócrates, repartidos como están a lo largo de varias décadas, son el barómetro del poder de Atenas. Poco antes, pudo representársela todavía a la cabeza de las ciudades marítimas, merecedora no sólo de hacer la ley a sus aliados, sino hasta de dominar al mundo entero;[13] y en una ocasión anterior, en el *Panegyricus*, la había contemplado, junto a Esparta, al frente de toda la Hélade e iniciando contra Persia una guerra nacional que habría de traer la unidad a los griegos. Pero eso era solamente un sueño que no tenía detrás ninguna idea verdaderamente constructiva; y su actual proposición no era mejor, pues ¿qué podía ganarse volviendo al principio formal de autonomía, como en la paz de Antálcidas, si

no había detrás de él una potencia fuerte como entonces Esparta que garantizara el mantenimiento del nuevo orden? La propuesta de Isócrates es, en verdad, un simple reconocimiento de la completa falta de sistema y de principio en el mundo de los estados griegos —la primera sugestión hecha en voz alta de que ese mundo debiera realmente desintegrarse—. Ciertamente, lo único positivo en este programa de renunciamiento son las demandas de reconstrucción económica y provisión moral, lo cual quiere decir que los problemas inmediatos del futuro están más allá del reino de la política práctica.

Encontramos un lenguaje igualmente ponderado en el opúsculo *Sobre las rentas,* atribuído tradicionalmente a Jenofonte, el cual no pudo haber sido escrito mucho después que el otro, y presupone las condiciones que se dieron con posterioridad a la Guerra Social.[14] Este folleto pide, asimismo, que Atenas, la antigua reina de los mares, se reduzca a la categoría de una pacífica república comercial, sin ambiciones políticas, y renuncie a todas sus aspiraciones de poder. La crítica del imperialismo y su πλεονεξία había surgido por vez primera después de la Guerra del Peloponeso. Ahora revive automáticamente, y se emplea aquí para dar una especie de apoyo moral al programa de relegar todas las ambiciones a los asuntos económicos. El autor presta particular atención a este problema al principio de su ensayo, y vuelve a tratar de él, aún más detenidamente, hacia el final. Es por naturaleza demasiado conciliador para lanzar acusaciones violentas contra los que representan la política diametralmente opuesta, prevaleciente hasta entonces; Atenas ya no puede soportar las disputas de esta clase. Empieza más bien con una defensa de la misma política a que se opone, pues está dispuesto a concederle lo que sea suyo. Los jefes atenienses, afirma, han sabido, tan bien como el que más, qué diferencia hay entre lo que está

bien y lo que está mal, pero se han visto forzados, por razón de la pobreza de Atenas, a adoptar una política imperialista que condujo a la ruina de la Confederación. Se propone demostrar, sin embargo, que Atenas puede existir sin esta política.[15] Y éste, ciertamente, parece ser el único camino abierto a ella todavía, ahora que ha perdido todas sus posesiones exteriores y que no tiene ningún confederado que le pague tributos en dinero.

La mayor parte del folleto la ocupan proposiciones concretas para levantar de nuevo al estado, así económica como hacendariamente. En contraste con Isócrates, escuchamos aquí la voz de un economista político verdaderamente experimentado, el cual se enfrenta a la nueva situación desde un punto de vista más alto. El cuadro que nos ofrece de la crisis interna de la postguerra es lúgubre. La población de la ciudad ha disminuído; los negocios y el comercio están paralizados; no hay en el puerto naves extranjeras; la tesorería del estado necesita nuevas fuentes de ingreso. Antaño, los principales contribuyentes eran los ricos no-residentes, quienes, con sus vastas fortunas, solían llegar en gran número de Lidia, de Frigia, de Siria y de otros países para gozar, como dice el autor, de los placeres de la ciudad, o para realizar sus negocios. Ahora, en cambio, esos hombres han abandonado la ciudad en tropel, pues durante la guerra fueron obligados al servicio militar, mientras que, por otra parte, también su carencia de derechos políticos hizo que la residencia en Atenas ofreciera para ellos más desventajas que ventajas.[16] El autor confía en que un trato mejor para estas gentes llevará consigo un renacimiento de la inmigración y de la construcción, así como un aumento en la recaudación de impuestos, sin gasto alguno para el estado. Hasta recomienda el establecimiento de una oficina especial para la ayuda a los metecos, parecida a la que existe para los huérfanos; y en vista de que hay

todavía en Atenas tantos solares desocupados, sugiere que a los extranjeros que deseen construir se les conceda el derecho de adquirir el terreno y se les den todas las facilidades posibles, a condición, naturalmente, de que sean considerados dignos de ello previo cuidadoso examen. Pide también que se construyan nuevas casas de hospedaje, y manzanas de casas de despachos en el puerto, para los extranjeros que van a Atenas puramente por negocios y como transeúntes, así como análogas instalaciones en el puerto, lo mismo que en la ciudad, para los comerciantes al por menor.

Aparte de estas proposiciones para el incremento del comercio exterior y para estimular la afluencia de metecos, el folleto da una relación particularmente detallada de los depósitos metalíferos del Atica, con detalles muy precisos relativos a la historia de las minas de plata de Laurión, y a las posibilidades que ofrecen de ser explotadas, así pública como privadamente, sobre una base razonable.[17] La yuxtaposición de estas dos proposiciones, una para mejorar el trato a los extranjeros y otra para intensificar la producción de plata, parece a primera vista fortuita y más bien insólita. Pero ambas surgen de la alteración de la política hacendaria ateniense, producida inevitablemente por la ruptura de la Confederación. La idea de autarquía no andaba muy lejos de la doctrina económica de este período, y parece que Atenas fué conducida a ella por su nueva situación. Pero su población no podía vivir con los solos productos agrícolas del suelo ático, que es pobre, y tenía que importar en gran escala, sin que hubiera una exportación equivalente. Así, al no poder Atenas mantenerse ya a sí misma con el dinero de sus aliados o con el botín de guerra, tenía que equilibrar su desfavorable balanza comercial por medio de una explotación más vigorosa de los recursos no-agrarios de la tierra y, sobre todo, echando mano del

dinero que los extranjeros pudieran traerle. Todo esto es enteramente lógico y muestra con qué claridad entendió el autor la novedad fundamental de la difícil situación de la postguerra. Se percata de que esto tiene que afectar la política de Atenas para con los residentes de origen extranjero, y se da cuenta también de que esta política, aunque apoyada en la legislación de varios patrióticos estadistas desde el fin de la Guerra del Peloponeso,[18] está inevitablemente en pugna con necesidades fundamentales, de donde resulta un círculo vicioso. La única salida que le queda ahora a Atenas es convertirse en una ciudad con la mayor población extranjera posible; de otro modo, llegará a morirse de hambre gradualmente.

Este folleto es una arremetida contra los jefes que estuvieron hasta entonces aferrados al timón del estado, persistiendo tenazmente en él aun después de la declaración de paz. Demóstenes se pondrá, asimismo, del lado de la oposición en sus tres primeros discursos pronunciados en procesos públicos, los cuales pertenecen a este mismo período. También, según ellos, la única salida es la liquidación del irremediable sistema gubernamental —sistema cuyos representantes, después de permitir que las cosas llegaran a este estado espantoso, están empleando ahora métodos aún más desesperados para salir del paso—. También esos tres discursos van dirigidos directamente contra la política hacendaria del gobierno, la cual es, por el momento, el verdadero centro del ataque. Tampoco aquí habla todavía Demóstenes en nombre propio; por lo menos los dos discursos contra Androcio y contra Timócrates fueron escritos para otros. La novedad consiste en que Demóstenes escribe ahora discursos para procesos de un manifiesto carácter político. Sólo se requiere un paso más para que se presente en persona en la tribuna de los oradores. En la antigüedad se supo-

nía que este paso lo dió con el tercero de estos discursos, el dirigido *Contra Leptines*; pero esto no es seguro en modo alguno, aunque no pueda demostrarse lo contrario. Como quiera que sea, el hecho de que los tres discursos lleven un propósito común, muestra que Demóstenes está ahí dedicando sus energías a una ofensiva por la que se interesa sinceramente, y la cual entraña un objetivo más fundamental. Las tres personas contra quienes se lanza esta ofensiva pertenecen todas ellas al círculo de Aristofón: al acometer contra ellas, el invisible director del ataque espera asestar un golpe eficaz contra el sistema entero. Tenemos aquí un ejemplo del modo como la oposición conducía su campaña en casos de este tipo.

La cuestión de los antecedentes de partido de los primeros discursos políticos de Demóstenes ha sido escasamente suscitada por las escuelas anteriores. Sin embargo, es de una importancia decisiva para comprender la evolución de Demóstenes como estadista, especialmente cuando llega el caso de juzgar su posición política en el discurso *Sobre las Simmorías*, su primer discurso de estado, el cual pertenece a este mismo período.[19] En resumidas cuentas, lo que se debate aquí, lo mismo que allí, es la política hacendaria, o sea las medidas de importancia que el estado toma en conexión con ella. Es revelador el hecho de que los círculos más adinerados estuvieran particularmente interesados en esto: ya conocemos la manera radical como habían criticado el carácter degenerado de la democracia y especialmente de su política de hacienda. Es improbable que el ataque de Demóstenes, el cual se produce en la misma época y tiene análoga significación, proviniera de ningún otro grupo sino ése, a cuya clase social pertenecía él, además, por derecho de nacimiento. Como sea que la tradición nos deja aquí a oscuras, debemos naturalmente formar nuestras propias conjeturas pero la probabilidad de estas con-

jeturas aumenta a medida que descubrimos que todos los discursos de Demóstenes tienden, en ese tiempo, a apuntar hacia una y la misma dirección.

Conocemos al jefe de la oposición: era el eminente hacendista Eubulo, quien ejerció una decisiva influencia en la conducción del estado ateniense durante varios años después de la caída de Aristofón y sus amigos, y se convirtió después en adversario de Demóstenes. Este antagonismo —que ha llegado a ser clásico—, en el cual encarnan dos irreconciliables principios de pensamiento político, ha impedido por largo tiempo que la posteridad sacara de los bien conocidos hechos de los primeros discursos de Demóstenes la inevitable conclusión de que éste inició su carrera, si no como un partidario próximo de Eubulo, por lo menos luchando contra los mismos adversarios que éste.

A un entusiasta de la visión estrictamente moralista, como Arnold Schaefer, le parecía inconcebible que su héroe hubiera seguido este camino. Para Schaefer, Demóstenes fué, desde el principio, el diligente y prevenido salvador de su patria que encontramos en las *Filípicas* —el inexorable luchador por los principios, dedicado a la regeneración del estado y plenamente consciente de su misión—. El Demóstenes de Schaefer se sostiene enteramente a sí mismo, ya desde su primer discurso, y sin depender de nadie más. Tiene esa misma rigidez de semblante que se acusa en los héroes de la biografía antigua. Aun el moderno historiador Beloch piensa todavía en términos de esos mismos tipos inflexibles; la diferencia es, simplemente, que el ideal clasicista cedió ahora el paso a su contrario. Beloch, representante eminente de la escuela positivista de historiografía, con su sólido apego a los hechos, ve en el sagaz hombre de negocios que es Eubulo al prototipo del verdadero caudillo nacional; consiguientemente, le parece inconcebi-

ble que las líneas de Demóstenes y Eubulo hubieran podido coincidir siquiera por algún tiempo. Este Demóstenes de Beloch es un ideólogo y un fanático desde el principio, ajeno a la realidad, que tropieza con la política para su propia desdicha y la de su ciudad natal, y que está predestinado a un desastre seguro. Ambas versiones hacen violencia lo mismo a la psicología que a la historia. Aun a los historiadores y biógrafos antiguos les pareció penoso no considerar como esencialmente inalterables las tendencias políticas de Demóstenes; pues como la idea de evolución les era extraña, cualquier cambio en su conducta política se les antojaba una debilidad de carácter. Sin decidirnos por ninguna de estas conclusiones, prestemos cuidadosa atención a cada indicio, por pequeño que sea, relacionado con este cambio. Y como no tenemos testimonios más directos sobre su naturaleza y las razones que hubiera detrás de ello, tenemos que seguir sus huellas en los discursos de Demóstenes. Sólo cuando hayamos puesto de manifiesto una desviación en su curso, podremos aventurarnos a buscar, tras la aparente contradicción, una más profunda unidad en su conducta de estadista, y consideraremos el hecho de que perteneciera a tal o cual partido como asunto, por lo que a esto se refiere, de importancia secundaria nada más.

Androcio era discípulo de Isócrates[20] y autor de algunos de los anales áticos, o *atthides*, a los que se cita después frecuentemente; por ejemplo, Aristóteles, en su *Constitución de Atenas*, utilizó esta obra como fuente principal. Su carrera política podemos seguirla desde los primeros años de la Confederación. Una inscripción atestigua que fué comandante de la guarnición ática de Arcesine en Amorgo, probablemente durante la Guerra Social.[21] En el discurso *Contra Timócrates* aparece de nuevo como embajador. Debe de haber sido uno de los

más importantes colaboradores de Aristofón; en todo caso, jugó un papel en la política tributaria de éste después de la guerra. La impopularidad que esto le trajo es utilizada por Demóstenes, en su discurso contra él, como palanca para quitarlo de en medio. Pero la base formal de la acusación es enteramente otra. Antes de que el Consejo dimitiera, Androcio había propuesto ante la Asamblea que se coronara como de costumbre a los miembros del Consejo, en reconocimiento por sus servicios administrativos. Por razones evidentes, esto no se hacía ordinariamente sino después de terminarse el período durante el cual los miembros del Consejo ocupaban sus cargos. De acuerdo con los procedimientos normales, una proposición presentada a la Asamblea no estaba en regla sino cuando era sancionada por una previa decisión del Consejo; pero como el Consejo difícilmente podía proponer una recompensa para sí mismo, Androcio tuvo que presentar la propuesta sin su respaldo. Esto parecía una pura cuestión de forma, pero era en realidad algo más. En efecto: había una ley especial por la cual la coronación del Consejo se hacía depender de la construcción de un número estipulado de barcos nuevos. Los barcos no se hicieron, aunque no por culpa del Consejo, pues el tesorero de las construcciones navales había desaparecido con los fondos. Pero la ley no investigaba las razones por las cuales no se había construído ningún buque; sólo se interesaba por el hecho. No era una ley moral, sino una ley política, y si el Consejo había tenido la desgracia de no poder construir las naves, la ley no tenia intención alguna de honrarlo por ese infortunio.[22]

El discurso de Demóstenes lo expone de modo enteramente convincente. Pero la denuncia entera contra Androcio, sobre la base de la ilegalidad de su propuesta, es tan sólo el preludio de un gran ataque político contra su honorabilidad y su conducta en el cargo.[23] Y aquí se

hace patente por vez primera la razón de que no actuara como demandante ninguna personalidad destacada, sino más bien dos hombres de origen llano: Euctemón, un funcionario subordinado, y Diodoro, un simple ciudadano. Ambos lo habían pasado mal a manos de Androcio —justa o injustamente, esto no hay manera de decirlo—, y ahora querían desquitarse. Euctemón habló primero. El discurso de Demóstenes escrito para Diodoro, es el segundo en la vista del juicio. Diodoro admite desde el principio que sus motivos son de venganza privada —sentimiento que a los griegos les parecería perfectamente comprensible, si bien no del todo elegante—. De hecho, esta es una manera hábil de atraer la atención sobre los muñecos que actúan en primer plano, mientras que los políticos que mueven los hilos se mantienen en la sombra. Que los demandantes no son sino muñecos, se descubre claramente por el hecho de que desempeñan la misma misión en el proceso contra Timócrates, en el cual también Demóstenes es el autor del discurso, y también Androcio es el verdadero objetivo del ataque.[24] Se elige como demandantes a esas dos figuras populares, no por falta de valor en los hombres que están detrás de ellos, sino porque poseen los requisitos para suscitar los sentimientos favorables de la mayoría del jurado, que pertenece a las clases más humildes. La única manera de hacer impopular al καλὸς κἀγαθός Androcio[25] es atacarlo desde abajo, apelando a los instintos de la masa. Los más antiguos intérpretes de Demóstenes con frecuencia no pusieron en este detalle toda la atención; en verdad, a veces se olvidaron enteramente de que estos discursos no los escribió para pronunciarlos él mismo. Considerados como confesión de sus convicciones personales, tienen tan sólo un valor muy indirecto. Y aun en los casos en que pronuncia un discurso en su propio nombre, o cuando lo publica, debemos preguntarnos

siempre si los motivos que declara son realmente los suyos, o bien los ha elegido con vistas a la multitud. Uno no debe hablar a las masas como hablaría a un público de más elevada cultura. Ciento cincuenta años de experiencia han hecho que los oradores políticos de la democrática Atenas se percataran de esto; tanto más cuanto que, por lo general, ellos mismos no pertenecían a las masas, y tenían que aprender desde los fundamentos el arte de hablarlas. Platón describe este fenómeno con mordaz ironía en la *República*, donde explica que la esencia de toda retórica política consiste en aprender, por medio de una larga observación, qué tonos de voz hay que emplear para que la reacción de "la gran bestia" resulte amistosa o enojada.[26] En este respecto, un discurso forense pronunciado ante centenares de jurados no difiere de un discurso pronunciado ante la Asamblea, sobre todo si se trata expresamente de un discurso de agitación.[27]

Androcio debió de hacerse muy impopular en varios círculos por causa de sus métodos de recaudación de impuestos. El dinero escaseaba, y al principio el gobierno no supo si fundir los objetos de oro de los templos de los dioses, o bien intentar con mayor severidad el cobro de las contribuciones de quienes todavía debían dinero al estado. Se decidió por el segundo plan, y Androcio se declaró dispuesto a cargar con la malquerencia de la gente. Naturalmente, esta medida pesó con mayor dureza sobre las clases propietarias, a las que pertenecían Demóstenes y sus amigos políticos, los cuales difícilmente podían confiar en la simpatía de las masas.

Así, pues, el honrado Diodoro empieza a contar, con su robusto acento de sinceridad, una serie de anécdotas sobre la manera como se estaban cobrando los impuestos, las cuales bastarían para poner los pelos de punta hasta a los miembros del jurado. Naturalmente, concede[28]

que debe cobrárseles el dinero a quienes todavía le deben al estado: "Pues tiene que ser. Pero ¿cómo? Al modo como la ley indica: para bien de los demás. Esto es lo que concuerda con los intereses del pueblo; pues vosotros, atenienses, ganaréis menos cobrando de este modo tales sumas de dinero, de lo que váis a perder introduciendo tales usos en el estado. Pues si consideráis tan sólo por qué preferiría uno vivir en una democracia que en una oligarquía, encontraréis que el argumento más evidente es que en una democracia todo es más cómodo."

Y luego Diodoro describe de qué modo Androcio, este oligarca de nacimiento que desprecia al pueblo, ha movilizado a sus alguaciles y penetrado a la fuerza en los domicilios privados, en donde, aun bajo el reinado del terror de los treinta tiranos, uno estaba a salvo, con tal de no meterse en actividades públicas.[29] "Pero ¿qué pensáis, atenienses, cuando un hombre pobre o aun un rico que ha tenido grandes gastos y puede por alguna razón haberse quedado corto de dinero, tiene que trepar por el terrado hasta la casa del vecino, o esconderse debajo de la cama para evitar que lo detengan y lo metan en la cárcel, o se ve en alguna otra situación degradante, más propia de esclavos que de hombres libres, y todo ello delante de su mujer, con la cual se ha desposado como hombre libre y como ciudadano —cuando el hombre responsable de todo esto es Androcio, cuyas acciones y modos de vida le niegan el derecho de defender su propia causa, menos aún la de la ciudad?"

El proceso de Timócrates muestra qué poco tienen en común con la propia actitud de Demóstenes ese entusiasmo del demandante por el espíritu de tolerancia y su filosofía de las facilidades de la democracia. Timócrates era amigo político de Androcio, a quien había ayudado; y por ello los discursos contra uno y otro están íntimamente relacionados. Pero la moderación y la leni-

dad ensalzadas primeramente, son atacadas en el otro discurso y presentadas como manifestaciones del espíritu de camarilla —todo porque se había beneficiado de ellas el otro, es decir, el propio Androcio—.[30] No están mejor representados los sentimientos personales de Demóstenes en la crítica del Consejo por su fracaso en la construcción de barcos, que encontramos en el discurso *Contra Androcio,* ni siquiera en el pasaje de gran efecto dedicado a la importancia de la flota. Naturalmente, nadie duda de que Demóstenes era un patriota ardiente y de corazón, y de que estaba de sobra convencido de la necesidad de poseer una flota. Podríamos darlo por supuesto, aunque no tuviéramos el discurso *Sobre la corona de los Trierarcas,* uno de sus primeros, el cual ilumina este mismo aspecto de sus opiniones políticas. Pero no es necesario suponer que el verdadero motivo de que pidiera con apremio una gran flota, fuera exactamente el mismo con el cual espera impresionar a los jurados, recordándoles sin ambages los tiempos del bloqueo, cuando Atenas estaba temporalmente sin barcos y sus ciudadanos no tenían cosa mejor para comer que el forraje del ganado, y aun tenían que pagar buenos precios por él.[31] ¡Nadie que recordase aquellas indigestas comidas aprobaría la coronación de un Consejo que no había construído nuevos barcos! El tono es aquí sumamente característico del personaje a quien hace hablar Demóstenes; pero el autor no puede mantenerlo todo el tiempo. Especialmente en aquellos pasajes en que la argumentación está fuertemente trabada, puede verse al adiestrado jurista atisbando a través de la máscara del orador. Y en la peroración, el lenguaje se eleva a una apasionada intensidad de orgullo patriótico, calculada no tanto para que se ajuste a Diodoro, cuanto para que contraste agudamente con el carácter de Androcio, el cual nunca sufrió por exceso de fervor cívico.

El discurso *Contra Timócrates* proyecta subsiguientemente una luz viva sobre este despiadado recaudador de impuestos del estado, que por unas cuantas dracmas azuzaba a los contribuyentes atrasados, a pesar de que entre él y dos de sus amigos políticos se habían embolsado no menos de nueve talentos y medio de los fondos públicos. Esos tres habían ido, a bordo de un buque de guerra ateniense, como embajadores ante el rey Mausolo de Caria, probablemente en tiempos de la Guerra Social.[32] Durante el viaje fué capturada una embarcación mercante egipcia; y como Egipto estaba entonces rebelada contra el rey de Persia y no gozaba ya, por tanto, de su protección, los embajadores se apropiaron del botín. Esos extranjeros presentaron una demanda ante el tribunal ateniense, pero su reclamación fué rechazada, y mientras tanto, Androcio y sus amigos se quedaron con el dinero. Cuando Aristofón, de acuerdo con las rigurosas medidas fiscales del gobierno, dictó una disposición nombrando una comisión investigadora encargada de obligar al pago a los que todavía eran deudores al estado, Euctemón propuso, con el fin de apretar más su querella contra Androcio, que los trierarcas devolvieran el dinero del botín más los intereses; y por si los trierarcas no estaban en condiciones de pagar, hizo responsable de la deuda a Androcio y sus compañeros de embajada.[33] Pero, aunque éstos reconocieron voluntariamente que el dinero estaba en su poder, su contrapropuesta no fué aceptada, y se les multó con la respetable suma de catorce talentos en total. Ahora, como esto era más de lo que podían pagar, acudieron al siguiente ardid para no ir a la cárcel por deudas. Se aproximaba la fiesta de las Panateneas menores. Pero la caja de la fiesta, como otras tantas, estaba vacía; pues bien, un amigo del partido propuso se nombrara al día siguiente mismo una comisión legislativa, encargada de

obtener fondos. Timócrates, también amigo del partido, había sido el ayudante de Androcio durante el período de su cargo como tesorero de Atenas. Tan pronto se constituyó la nueva comisión, Timócrates propuso[34] un plan para allegar fondos, que resultaba apropiado a este período de constante depresión, pues aunque no trajo dinero en efectivo, por lo menos abrió créditos. Los deudores al estado se evitarían un año de cárcel si presentaban una fianza. De este modo, el estado podía hacer gastos destinados a las fiestas, cargando las facturas en la cuenta de las deudas pendientes que esa gente tenía por concepto de contribuciones. Androcio y sus asociados trataron así de escabullirse de la malla en que ellos mismos se habían enredado. La ley fué aprobada por la comisión especial el día mismo de la fiesta, y Androcio y sus amigos estaban libres de momento. Pero Euctemón y Diodoro, los instrumentos de la oposición,[35] inmediatamente protestaron contra la ley, declarando que violaba ordenanzas anteriores; y los deudores se vieron al fin obligados a arbitrar algún procedimiento de pago.

Desde el punto de vista del filólogo es interesante el hecho de que el discurso *Contra Timócrates* contenga veinticuatro párrafos tomados literalmente del discurso *Contra Androcio*, a saber, los referentes a la invectiva contra la recaudación de impuestos por Androcio. Esta parte, por lo tanto, es simplemente un pasaje de repuesto, como los que se usan en las campañas electorales. Repeticiones como ésta son frecuentes en Demóstenes. Para nosotros, además, esta ojeada sobre sus procedimientos de trabajo es de una importancia esencial, pues confirma nuestra sospecha de que estos discursos forman parte de un programa sistemático de agitación.[36]

El discurso *Contra Leptines*, escrito por estas mismas fechas, pertenece también a esa campaña.[37] Leptines

había presentado un proyecto de ley suprimiendo el antiguo privilegio de exención de impuestos, que se concedía habitualmente a ciudadanos particularmente meritorios. Esta medida era igualmente uno de los varios planes arbitrados para proveer a la tesorería del estado de nuevas fuentes de ingresos. Ahora bien: si una ley era recusada durante el año siguiente a su aprobación, por contravenir alguna otra ley existente, se hacía responsable al que la hubiera presentado. Una denuncia de esta clase había sido ya, en realidad, presentada contra Leptines. Pero algunos de los demandantes habían retirado sus objeciones voluntariamente, o bien se dejaron convencer por Leptines. Otro, un hombre llamado Batipo, murió, y cuando su hijo Apsefión tomó en sus manos la causa de su padre, ya se había pasado el año. Entonces, según la costumbre ateniense, fué sometida a juicio la ley misma, y se nombró a una comisión de cinco para que la defendiera.[38] Esta comisión estaba compuesta por los miembros más conocidos y respetados del grupo gobernante, entre ellos el propio Aristofón, lo cual indica que se tomó en serio el ataque contra la ley. Es evidente que la lección del caso Androcio no se echó en saco roto. Como sea que la defensa de privilegios especiales, como los que restringía la ley de Leptines, nunca era popular, tenemos que sentirnos tanto más interesados en saber si Demóstenes puso realmente su empeño en esta causa, y si, por tanto, se propuso pronunciar él mismo este discurso, como refiere la tradición. Se afirma que manejó este caso en persona porque quería casarse con la hija del general Cabrias, quien figuraba entre los hombres que más recientemente habían sido honrados con la exención de impuestos; y que, por esta razón, Demóstenes tomó la palabra en nombre de Ctesipo, hijo de Cabrias, que era menor de edad.[39] Si esta información es tan veraz como precisa, el discurso tiene entonces

una gran significación porque nos ofrece un auto-retrato de su autor.

El hombre que habla ahora pertenece a los círculos superiores de Atenas y no perdona ocasión de darlo a entender, aunque sin expresarlo directamente. No tiene conexión alguna con Apsefión, el hombre que protesta contra la ley; simplemente quiere cuidar de los intereses del "chico de Cabrias". Naturalmente, todos los demás que habían sido afectados por la ley hubieran podido, con igual derecho, respaldar el discurso del reclamante. Pero tal vez el caso de Cabrias era especialmente apropiado para impresionar al pueblo. Todo patriota acariciaba en su corazón la gloriosa memoria de ese comandante de la flota, caído por Atenas en una batalla naval sólo pocos años antes. Y el pueblo se interesaba, sin duda, más vitalmente por él y su familia, que por los oscuros descendientes de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón, únicas personas a quienes la ley de Leptines exceptuaba.[40]

Con un donaire no desprovisto de cierta displicencia, el orador se presenta a sí mismo como abogado del hijo de Cabrias. Por supuesto, no mantiene este tono todo el tiempo; pero indica delicadamente que el ideal del orador es el del caballero, papel del cual no se despega nunca. Sus argumentos abordan todos los puntos del discurso protréptico; enfoca el tema en relación con la justicia, con la utilidad, con la obligación que el estado tiene de honrar a quien honor merece y con la importancia de llevar una vida a la altura del "ethos de Atenas". Trata después en detalle de una serie de casos individuales —entre ellos los de Conon y Cabrias—, los cuales le ofrecen una oportunidad especialmente buena de avivar el amor de los atenienses por su patria y su gratitud para con sus grandes bienhechores. En todo esto no hay pasión tempestuosa, sino sólo una decorosa re-

serva. El orador se da bien cuenta de que en esto es el estado el que tiene algo que perder, y no las familias a las que Atenas debe tanto; pues el estado está en peligro de perder algo enteramente insubstituible, a saber, su buena reputación.

El estilo de la polémica contra Leptines no es menos característico. No cae nunca en la vulgaridad o la malevolencia, como es frecuente en tales ocasiones, antes se mantiene estrictamente dentro de los límites de las buenas maneras sociales. Por ejemplo, se insinúa que Leptines puede muy bien ser un hombre de gran respetabilidad, aunque sería mejor que adoptase los modos tradicionales de pensar de Atenas, en vez de pretender que ella se ajuste a sus propios hábitos mentales. En otro lugar se lee:[41] "Si Leptines llegara a esforzarse verdaderamente por obtener la validez de esta ley, entonces yo no podría, por mi parte, encomiarlo; pero tampoco voy a censurarlo."

Hasta el lenguaje del discurso es escogido cuidadosamente; aunque pronunciado ante el tribunal, su tono es casi enteramente el de un persuasivo consejo, como si mostrase a los atenienses cuál es el único proceder digno de ellos. La fuerza del discurso radica no tanto en las súplicas e imprecaciones, cuanto en la tranquila superioridad que se desprende de la presencia del orador. Este cuenta con ello, probablemente, para impresionar al pueblo. Deliberadamente, desdeña la conclusión altisonante, y al final pone de manifiesto expresamente el contraste entre su propio estilo y la turbulencia, el impudor y la violencia de otros oradores:[42] "Me sorprendería que, si condenáis a muerte a quienes falsifican moneda, prestárais en cambio oído a quienes falsifican al estado y destruyen su crédito... No sé qué más pueda decirse. Pienso que no he dicho nada que vosotros no supiérais."

El ethos que pretende expresar el autor al componer este discurso ha dejado tal vez su huella con la mayor claridad en un párrafo como el siguiente: "Todos somos seres humanos y debiéramos, por tanto, hablar y legislar de modo que no se provocara la venganza. Podemos esperar el bien, y rogar a los dioses que nos lo concedan; pero aceptémoslo todo como humano." [43] Encontramos aquí la misma refinada humanidad ática que revela Menandro en sus comedias. El verso de Terencio *humani nil a me alienum puto*, que brota precisamente de esta fuente, tiene su antecedente en este párrafo de Demóstenes.

¿Es ésta una imagen de Demóstenes tal como él se vió a sí mismo, o por lo menos tal como quiso que lo vieran los demás, en el momento de su entrada en la política? Ciertamente, es bien distinto del Demóstenes que ataca a Filipo con grandes discursos turbulentos. Pero ¿qué es lo que esto prueba? Habremos de ver que esta imagen concuerda más y mejor con el estilo y la actitud de los primeros discursos pronunciados por Demóstenes en procesos públicos, los cuales son aproximadamente de la misma época. Todavía no hay nada verdaderamente personal en la manera como es llevado el discurso *Contra Leptines*. A Demóstenes, el orador se le presenta aquí como un tipo, el cual difiere tanto del porfiado Diodoro de los discursos contra Androcio y Timócrates, cuanto del utilitario Leptines y sus asociados, quienes le parecen toscos y carentes de importancia, a pesar de su fundamental respetabilidad. El discurso no resultó particularmente efectivo en aquella ocasión. Si hoy, a pesar de todo, produce una fuerte impresión, ello se debe a que es completamente unitario, digno y positivo. Lo comprenderemos mejor si aceptamos la tradición según la cual Demóstenes desea en él manifestarse a sí mismo; y debemos congratularnos de

poder enriquecer nuestra imagen de la sociedad ateniense con estos rasgos valiosos. Para ser justos, tenemos que darnos cuenta de que el pesimismo que se apodera de nosotros al contemplar a la humanidad con la perspectiva que se alcanza desde el estrado del juez, está condicionado por el hecho de que nuestra ventajosa posición se inclina más de un lado que del otro.

CAPITULO CUARTO

LOS TRES PRIMEROS DISCURSOS SOBRE POLITICA EXTERIOR

La marcha de Demóstenes hacia la política, la cual se consumó con su participación en los tres grandes procesos sobre política fiscal, estuvo determinada por algo más que el mero accidente de que, siendo un escritor de discursos forenses, hubieran solicitado su ayuda para asuntos políticos. Ello señaló, además, un punto decisivo en su vida. Que así fué, está notablemente demostrado por sus primeros discursos sobre política exterior, los cuales fueron escritos por esa época. Con ellos hizo Demóstenes su entrada en la escena política como orador y como autor de propuestas ante la Asamblea; y esta nueva actividad debe de haber tenido una íntima conexión con los procesos políticos. Su progreso, desde el escritorio hasta la tribuna del orador, lo facilitaron los contactos directos con un grupo de compañeros que tenían ideas parecidas y quienes, vinculados por la unanimidad de su crítica, debieron de verse pronto obligados a poner en práctica ciertos puntos básicos de un programa político común. Desgraciadamente, muy poco es lo que sabemos sobre los partidos atenienses, para que podamos representarnos claramente su típica estructura. No eran, ciertamente, partidos organizados como los del sistema parlamentario moderno, ni existía en la *ecclesia* una proporción fija entre mayoría y minoría, establecida sobre líneas definidas de partido. Había, sin embargo, centros y grupos simila-

res, en los cuales los elementos más activos entraban en relación unos con otros. Como la Asamblea no era un cuerpo electivo, sino que incluía a todos los ciudadanos libres, no podía haber cambios de gobierno en el sentido moderno de la expresión. Lo más que podía ocurrir era que se desarrollase cierta influencia predominante en un sentido o en otro; ésta podía, en tal caso, alcanzar un cierto grado de permanencia en la persona de los *prostatos* del demos,[1] quienes frecuentemente gozaban de la confianza del pueblo durante años seguidos, y podían confiar, naturalmente, en la estabilidad del cargo. La lucha contra Aristofón —el protagonista anterior—, cuyo desarrollo hemos seguido en los discursos forenses, prosigue en las sistemáticas discusiones sobre política exterior. No podemos decir exactamente cuál era entonces el estado de las diversas corrientes de ambición política, o en qué momento empezó a perder el dominio el grupo que hasta entonces había ocupado el poder. Pero, en los discursos de Demóstenes podemos observar cómo cambian gradualmente los asuntos y cómo surge la oposición. Los persistentes escándalos de hacienda, la repudiación de las medidas adoptadas por el gobierno para mejorar las condiciones, y el fracaso de su política exterior, tenían que llevar finalmente a un cambio de sistema, como pronto se hizo patente. Entre los síntomas se encuentra la aparición pública de hombres nuevos como Demóstenes e Hipérides, quienes hasta entonces habían trabajado anónimamente para la oposición. Tratemos de determinar los propósitos del nuevo movimiento, hasta donde podamos juzgar de ellos por los errores del gobierno anterior, por las críticas de Demóstenes y por el curso que siguió más tarde el nuevo jefe Eubulo. Aparentemente, los puntos principales del programa de la oposición eran la restauración de la hacienda, el renacimiento de la confianza, lo

mismo en política que en los negocios, y el mantenimiento de los diversos recursos del estado; todo esfuerzo enderezado hacia la hegemonía debía ser abandonado y substituído por una nueva política que pusiera por encima de todo el interés de Atenas solamente, que fomentara la paz en sus relaciones exteriores y fortaleciera en el interior la influencia de las conservadoras clases propietarias.

Sin duda, este programa era susceptible de ser aplicado prácticamente de muy diversos modos —como son, en general, los programas—. Pero significaba una brusca ruptura con la mala administración de los años anteriores; y de momento, esto era lo principal. El mismo Eubulo era un experto distinguido en el campo de las finanzas. Difícilmente pudo haber sido ajeno a los principios establecidos en la memoria *Sobre las rentas*; es más, recientes investigaciones han descubierto que, durante los años siguientes, él puso realmente en práctica un gran número de las medidas propuestas por el autor de esa obra.[2] Como quiera que sea, podemos dar por sentado que la manera de pensar de Eubulo estuvo asimismo dominada por los problemas económicos. Pronto encontramos a Demóstenes luchando junto a él, codo con codo, contra la deplorable situación financiera. Si luego se separaron, la razón está en el hecho de que desde el principio mismo las aficiones de Demóstenes radicaban más bien en el dominio de la política; pues, para él, los factores económicos estaban invariablemente subordinados a los intereses del estado en conjunto (relación ésta que corre siempre el peligro de ser invertida en épocas de prolongada crisis económica).

Cuando empezamos a examinar los primeros discursos de Demóstenes sobre política exterior, resulta extremadamente difícil precisar hasta dónde es un mero representante de la línea de pensamiento de Eubulo y

dónde empieza a lanzarse por sí solo.[3] Pero lo que sí vemos claramente es que en sus primeros cuatro grandes discursos abarca todo el repertorio de problemas de la política exterior ateniense. Los discursos *Sobre las Simmorías, Pro Megalópolis, Sobre la libertad de los rodios,* y *Contra Aristócrates,* no constituyen un conglomerado fortuito; en conjunto, nos ofrecen un examen magistral de las cuatro principales zonas críticas con que Atenas tenía que entenderse. El discurso *Sobre las Simmorías* plantea el problema de Asia contra Europa. Como Dionisio de Halicarnaso observara,[4] hubiera podido llevar más propiamente el título "Sobre una política con respecto al rey de Persia". El discurso *Pro Megalópolis* desenreda toda la complejidad de la cuestión del Peloponeso. El discurso en favor de los rodios abre la cuestión de la política que debe seguir Atenas al tratar con los antiguos miembros de la Confederación. Finalmente, el discurso *Contra Aristócrates* ataca el problema de la Grecia Septentrional, el cual iba a ser, con mucho, el más importante de todos ellos. Trataré de reconstruir el mundo de ideas en que se mueven estos cuatro discursos, para encontrar de este modo una medida que permita juzgar el pensamiento político de Demóstenes; al propio tiempo, trataré de mostrar cuál era la situación de los asuntos en esas zonas críticas.

El aislamiento y la pobreza de Atenas hicieron de la política exterior una esfera de actividad sumamente difícil. El hecho de que, a pesar de su juventud, le ofrecieran a Demóstenes la oportunidad de hablar sobre estos temas, fué una señalada muestra de confianza. Evidentemente ocurrió así porque sus amigos políticos reconocieron su particular inclinación y su aptitud para este tipo de actividad. En verdad, nadie puede leer estas cuatro alocuciones sin recibir la impresión de que quien las escribe se encuentra aquí en su elemento.

Es paradójico que solamente los sabios hayan dudado de las cualidades de estadista de Demóstenes; los estadistas que han puesto su atención en este punto quedaron llenos de profunda admiración. Me refiero particularmente a B. G. Niebuhr, a Lord Brougham y, en tiempos más recientes, a Georges Clemenceau, el "Tigre", quien empezó su propio estudio de Demóstenes después de la Guerra Mundial y escribió un libro sobre él, con el fin, según declara, de infundir a una raza de artistas y estetas el verdadero espíritu del estado.[5] El libro de Clemenceau contiene a no dudar toda suerte de errores históricos, ante los cuales los sabios se sonríen; pero en cambio —y esto viene más a cuento— se ve libre enteramente de la pantalla que cubre a los eruditos enclaustrados, y tiene, para el tipo de política de Demóstenes, un infalible instinto natural, que no ha sido embotado por el estudio demasiado exclusivo de los libros. Aunque el discurso de Demóstenes *Sobre las Simmorías* sea el primero de sus discursos de estado, es ya una obra maestra; y no tanto por la fecundidad de la política exterior que propugna (pues una política exterior verdaderamente productiva era entonces totalmente imposible), cuanto por la consumada pericia con que descubre en la política interior recursos para una situación internacional que no era nada fácil, y por el modo como sortea los escollos que se interponen, para llegar a salvo más allá de ellos.

Desde 359, reinaba en Persia Artajerjes III (Ocus). Este había formado el propósito de consolidar nuevamente el reino de los Aqueménidas, que se estaba desintegrando, y de sojuzgar a los rebeldes sátrapas sometiéndolos una vez más a una fuerte autoridad central. La costa del Asia Menor no había conocido la calma desde los tiempos de Ciro, Tisafernes y Farnabazo. En Egipto, los insurgentes —quienes llegaron a elegir su

propio rey— habían estado luchando con la ayuda de Atenas y la de Esparta, primero bajo Cabrias, y luego bajo Agesilao. Pero también hubo en Egipto griegos que lucharon del lado del Gran Rey; y así, encontramos que los atenienses le enviaron a Ifícrates como consejero militar. Las relaciones entre Atenas y Persia fluctuaron, de acuerdo con esto, durante años. La parte sur de la costa occidental del Asia Menor había presenciado el levantamiento de Caria —el reino de Mausolo, vasallo de Persia—, la cual era una provincia externamente leal al rey persa, pero que abrigaba secretas ambiciones dinásticas. Durante la Guerra Social, Cares había luchado con sus bandas de mercenarios atenienses del lado del rebelde sátrapa Artabazo. Esto irritó de tal modo al Gran Rey, que mandó a Atenas un ultimátum amenazador, el cual dió por resultado que Cares fuera retirado, y condujo a la paz de 355. El dinasta de Caria salió de esta guerra considerablemente fortalecido y en Atenas no se dudaba de lo ambicioso de sus planes. Poco tiempo después, en el discurso sobre los rodios, Demóstenes hubo de preocuparse por la expansión de Mausolo en Rodas, en Cos y en Quíos, las cuales habían sido islas atenienses antes de la guerra. Entretanto, las relaciones con Persia seguían tirantes, aun después de la guerra, y particularmente por el hecho de que aun no había sido sofocada la rebelión de Artabazo en el interior del imperio.[6]

En Atenas había, no obstante, un poderoso partido que ponía todavía fuertes esperanzas en esos insurgentes y que planeaba renovar la guerra contra Persia. Este partido estaba constituído probablemente por los afiliados a Cares y Aristofón. Sus miembros consiguieron aprovecharse del extendido temor de un ataque persa, e incitaron a una guerra preventiva como única solución. Parece que sacaron partido del recuerdo de las

guerras persas y de las victorias de los diez mil griegos bajo Ciro, así como de las de todos los generales griegos que habían combatido desde entonces contra ejércitos persas en Asia Menor; y, evidentemente, declararon que sería cosa fácil conquistar a los persas, pues el imperio estaba decayendo y no era ya capaz de ofrecer resistencia. Atenas podría entonces resarcir sus finanzas con el tesoro persa y fundar un nuevo imperio, más poderoso que el antiguo que había sucumbido. Cuanto menos poder efectivo había, tanto más fácil le resultaba a esa gente dejar que la fantasía corriera libremente. De este modo, renació entonces el proyecto que en un tiempo Isócrates había recomendado en el *Panegyricus*. El mismo lo había abandonado, después de la triste experiencia de la Guerra Social.[7] Pero para esos soñadores, ni siquiera las ruinas de la Confederación constituían un obstáculo. Es contra ellos y otros como ellos que se dirige el folleto *Sobre las rentas*, el cual ataca tan sañudamente todo nuevo plan de hegemonía.[8]

De parecida manera, Demóstenes se opone a esa gente en su discurso *Sobre las Simmorías*, y al hacerlo parece estar expresando las ideas de Eubulo. La agitación para la guerra había sido particularmente intensa a partir del momento en que se extendió el rumor de que el Gran Rey estaba haciendo unos preparativos nunca vistos en el mundo desde los días de Jerjes. En Atenas, todo el mundo hablaba de los mil doscientos camellos que traían inmensas cantidades de oro persa para reclutar a los mercenarios de Artajerjes. Los militares declaraban que la guerra sería cosa fácil, y que si hubo alguna vez un momento en que la vacilación podía resultar fatal, ese momento había llegado ahora; perder tiempo sería una traición. Estos argumentos arrastraron de tal modo al populacho, que ya no atendía a nada que no fuera el desquite contra el viejo enemigo; y no les

resultó tarea fácil a los amigos de Demóstenes, quienes apreciaban la situación muy cuerdamente, convencer a sus conciudadanos de que no confiaran en un nuevo Jerjes. Demóstenes estaba suficientemente familiarizado con el modo de pensar del pueblo para darse cuenta de que sería menester algo más que la serena reflexión para neutralizar la oratoria con la cual sus adversarios impresionaban tan profundamente a las masas; y les salió al paso proponiendo un nuevo impuesto para obtener fondos destinados a la escuadra.[9] De este modo se salvaba de un reproche en el caso de que resultara equivocado, y al mismo tiempo daba un paso en el sentido de los preparativos. Probablemente, la nueva flota no llegaría nunca a ser empleada contra la "amenaza persa", pero sería útil cualesquiera que fueran los acontecimientos; y así se aprovechaba el prevaleciente miedo de Persia para realizar lo que, de otro modo, no hubiera podido lograr entonces la más primorosa elocuencia del mundo. Al propio tiempo, el proyecto de una nueva contribución servía como freno. Los ciudadanos más ricos tenían el deber honorario de pagar el equipo de las naves de guerra; y Demóstenes solicitó que esta contribución se extendiera sobre un mayor número de cabezas. Esta medida tomaba en cuenta las circunstancias apuradas de quienes antes eran ricos y habían sido arruinados por los largos años de guerra. En efecto, disponía que las *simmorías* —asociaciones de contribuyentes, cada una de las cuales tenía a su cargo el apresto de una nave— fueran redistribuídas de tal modo que el número total de ciudadanos se elevara en cada grupo de mil doscientos a dos mil. Esta rebaja de la cuota de contribución resulta ser, cuando se examina la cosa fríamente, el verdadero meollo del discurso, el cual es, en cuanto a táctica, un *non plus ultra* de política fiscal.

Demóstenes empieza uniéndose al ruidoso clamor contra el Gran Rey.[10] Está de acuerdo en considerar a los persas como a los enemigos comunes de los griegos. Pero desdichadamente —observa— los griegos no son "amigos comunes", y en tanto que éstos persistan en espiarse los unos a los otros y se nieguen a hacerse concesiones, es mejor evitar cualquier guerra abierta de agresión y esperar a que el persa lance su primer ataque y de este modo se haga culpable. Entonces tendrá Atenas al resto de los griegos de su lado; si, por el contrario, es ella la agresora, el Gran Rey empleará su dinero en ganarse a todos los enemigos que Atenas tiene en la Hélade, y en incitarlos contra ella. Por lo tanto, Atenas no debe nunca permitirle que se acerque a los demás griegos so capa de protector. En cuanto a esos que hacen denuestos verbales y que tan vehementes se muestran por hacer la guerra, Demóstenes les replica que mientras no es cosa difícil parecer valiente cuando uno está prodigando consejos, ser valiente ante el peligro y prudente en el consejo es algo difícil y también necesario. Probablemente algunos militares habían hablado de la guerra contra Persia como de un asunto de poca monta, de un simple ἀγών. Demóstenes concede que para un ἀγών basta con hombres valientes; pero una "guerra" contra el Gran Rey es asunto más complicado, para el que se requieren barcos y dinero y territorio para bases militares.[11] Además, es un problema económico. Al estallar la Guerra del Peloponeso, Pericles mostró que la preparación financiera de Atenas no era inferior a su preparación militar. Demóstenes, de todos modos, debe antes que nada llamar poderosamente la atención de la Asamblea y de sus consejeros sobre el hecho de que la condición presente del estado es, ciertamente, mala. Verdad es que la ciudad posee todavía ciertos bienes; pero si alguien tratase hoy de obtener dinero para la defensa

imponiendo una contribución directa, nadie pagaría.[12] "En este momento no puede hablarse de dinero."

Es muy importante que observemos la manera como los propietarios adinerados de la democrática Atenas llevan adelante sus propósitos a la vista de las masas y de sus caudillos. Pues, indudablemente, Demóstenes hablaba aquí como representante político de la clase a que él mismo pertenece, y con cuya ayuda Eubulo se propone reconstruir el estado. Si examinamos el discurso *Sobre las Simmorías* punto por punto, sin ninguna idea preconcebida, encontraremos que se ajusta extremadamente a Eubulo, y que con toda probabilidad refleja su política exactamente. La única razón por la que esto no ha sido reconocido mucho antes es que Demóstenes fué considerado tradicionalmente como un tipo rígido, homogéneo y absolutamente inalterable. Pero hasta los antiguos anduvieron mejor informados. En Plutarco tenemos de ello pruebas explícitas, a pesar de que él prefería la rígida versión heroica. Plutarco refiere el desfavorable veredicto pronunciado sobre Demóstenes, como hombre y como político, por la Historia de Filipo, escrita por Teopompo, donde se dice que fué inestable de carácter e incapaz de permanecer fiel por largo tiempo a una misma política o a una misma persona.[13] Contra este veredicto, Plutarco afirma el suyo como sigue: cada vez que Demóstenes se empeñó en una postura política, la mantuvo hasta el fin, ofreciendo hasta su vida por ella. Así, Plutarco —lo mismo que Teopompo— hizo de esto un problema de carácter. Ambos fueron moralistas estrictos; la diferencia estriba en que, mientras Plutarco idealizaba a sus héroes por encima de toda realidad, Teopompo llevaba dentro de sí bastante malicia satírica como para divertirse señalando las fallas de los grandes hombres de la historia, aun cuando reconociera sus méritos. Por eso fué que se

tomó el trabajo de no pasar por alto el cambio de frente político de Demóstenes, del cual, como contemporáneo, estuvo bien informado. Plutarco no estuvo ya en posición de observarlo. Pero lo cierto es que podemos encontrar rastro de ese cambio en los discursos mismos de Demóstenes, aparte enteramente del testimonio expreso de la antigüedad. Nos encontramos aquí exactamente en la misma posición que con respecto a Aristóteles. La rígida unidad de la representación tradicional de Aristóteles que ha prevalecido desde la última escuela peripatética, ha sido destruída tan sólo por obra de investigaciones recientes, a pesar de que —como en el caso de Demóstenes— los indicios de un cambio interno en el filósofo en modo alguno han dejado de estar plenamente presentes en sus escritos, y de que no han faltado los testimonios antiguos que lo confirmaran expresamente. Pero el afán de uniformidad era más fuerte que los hechos.[15] Y la misma antigüedad, con su afición a monumentalizar a sus héroes, contribuyó notablemente a dejar en la sombra sus rasgos cada vez que no alcanzaban a encajar en el cuadro que les estaba reservado. Y esto se aplica particularmente a la tradición escolar de los últimos años de la antigüedad.

La íntima conexión entre las primeras empresas políticas de Demóstenes y el programa de Eubulo ha sido iluminada no hace mucho prescindiendo enteramente de la tradición antigua y simplemente por medio de una reinterpretación de los discursos.[16] Como quiera que esta nueva interpretación es de fundamental importancia, no parece superfluo que volvamos nuestra atención hacia la franca hostilidad que ha encontrado últimamente.[17] Se ha objetado que cuando Demóstenes recomienda en este discurso un armamento naval más amplio, su proposición está enteramente de acuerdo con su posterior política de resistencia activa; que no hay

razón para dudar de la convicción con que está hecha, y que es incompatible con el programa de paz y no-intervención representado por Eubulo. Pero es irrebatible que en el discurso *Sobre las Simmorías* Demóstenes se muestra contrario a cualquier complicación bélica con Persia. Además, su conexión con Eubulo se hace tanto más probable si recordamos (mediante la demostración del cap. III, al principio) que en los primeros discursos forenses que tuvieron carácter político, los cuales son de la misma época, Demóstenes se mantuvo del lado de la clase propietaria y se manifestó expresamente en contra de los adversarios de Eubulo. El hecho mismo de que Eubulo y él tuvieran enemigos comunes nos permite inferir que ambos presentaron aquí un frente común; y esta inferencia está confirmada por otros aspectos del discurso *Sobre las Simmorías*. Encontramos en éste el mismo alto grado de consideración para con los ricos y su capacidad de contribución;[18] la misma aversión por la frase belicosa (pues hasta en este respecto se expresa Demóstenes con cautela); la misma reprobación de los demagogos. Es bien sabido que, desde tiempo inmemorial, la gente rica de Atenas constituía el partido pacífico, mientras que el demos estaba siempre ansioso de guerra. Aun cuando la proposición de Demóstenes para aumentar los armamentos hubiera sido formulada sinceramente, hubiera significado un alivio en el gravamen para quienes, hasta entonces, habían sido los principales contribuyentes. Que el propósito capital de Demóstenes, en su proyecto relativo a las simmorías, era lograr una redistribución del gravamen sobre un mayor número de cabezas, está indicado, asimismo, por el hecho de que estuviera haciendo, al mismo tiempo, en su discurso *Contra Leptines* (23), una propuesta similar para repartir las *choregiae* entre un número mayor de personas, por medio de

una asociación de contribuyentes (συντέλεια) —lo mismo que se hacía con respecto a las *syntrierarchiae*, a las que se refiere directamente por vía de ejemplo. No puede negarse, pues, que debe haber una conexión interna entre las dos medidas. Ambas son sintomáticas de una política que tendía sistemáticamente a descargar a la clase adinerada. De hecho, el único efecto que la proposición de Demóstenes, en su discurso *Sobre las Simmorías*, produjo en el entusiasmo por la guerra, fué el de ponerle sordina; y no trajo el incremento de la escuadra, lo cual constituía su declarado designio. Siendo así, hay buenas razones para suponer que la proposición fué calculada de antemano para asustar al pueblo con sus elevadas peticiones. La misma táctica usual había sido empleada por Nícias —ese enemigo de la guerra— en sus esfuerzos para aplacar a la Asamblea ateniense en tiempo de la Guerra del Peloponeso, cuando estaba a punto de acometerse la empresa siciliana.[19] Que Demóstenes estaba familiarizado con este método, se ve muy bien en otro gran discurso sobre armamentos, pronunciado años después: su *Primera Filípica*. En éste, habla inequívocamente en serio; pero por esta misma razón considera necesario declarar explícitamente[20] que no está presentando sus demandas con el solo objeto de impedir una acción pronta y efectiva. Que esta es, por el contrario, su verdadera intención en el discurso *Sobre las Simmorías*, se hace todavía más probable por el hecho de que sus nuevas demandas de armamentos van aquí unidas a la declaración de que, por el momento, no hay manera de encontrar dinero alguno.

Propendemos a considerar a los estrategas de la Asamblea ateniense como demasiado ingenuos, y no nos damos cuenta de que, tal como estaban las cosas, ellos no podían salir del paso sin recurrir a esos métodos —y menos que nadie los jefes de las siempre impo-

pulares clases propietarias—. Esto hace que la lectura de sus discursos sea particularmente incitante. Pues todos ellos se veían obligados a practicar ese arte de reticencia diplomática que los antiguos retóricos exigen del orador político. Esto puede demostrarse en el discurso *Sobre las Simmorías.*[21] Los intérpretes modernos han descuidado el hecho significativo de que los antiguos teorizadores de la retórica citan justamente este discurso como modelo y ejemplo clásico de este tipo de estratagema. Y no iban descaminados.

En apariencia, la formulación de Demóstenes es correcta y cortés; pero tiene un fondo de ironía al proponer a los atenienses un acertijo[22] que, por paradójico que pueda parecer, responde a los hechos. "Tenemos, llegado el momento, una fuente de ingresos amplia, excelente y legítima; pero si recurrimos a ella ahora, ya no estará disponible en el futuro, y mucho menos si tiene que atender a todo en el presente. En tanto que si ahora no acudimos a ella, estará después a nuestra disposición. ¿Qué clase de cosa es esta, que ahora no existe pero luego sí?... Voy a decíroslo. Contemplad esta ciudad, conciudadanos atenienses. Aquí hay dinero, casi tanto como en todas las demás ciudades juntas; pero la gente que posee ese dinero piensa de este modo: aunque todos los oradores los asusten con el cuento de que va a venir el Rey, de que ya está aquí, de que es inevitable que ocurra lo que ellos dicen —y aunque haya junto a los oradores un número igualmente grande de personas que profeticen todas ellas la misma cosa— a pesar de todo, se negarán a pagar sus impuestos; y no sólo esto, sino que ni siquiera dejarán entender que tienen dinero alguno. Pero si alguna vez llegaran a percibir que el peligro que ahora existe sólo en palabras empezaba a existir de veras, entonces ninguno de ellos sería tan necio como para no darlo todo; en verdad,

cada cual se apresuraría para llegar el primero al pago de los impuestos. Pues ¿habría nadie que prefiriese hundirse en la ruina con todos sus bienes a ceder una parte de ellos como impuestos para salvar al resto y a sí propio? Como digo, pues, hay dinero, el cual podremos conseguir cuando realmente se necesite, pero no antes. Os aconsejo, por lo tanto, que no hagáis ningún intento para apoderaros de él. Lo que váis a conseguir, si tratáis de hacerlo ahora, no será sino que se rían de vosotros. Pues yo os pregunto ¿qué pasa si alguien propone una contribución del uno por ciento? Esto produciría sesenta talentos. ¿Y si propone, entonces, el doble —el dos por ciento? Esto produciría ciento veinte talentos. ¿Y qué es esto comparado con los mil doscientos camellos que, según os cuentan, están acarreando el dinero para el Rey?"

El tono reposado de superioridad y la mordaz ironía ocasional tras los cuales se escuda aquí Demóstenes, nos dan una idea perfecta de su destreza táctica. Más tarde, en el discurso en defensa de los rodios, él mismo dice que en esa ocasión no tuvo casi otro apoyo que el de sus argumentos, pero que logró su propósito a pesar de todo.[23] Es indudable que la impresión de valor moral, sin la cual este estilo de elocuencia no hubiera sido viable, debió de contribuir poderosamente. Sin embargo, la finalidad de su oracular insinuación era tan manifiesta, que difícilmente se hubiera siquiera atrevido a hacerla —especialmente ante una excitada muchedumbre, siempre desconfiada de la clase propietaria— si no hubiera tenido la convicción de estar hablando en nombre de la dura realidad y de un mayor discernimiento. En este discurso encontramos a Demóstenes atacando una y otra vez al comercio de frases hechas —inclusive al comercio de frases patrióticas— dondequiera que éstas expresan simplemente una suficiencia

petulante, o encubren la carencia de un pensamiento independiente. Sus mismas primeras palabras, por ejemplo, son una invectiva contra la ciega adulación de los antepasados atenienses, a la que califica de indigna de las grandes proezas del pasado; y declara que más valdría que alguien propusiese unas medidas que realmente pudieran ayudar al estado.[21] De parecida manera despacha a quienes se han dedicado a propalar habladurías sobre el enemigo común y hablan de la guerra como si no fuera más que un caballeroso encuentro; y acentúa deliberadamente la actitud de sereno realismo, la cual es entonces bien poco popular, y, por lo mismo, más necesaria que nunca. Estos rasgos del carácter de Demóstenes bastan para exonerarlo de una vez por todas de la infundada acusación de ser un demagogo y autor de frases hueras. Si así no fuera, deberíamos suponer, careciendo de base para hacerlo, que en los pocos años anteriores a las grandes *Filípicas* hubo un cambio no sólo en su mentalidad política, sino aun en su naturaleza toda, de suerte que un orador político de claro pensamiento se habría convertido poco menos que en un pomposo energúmeno. Conviene notar, sin embargo, que su primer discurso muestra un indudable poder de agitación, aunque no arrastre con todo por la pura fuerza de la voluntad, sino que haga su efecto más bien demoliendo al adversario con la crítica. Pasajes como aquél en que describe a la guerra como algo que no es un simple ἀγών, sino que requiere barcos, dinero y territorio, y como la divertida descripción de los mil doscientos camellos que conducen el oro del Gran Rey desde el Asia hasta la costa, están llenos de una genuina exhortación al sano entendimiento humano y deben de haber bajado los humos a los más vehementes adversarios de Demóstenes.

Con todo, el lenguaje de este discurso, con el que

espera iniciar su carrera de consejero político, evita generalmente esa manera de hablar popular y drástica. El tono predominante es digno y apegado a los hechos —distinto de la brusca franqueza de los discursos forenses contra Androcio y Timócrates—. Por el contrario, su manera es tranquila, reservada e instructiva. Este ethos sitúa al discurso en el mismo plano del *Contra Leptines,* y Demóstenes indudablemente lo eligió a propósito porque encontró que convenía a su personalidad y a su posición. Hasta el estilo de estructura de la frase se acomoda a él. Es todavía muy isocratiano, y acusa una predilección por el período que mana flúidamente y avanza con firmeza hasta su término.[25] En ese momento, esto era tan importante para Demóstenes como la dignidad del porte que esforzaba por mantener. Pero así como el discurso *Contra Leptines* tiene partes en que prevalecen una mayor ligereza, gracia y fácil elegancia, el discurso *Sobre las Simmorías* cultiva una preñada redondez de la frase y una manera gnómica de traducir en apalabras el pensamiento; de tal modo que a los críticos antiguos les recordaba, por la forma y por el espíritu, los discursos de Tucídides.[26] Demóstenes tuvo que elaborar gradualmente su propia forma de discurso político; y comparada con la suprema holgura de movimiento de los discursos forenses, hay en este primer mensaje político una inequívoca coerción convencional. Demóstenes carece todavía de experiencia en las maneras de hablar al pueblo; el tono es demasiado académico; su sentido del contacto con la multitud que escucha todavía no lo penetra todo, hasta las nimiedades de estructura de la frase, como después ocurre. Pero esto hace del discurso algo más fascinante todavía, como testimonio de los esfuerzos del joven orador para encontrarse a sí mismo, social e intelectualmente. De cualquier modo, sus amigos políticos tuvieron motivos

sobrados de sentirse satisfechos de él, y ciertamente deben de haber admirado el deliberado esfuerzo que hizo por evitar el tono habitual del orador popular.

Volvámonos ahora hacia el segundo sector crítico de la política ateniense: el problema del Peloponeso. Habiendo sido Esparta derrotada en la guerra y presenciado el derrumbe de su hegemonía, sus conquistadores tebanos, y aun sus enemigos del interior del Peloponeso —quienes hasta entonces habían sido contenidos—, vieron que, en adelante, su problema principal sería mantener las ventajas recién conquistadas. Como quiera que una intervención armada era posible todavía, Tebas seguía disponiendo de los medios para establecer su autoridad en el sur en cualquier momento. Bajo Epaminondas, obligó a que se reconociera su prolongado protectorado de la Liga arcadia y del recién creado estado mesenio. En el fondo, estos fueron resultados de la determinación que tomara Tebas de aplastar a Esparta, pero no eran, en sí mismos, objetivos particularmente estimados por Epaminondas.[27] Así; pues, la dificultad mayor para los arcadios y los mesenios, quienes se vieron libres tan inesperadamente, era la de mantenerse tan independientes como fuera posible respecto de la benigna tiranía de Tebas, el fiador de su autonomía. Esparta no les ocasionó molestias, por cuanto desvió la atención hacia sus propios asuntos interiores y se dedicó a reorganizar sus fuerzas.[28] Después de su ulterior derrota en Mantinea (362), su rey Agesilao había ido a Egipto para tomar parte en el levantamiento contra los persas, y a su regreso había muerto en Cirene, en 360, como un viejo y curtido capitán de mercenarios. Su hijo y sucesor Arquidamo tenía idea de restaurar la Confederación del Peloponeso, con lo cual, después de 360, los mesenios y los arcadios se vieron en peligro una vez más.[29] Los espartanos, sin embargo, no se aven-

turaron a agredir abiertamente mientras duró la paz, sino que esperaron a que Tebas estuviera en guerra nuevamente para intentar arrebatarle los estados peloponesios, que estaban entonces bajo su protección.

Los mesenios previeron esto y le ganaron por la mano a Esparta. Cuando Tebas se vió envuelta en la guerra contra Fócida, la cual mantuvo a sus fuerzas ocupadas durante diez años en la Grecia central, los mesenios hicieron un tratado defensivo con Atenas para asegurarse una protección en caso de ataque espartano. Los arcadios no tomaron tal precaución y, en consecuencia, se vieron en dificultades cuando, en 352, Tebas fué derrotada reiteradamente por los focenses bajo el mando de Onomarco.[30] Al quedar Arcadia de este modo indefensa, Esparta empezó a armarse contra ella. Esparta y Atenas habían continuado siendo aliadas desde que Calístrato efectuó su reconciliación; por lo que Esparta envió entonces delegados a Atenas para que sondearan su actitud respecto a una guerra entre Esparta y Arcadia. Pero, al mismo tiempo, los delegados arcadios se presentaron también en Atenas solicitando la formación de una alianza defensiva, parecida a la que Atenas había ya concluído con los mesenios. En este dilema ¿cómo debía obrar Atenas? Este es el problema que plantea Demóstenes en su discurso *Pro Megalópolis*, el cual es, en realidad, un discurso en favor de los arcadios.[31]

Si es cierto que la no-intervención era uno de los fundamentos del programa de partido de Eubulo, debemos concluir que Demóstenes, aunque no hubiese roto todavía con Eubulo, resolvió, sin embargo, seguir en este discurso un nuevo camino por cuenta propia. Esto explicaría por qué falló en su intento. La decisión que recomendaba pareció demasiado grave, y su argumentación demasiado rígida. La autoridad de este hombre

joven no tuvo todavía suficiente peso, con todo y que sus razones fueron escuchadas atentamente. Pero esta vez el no seguir el consejo de Demóstenes constituyó un grave error, que no pudo ya enmendarse nunca, pues también en esta ocasión, Demóstenes fué el único que viera claramente lo que convenía. Hay, sin embargo, una segunda razón para que se aprecie este discurso en alto grado. Puede ser que nos interesemos poco por los procesos históricos concretos que entonces se desarrollaban; pero el alcance intelectual que Demóstenes logró en ellos, es de un valor perdurable, por razón de las doctrinas políticas generales que elaboró a base del problema que tenía enfrente. Así pues, este discurso ha venido a ser para la posteridad una fuente de pensamiento político, y ha tenido una decisiva influencia en la política europea de tiempos recientes, con la aplicación en gran escala de sus ideas políticas a los problemas modernos. Sería ciertamente una falta de visión el considerar a la historia griega como asunto de poca monta. Las dimensiones espaciales y numéricas no tienen gran importancia. Lo importante es el vigor con que la vida es vivida, y la profundidad de discernimiento que los acontecimientos provocan en la mente del hombre. Y, desde este punto de vista, poco hay que sea comparable a la historia de los griegos.

Muchas cosas estaban en favor de Esparta: era una aliada de Atenas, y había recibido de ella apoyo armado desde las invasiones del Peloponeso por Epaminondas; había además cierta aversión hacia Tebas y miedo de su ulterior expansión, mientras que a Esparta la creían de tal modo debilitada que no inspiraba temores. Más aún; desde el principio del conflicto entre Tebas y Fócida, lo mismo Atenas que Esparta se habían inclinado del lado de los focenses expoliadores de templos.[32] Por supuesto, el Sagrado Consejo de los Amfictiones de

Delfos había condenado solemnemente a los focenses; pero como todo el mundo sabía, este Sagrado Consejo, por razón de contar en él los tebanos con la mayoría segura de los votos, no era más que el órgano de su predominio en la Grecia central, y por esto apoyaba el mantenimiento de la situación misma que la nueva cooperación entre Atenas y Esparta se proponía combatir.

Con todo, no podía negarse que quienes abogaban por la intervención en favor de los arcadios podían apoyar sus razones con el espíritu y la letra de los tratados en los que Esparta, Atenas y sus aliados, habían jurado anteriormente garantizar la independencia de cada estado. Esta fué precisamente la cuestión que, de modo manifiesto, llevó a Atenas a la ruptura con Tebas cuando la conferencia de Esparta. Pero ahora era Esparta la que quería repudiar las cláusulas sobre la autonomía. Por lo demás, era fácil de ver que la única razón por la que Esparta eligió a Arcadia como objetivo era el hecho de que cualquier ataque contra Mesenia le hubiera traído un conflicto con Atenas; pues Mesenia estaba protegida justamente contra este ataque por su pacto defensivo con Atenas. Así pues, era realmente evidente que el problema mesenio y el arcadio eran de la misma índole; y aun el propio pacto defensivo con Mesenia indicaba que Atenas estaba empezando a distanciarse de Esparta. Por tanto, hubiera sido inconsecuente alentar la codicia de Esparta por Arcadia. Más aún; si los espartanos llegaban a apoderarse de Arcadia ¿seguirían todavía deteniéndose ante la idea de recuperar la Mesenia? Luego ¿no estaba Atenas obligada a declararse contra Esparta? Siendo así, era mejor naturalmente para ella tener también a los arcadios de su parte.

Al enfrentarse a este dilema, Demóstenes —como indica insistentemente en el exordio y en la peroración—

trata de adoptar una posición firme. Han hablado los amigos atenienses de Esparta y de Arcadia; ahora tomará la palabra el propio Demóstenes, pero no tan sólo como alguien que habla en dialecto ático, sino como alguien que expresa el aspecto ático de la cuestión. Se han dado buenas razones para simpatizar bien con Esparta o con Arcadia; pero nadie sé ha detenido a preguntarse *¿qué es lo que requiere el interés de Atenas?* A las masas impresiona sobre todo el argumento sentimental de que no deben traicionar a sus hermanos de armas de Mantinea, sino que deben mantener fidelidad con ellos. Demóstenes opina que esto es una ética equivocada. También él haría por que Atenas se mantuviera fiel, mientras los hermanos de armas cumplieran con las obligaciones de sus tratados; pero los términos de la alianza con Esparta obligan a prestar apoyo armado sólo para la defensa contra un agresor. Atenas no tiene obligación moral alguna de apoyar las agresiones no provocadas de Esparta. Quienquiera que se incline por seguir actuando sobre la base del tratado, debe, para ser consecuente, votar por una intervención que mantenga la paz en el Peloponeso. Observemos que Demóstenes no declara impetuosamente que él antes rompería la alianza con Esparta que permitir un aumento de su poder; en vez de esto, se atiene claramente a la legalidad, lo mismo que hizo en el discurso *Sobre las Simmorías* al tratar la cuestión de la defensa o el ataque.[33] Concede un valor muy alto a la corrección en materia de derecho internacional. Podría compararse con la actitud de Bismarck respecto de la cuestión de Schleswig-Holstein; entonces, todos los políticos que representaban el sentimiento de Alemania eran partidarios de una franca ruptura con el Protocolo de Londres, mientras que Bismarck, el estadista, prefirió que fueran los daneses quienes violaran el tratado, para poder de

esta suerte evitar el antagonismo del resto de Europa y preservar su buena reputación. De igual modo, el respeto de Demóstenes por el valor politico de la corrección formal es exactamente el reverso de la actitud del ciudadano común, el cual, en gran medida, no suele reconocer el peso muerto de los conceptos y estipulaciones puramente políticas, y propende a considerar la amistad con el pueblo de otras naciones como algo que nace del corazón.

Demóstenes ofrece aquí una muestra excelente de lo que se entendía en su tiempo por pensamiento político bien preparado. No podemos por menos de acordarnos del paralelo desarrollo intelectual de la filosofía durante este período, cuando encontramos que su argumentación empieza con el axioma siguiente: hay que partir de proposiciones universalmente admitidas para poder derivar las conclusiones adecuadas.[34] Cierto es que la importancia de un político no depende meramente de la claridad de sus principios ni de la nitidez de su pensamiento. Hasta puede ocurrir que derive conclusiones falsas de correctas *hipótesis* —como Isócrates[35] llamó una vez a esas proposiciones universalmente admitidas de que habla Demóstenes—. Pero cuando se trata de juzgar la política del siglo IV, me parece indispensable tener de antemano un conocimiento acabado de su estructura intelectual y de su aparato conceptual, para poder seguir su funcionamiento. Sobre esto, no encuentro nada escrito en la literatura técnica; de suerte que es difícil evitar la sospecha de que este dominio entero del pensamiento griego no ha sido tratado siempre con la comprensión que merece.

El axioma que Demóstenes elige como punto de partida, y que como tal no necesita ser demostrado, es el interés de Atenas. Ni la letra de los tratados, ni la "lealtad", ni la simpatía para los "hermanos de armas",

es tolerable que se conviertan en una norma rígida para el hombre de estado. La amistad con Esparta había empezado con la idea de contrapesar el engrandecimiento de Tebas en la nueva división tripartita de Grecia, que tan eficazmente había sido impuesta a Atenas por la fórmula de Calístrato. Pero aun esta política podía resultar perniciosa si la asociación con Esparta llegaba a convertirse en un sistema inalterable. Demóstenes piensa que ha llegado el momento de revisar los principios en que se funda la política confederada de Atenas. Para él, las alianzas y los tratados no son creaciones arbitrarias de la habilidad diplomática. Valor y fuerza moral, pueden tenerlos tan sólo mientras constituyan la objetivación de intereses reales y la inercia de hechos efectivos. Un tratado es la expresión de unas relaciones efectivas en términos de derecho internacional; cuando estas relaciones se alteran, se convierte en algo carente de valor intrínseco, en una pura formalidad que no resistirá la tensión cuando las cosas se pongan graves. No es la letra de los tratados, sino el peso muerto de los intereses, lo que produce las amistades políticas entre pueblos.[36] Con esta proposición, Demóstenes se contrapone a aquellos políticos que abogan por mantenerse mecánicamente apegados a la alianza con Esparta, y dudan de que pueda confiarse en los suplicantes arcadios por razón de que éstos se encuentran atados todavía por la letra de sus tratados con Tebas. El principio de Demóstenes es esencialmente incompatible con ningún sistema permanente de alianzas. Se convierte inevitablemente en el principio de la protección de los estados más débiles —en Atenas lo mismo que en Inglaterra—. No requiere interpretación moral; en todo caso, esto no preocupa a Demóstenes. Para Atenas —así como para Inglaterra—, este principio es el que se deriva lógica y necesariamente de su posición, lo mismo

como potencia marítima que frente a las potencias terrestres; es la palanca de Arquímedes con la cual puede tratar de dominar al resto del mundo. Un político inglés, Lord Brougham,[37] gran admirador de los dones políticos de Demóstenes, encuentra en este discurso el primer desarrollo de ese supremo principio que Inglaterra ha aplicado consecuentemente durante siglos en sus relaciones con los estados de la Europa continental, y el cual le ha permitido en gran medida levantar su gran prestigio: el principio del *equilibrio de poder.*

Esta idea no era absolutamente nueva; como hemos mostrado ya,[38] Calístrato la había empleado. Demóstenes no hizo más que apoderarse de ella, con clara conciencia de lo que implicaba en su decisión actual. Por una parte, los estados menores habían sido oprimidos durante largo tiempo por Esparta y por Tebas, las dos potencias terrestres; y Demóstenes esperaba sacar provecho de sus aprietos, obteniendo con ellos nuevos y leales aliados para Atenas que le permitirían surgir gradualmente de su desesperado aislamiento. Por otra parte, creía que una mayor cooperación con Esparta, aunque podía rendir ciertos beneficios momentáneos, no traería ningún aumento permanente del poder de Atenas. En realidad, no tendría como resultado sino una carrera entre Atenas y Esparta para la recuperación de su perdida hegemonía. Si se permitía que Esparta se hiciese demasiado fuerte, pronto sería necesario socorrer a Tebas,[39] con todo y que en medio del ciego odio de esos años, y con menoscabo de la propia conveniencia de Atenas, la opinión general era que Tebas debía ser debilitada por todos los medios posibles. Así pues, Demóstenes se colocaba del lado del partido impopular. Esto era tanto más duro para él, cuanto que la fórmula que brindaban los espartanos proponía una restauración del *status quo ante* (ἔχειν τὰ ἑαυτῶν), y para Ate-

nas esto implicaba la esperanza de recuperar la ciudad fronteriza de Oropo, que había sido perdida a manos de Tebas. Pero, para empezar, los espartanos no estaban en situación de ofrecer a Oropo, y no cabía suponer que fueran a quitar las castañas del fuego para dárselas a Atenas. A cambio de esta dudosa perspectiva, esperaban asegurarse de la neutralidad ateniense, no sólo si Esparta atacaba a los arcadios, sino también en el caso de que se apoderara nuevamente de Mesenia —pues la transparente generalidad de su formulación encubría claramente esta eventualidad—. En otras palabras, pedían que Atenas les diera de antemano una velada garantía de que, en determinadas circunstancias, estaría dispuesta a complacer a Esparta hasta el punto de romper su tratado con Mesenia. Al mostrar lo más claramente que puede que esto es lo que ocurriría si se aceptaban los ofrecimientos de Esparta, Demóstenes intenta consolar a los atenienses con relación a Oropo. Aquí se revela como alguien que ha alcanzado la cumbre en el arte de los retoques diplomáticos. Cada vez que se ve obligado a contradecir la opinión dominante —y esto le cae en suerte a casi todo auténtico político—, sabe cómo complacer los sentimientos favoritos de las masas. Así como en el discurso *Sobre las Simmorías* su lema era "Nada de guerra todavía" más bien que "Nada de guerra"; tampoco dice ahora "Dejemos a Oropo", sino "Bajo estas condiciones, sería mejor que dejáramos a Oropo para más tarde".

La misión de los arcadios, sin embargo, fué denegada a pesar de los esfuerzos de Demóstenes en favor suyo. El resultado fué que trataron de aliarse con el enemigo de Atenas, el rey Filipo de Macedonia,[40] con el cual se mantuvieron para siempre desde entonces, proporcionándole de este modo cuantas oportunidades quiso de interferir en los asuntos interiores de Grecia. Esto prueba

que el consejo de Demóstenes era bueno. No puede sostenerse seriamente que Atenas, de haber seguido este consejo, hubiese corrido el riesgo de verse arrastrada a una guerra contra Esparta; ésta estaba demasiado débil para eso. Y si fué el temor de Tebas lo que condujo al abandono de los arcadios, la cosa fué un mal cálculo. El ofrecimiento de una alianza por parte de Arcadia fué una oportunidad que se desaprovechó. Aunque Tebas era todavía muy temida por el tiempo en que Demóstenes pronunció su discurso *Pro Megalópolis*, los serios reveses que sufrió en su guerra contra los focenses, acercaron bien pronto el momento en que debería considerarse de manera diferente esa nueva orientación respecto a ella que Demóstenes había previsto.

En el discurso *Sobre la libertad de los rodios*, Demóstenes desafía nuevamente la opinión predominante. Este discurso no sólo está conectado temporalmente[11] con el discurso *Pro Megalópolis*, sino que recomienda igualmente una política de superación del aislamiento de Atenas que consiste en una juiciosa y prudente oferta de ayuda a los estados que soliciten aliarse. En la región sudeste del Egeo, la dinastía de Mausolo de Caria había demostrado ser también un peligroso enemigo de Atenas, por el apoyo que prestó a los aliados de ésta cuando se segregaron de ella durante la Guerra Social. Por mucho tiempo, la dinastía caria había sido uno de los vasallos del Gran Rey; pero durante el siglo IV, en que el imperio persa estaba más o menos en proceso de desintegración, esa dinastía había cobrado, bajo Mausolo, una importancia más pronunciada. Esta familia de príncipes medio helenizados, que residía en Halicarnaso, en la parte sudoeste del Asia Menor, dedicó a las construcciones una actividad tan formidable, que atestigua la excelente opinión que ellos tenían de sí mismos. Podía bien comparárselos con otras personalidades similares de

la misma década, como Evágoras, rey de Chipre y protector de Isócrates, y como Hermias, príncipe de Atarneo y amigo de Aristóteles. Todos ellos trataron de independizarse cuanto fuera posible de la autoridad central de Persia, y de extender sus esferas de influencia hacia las vecinas islas y la costa griegas. Con una marrullería verdaderamente maquiavélica, Mausolo había empezado seduciendo a Cos, Quíos y Rodas, aliadas marítimas de Atenas, para que se separaran de la Confederación, con el fin de subyugarlas de este modo con mayor facilidad, una vez que Atenas hubiera sucumbido a su aislamiento. Este es el mismo procedimiento que, poco después, iba a emplear Filipo de Macedonia contra Olinto. La isla de Rodas, estando como estaba próxima a la costa de Caria, le pareció a Mausolo un baluarte particularmente indispensable; y aunque al principio pensó que era más sutil ejercer una influencia indirecta, estableciendo tratos secretos con los oligarcas rodios, al final se quitó la careta y terminó con la democracia en Rodas, en Quíos y en Mitilene de Lesbos. Si los demócratas exiliados tenían alguna ambición de regresar a su tierra y alcanzar el poder ¿qué otra cosa les quedaba, sino buscar refugio en esa misma Atenas de la que hacía tan poco se habían separado?

En todo caso, la situación que promueve el discurso que nos ocupa es ésta: ha llegado a Atenas una diputación de los exilados demócratas de Rodas, y las pasiones de la Asamblea se inclinan alternativamente del lado de un malicioso regocijo por las desdichas de esos traidores, responsables de la mala suerte de Atenas y de la ruptura de la Confederación, o del lado del temor de una mayor expansión por parte de los bárbaros de Caria, los cuales, ahora que ya tienen en su poder a Cos y a Rodas, amenazan con arrebatar los mercados áticos en el Mediterráneo oriental y en el sudeste del Egeo. Lo mismo que

antes, los jefes atenienses más influyentes han adoptado ahora firmemente el principio de no-intervención. Ya en 354, cuando Demóstenes pronunció su discurso *Sobre las Simmorías*, las grandes preparaciones guerreras del rey persa eran consideradas una amenaza; y ahora, Eubulo teme todavía las complicaciones con el imperio persa que pudiera traer un conflicto con Caria. Una vez más, Demóstenes combate a los no-intervencionistas con inflexible tenacidad. Trata de hacer ver que a Atenas se le ofrece ahora una ocasión de librarse del estancamiento de su política exterior, y que no debe desaprovecharla. Pero, así como Demóstenes considera inequívocamente el problema arcadio y el problema rodio desde lo que virtualmente es un mismo punto de vista, de parecida manera encontramos una consecuencia interna en el hecho de que este punto de vista sea rechazado precisamente por aquellas personas cuya opinión tiene el mayor peso. Estando Atenas tan debilitada, debe de haber sido verdaderamente difícil decidir si podía intentar de nuevo —y cuándo podría— resurgir gradualmente de su forzada pasividad, y aumentar su influencia sin echarse encima la carga de un riesgo excesivo.

Al cabo de tantos siglos, tenemos que mantener nuestros juicios en suspenso, de momento; y, sin embargo, nunca empezamos realmente a comprender la historia sino hasta que, en cierto modo, nos situamos detrás de la postura que adopta el hombre cuyas acciones estamos estudiando, y hasta que podemos pesar la responsabilidad que entraña su decisión. Trataremos de hacer esto con relación al discurso de Demóstenes.

Si establecemos que Demóstenes debe ser considerado como un estadista interesado primariamente por la política exterior —lo cual estaría indicado por el hecho de que apareciese en persona a pronunciar estos dos primeros discursos—, comprenderemos por qué no

pudo por menos de ver en el requerimiento de los demócratas rodios, a quienes Mausolo había engañado, una oportunidad única de recuperar los estados isleños más importantes, y de establecer de este modo los cimientos para una restauración de la Confederación. El vínculo que llevó a Atenas a los rodios era la forma democrática de gobierno, que tenían en común con ella. En verdad, esto fué lo que hizo de Atenas, desde mucho antes, el firme apoyo de todas las ciudades democráticas. Durante más de un siglo, Atenas había constituído sus alianzas sobre esta base; y en otras muchas ciudades, la forma de gobierno había dependido en gran medida de las alianzas que contraían. Después de la Guerra del Peloponeso, por ejemplo, Esparta había establecido en todas partes decarquías oligárquicas, con el fin de afirmar el dominio sobre el gran número de pequeños estados que tenía bajo su protección. Pero la misión tradicional de Atenas era proteger a las democracias. Por muy decididamente que tendiese la política interior de los círculos sociales a que pertenecían Demóstenes y Eubulo a restringir la influencia de las masas y de los demagogos después de la Guerra Social, como hemos visto ya, era no obstante imposible de llevar a cabo una política exterior ateniense, con alguna perspectiva de éxito, a menos que se pusiera a su servicio la ideología democrática. Esto es precisamente lo que hace el discurso *Para la libertad de los rodios*. En los discursos *Contra Leptines, Sobre las Simmorías* y *Pro Megalópolis*, Demóstenes se nos ha presentado como el caballero cabal, el aristócrata nato; ahora, de la noche a la mañana, lo encontramos apelando a los instintos democráticos como un "hombre del pueblo" y, con la esperanza de levantar el entusiasmo en pro de su política exterior, empleando todo su ingénito poder de agitación en el ensayo del efecto que pueda producir sobre la masa este socorrido reclamo.[42]

Este cambio de conducta requiere, naturalmente, una explicación. Pero no implica una verdadera ruptura interior, que se explicaría tan sólo por un repentino cambio de partido, como el que los investigadores se han creído recientemente obligados a imaginar. Tampoco la manera decidida como, en este discurso, se carga el acento en los intereses democráticos, nos obliga a regresar a la idea antes predominante, la cual hacía derivar la política de Demóstenes, *desde el principio mismo*, de una doctrina de partido ya establecida, y hacía del propio Demóstenes el héroe de una lucha de toda la vida por el ideal democrático de libertad. Esta última concepción lo moraliza de una manera enteramente antihistórica, y al propio tiempo lo disminuye. Nos impide lo mismo ver que comprender un hecho al que hemos apuntado en relación con el discurso *Sobre las Simmorías*, a saber, que Demóstenes se mantuvo originalmente en torno a un grupo de políticos que combatían enérgicamente la influencia democrática radical; y en realidad, si puede decirse que proviniese de partido alguno, es sólo en este sentido. Cierto es que en años posteriores, cuando se debate con el peligro de un yugo extranjero por parte de Macedonia, apela naturalmente al excelso ideal de libertad griega; pero es un error el querer ver esto ya en sus primeros discursos mismos, como se hacía antes universalmente, y como suele hacerse todavía bastante a menudo. La idea de libertad no adquiere para Demóstenes su verdadero colorido sino hasta que él empieza a combatir la "tiranía" de los conquistadores macedonios; entonces toma la significación de un gran bien nacional. En ese momento, se esfuerza en verdad constantemente por crear en las masas indiferentes un estado de ánimo tal que lleguen a sentirse dispuestas a la guerra; y para lograrlo, apela a su amor por la libertad. Aun entonces, este lema de "libertad" sirve solamente para promover

su política exterior; pero ya por esos tiempos, se ha convertido realmente en un factor esencial de su visión del mundo en torno, en el cual Grecia y Macedonia constituyen los dos polos opuestos, irreconciliables moral, espiritual e intelectualmente.

En el discurso *Sobre la libertad de los rodios,* sin embargo, la apelación a los intereses comunes de los estados democráticos está lejos todavía de este apasionado fervor nacional que encontramos en las *Filípicas*. Aquí constituye puramente el instrumento para una política fundada con toda frialdad en el interés de Atenas. La actitud de este discurso con respecto a los partidos políticos, cualesquiera que sean, se revela mejor que en ninguna otra cosa en el hecho de que Demóstenes, por medio de su calculado alegato en favor de los rodios (quienes hacía tan poco tiempo habían abandonado a Atenas, la democracia hermana, por el rey de Caria), se está contraponiendo expresamente a los demócratas atenienses intransigentes, los cuales no están sino vengativamente encantados de los infortunios de los rodios, y no quieren oír hablar de su reanexión a Atenas a ningún precio. Pero, para Demóstenes, ésta no es una cuestión de sentimiento o de principios democráticos, sino únicamente una cuestión de "política" —lo cual, por el momento, no significa para él sino una oportunidad de elaborar un plan maquiavélico con la cabeza bien despejada—. Pero, al aplicar este plan a los asuntos exteriores, se ve obligado a adoptar esta enérgica postura en contra de los demócratas atenienses, y al mismo tiempo a ganárselos con argumentos enderezados a sus tendencias partidistas, y de una manera directa y deliberada, como si fuese un orador de su propio partido quien se estuviera dirigiendo a ellos. La verdad es que la única intención de Demóstenes consiste en evitar que quienes se oponen a su política exterior, los no-intenvencionistas

inflexibles, utilicen los impulsos perniciosos y faltos de visión de la multitud, lo mismo que su malicia y su espíritu vengativo, e impidan que el pueblo ateniense tome una parte activa en los asuntos exteriores. No es posible que entendamos propiamente el uso que hace aquí Demóstenes de los lemas democráticos sin antes considerar la destreza con que Eubulo y sus compañeros, siguiendo los viejos y acreditados métodos de la oposición oligárquica, hubieran empleado los mismos lemas democráticos para alcanzar la finalidad contraria, a saber, para evitar cualquier medida del tipo que Demóstenes desea. En este punto, los motivos de conducta de cada uno de los bandos son enteramente distintos de los que pudiéramos llegar a creer, juzgando por los argumentos con que apelan a las masas. Esto ha ocurrido así en los primeros discursos, y no hay razón para suponer que, en este respecto, se haya producido cambio alguno en el discurso en pro de los rodios.

A mí me parece indudable que Demóstenes no mudó aquí repentinamente de bando respecto a su actitud frente al mundo en general. Sería una noción extrañamente pueril el suponer que un auténtico hombre de estado pudiera caer bruscamente de las serenas cumbres de la comprensión política y empezar, sin discernimiento, a hacerse el eco de los latiguillos de la multitud. Además, como podemos ya juzgar por sus primeros discursos, el sorprendente y casi misterioso conocimiento que Demóstenes revela del modo como debe utilizar los medios a su alcance excluye enteramente semejante interpretación. Se percata de que si los demócratas rodios son enviados nuevamente a su tierra en barcos atenienses, con un apoyo político y tal vez militar, habrá esperanzas de derribar a los oligarcas rodios. Pues, entre tanto, el rey Mausolo de Caria ha muerto, y lo ha sucedido una mujer —su esposa Artemisia—.[43] Esta dama

procurará mantenerse alejada de la guerra; y el rey de Persia está demasiado ocupado con la rebelión egipcia para impedir que Atenas repudie la política de partición a que la había sometido en el último tratado de paz. La acción de Atenas será una señal para las derrocadas democracias de Mitilene y Quíos, y entonces podrá enfrentarse al rey de Persia con el hecho consumado de una nueva Confederación.

Demóstenes debió de suponer que le replicarían recordando que en el discurso *Sobre las Simmorías* había hablado de un modo muy distinto, y que entonces había prevenido contra el peligro de irritar al coloso persa. Que esto fué lo que hizo, era indudable, aun cuando los argumentos que entonces propusiera no fueran tanto los suyos propios, cuanto una exposición extraordinariamente hábil de las ideas de Eubulo. En todo caso, Demóstenes tenía que encontrar ahora la manera de enfrentarse a esa crítica, y la encuentra casi al comienzo de este discurso, donde explica que en aquella ocasión anterior había aconsejado a los atenienses que no se hicieran de nuevos enemigos, sino que detuvieran a los que constituían ya una amenaza.[44] Por esto, piensa que ha sido enteramente consecuente al hacer la actual proposición, pues su fórmula requiere una acción en defensa de los rodios "sin anular el tratado con Persia".[45] Todo esto podemos interpretarlo bien como convicción personal o como simple maniobra táctica; pero es indudable que, por el tiempo de este discurso, Eubulo y los círculos gubernamentales estaban más alarmados que el propio Demóstenes por el peligro de entrar en conflicto con Persia, mientras que Demóstenes creía que ellos no concedían a Filipo de Macedonia la importancia debida. Al decir esto, no podemos por menos de pensar en las advertencias que hiciera Isócrates sobre Filipo en su discurso *Sobre la Paz,* en el cual, muy probablemente,

se acercó más bien al punto de vista del círculo de Eubulo. Filipo —dijo él entonces— dejaría de disputar Amfípolis a los atenienses si éstos abandonaban su política imperialista.[46] Esta ilusión constituye un adecuado trasfondo para comprender los temores de Demóstenes, en su discurso en pro de los rodios, con respecto a las intenciones de Filipo. La idea brilla momentáneamente, para desvanecerse de nuevo.[47] Nadie puede dudar, sin embargo, de que ella aparece ya subrayando los argumentos sobre el problema rodio como un fundamental motivo determinante. Un papiro descubierto hace unas cuantas décadas, por el cual conocemos parte del comentario de Didimo sobre las *Filípicas*, contiene un pequeño fragmento de un discurso pronunciado por el político ateniense Filócrates, tomado de la Historia de Teopompo correspondiente a este período, y hoy perdida. El orador describe la situación desfavorable en que Atenas se encuentra en una época evidentemente algo posterior a la del discurso de Demóstenes. Los beocios y los megarios, dice, son hostiles a Atenas, una parte del Peloponeso se aferra a Esparta, y la otra a Tebas; pero el pueblo de Quíos y el de Rodas, y los aliados de ambos, son decididamente enemigos de Atenas y están negociando una amistosa *entente* con Filipo.[48] Con éstos, pues, ha ocurrido lo mismo que ocurrió con los arcadios, a quienes Atenas volvió la espalda: han sido abandonados a merced de sus opresores, o bien impelidos a ponerse en manos de Filipo. De este modo, el problema del norte, que amenazaba convertirse en una zona crítica de la mayor importancia política, quedaba vinculado a la política de la Confederación y al problema del Peloponeso. Este trasfondo de la cuestión, que Demóstenes toca sólo una vez en este discurso —aunque con notable fuerza— va a ser, en el próximo, llevado a primer término. No podemos distinguir con claridad qué forma habían to-

mado, por el tiempo del discurso sobre los rodios, las relaciones de Demóstenes con los partidarios de Eubulo que antes fueran sus amigos. Pero su crítica de la pasividad de los caudillos llega aquí a tener el carácter de una severa censura y de una mordaz ironía; por ello barruntamos un grado de tensión que nos permite anticipar la ruptura, si es que ésta no se ha producido ya. La hipótesis de que así fuera, permitiría comprender más fácilmente la apelación al sentimiento popular que surge tan distintamente en este discurso. No pudiendo ya contar con el apoyo de los hombres directivos de su propio medio, se ve obligado a buscarse una nueva posición. Ya no habla en su nombre y representación; ya sólo le prestan oídos sordos. En adelante, tiene que dirigirse directamente al pueblo:

flectere si nequeo superos, Acheronta movebo.

CAPITULO QUINTO

EL PROBLEMA DE LA GRECIA SEPTENTRIONAL Y LA PRIMERA FILIPICA

No hay introducción más cabal a los problemas de la política ateniense durante los cinco años que siguieron a la Guerra Social y al derrumbamiento de la Segunda Confederación, que los primeros discursos de estadista de Demóstenes. Estos discursos revelan la manera sistemática como ha llegado a dominar todos los campos de la política exterior ateniense y, al mismo tiempo, la rapidez de penetración con que explora los acontecimientos de su tiempo. Por supuesto que no nos ofrecen un material exhaustivo para la Historia de los estados griegos durante esos años, pues esta Historia no debe tomar a Atenas como único punto de partida. Pero, si nuestro propósito es comprender el desarrollo de Demóstenes como político, estos discursos constituyen un cuerpo de materiales simplemente incomparable (como no lo poseemos para el estudio de ningún otro estadista griego), pues nos llevan de una zona crítica de la política ateniense a otra, presentando la interconexión del conjunto con creciente claridad. Demóstenes toma primeramente posición con respecto a la política persa de Atenas, y luego trata sucesivamente de los problemas del Peloponeso y de la Confederación. El siguiente gran discurso que ha llegado hasta nosotros nos conduce al problema de la Grecia Septentrional. En el discurso sobre los rodios ha abordado ya este problema, cierto que sólo de pasada, pero con una intención y gravedad

notables.[1] En adelante; éste va a ser *el* problema de toda política ateniense y griega, el tema al que están dedicados todos los subsiguientes discursos políticos de Demóstenes. Por esto, el primer desarrollo de este tema en el discurso *Contra Aristócrates* tiene una importancia histórica y requiere particular atención.

En realidad, éste no es un discurso político dedicado enteramente a un programa único, como los que hemos examinado últimamente, sino un discurso forense destinado a un gran proceso político del tipo de los que hemos tenido ocasión de ver en los discursos contra Androcio y contra Timócrates. Esos primeros discursos, sin embargo, se ocupaban principalmente de política interior, mientras que, en contraste con ellos, el tema de esta denuncia política proclama el tránsito de Demóstenes hacia la política exterior, lo mismo que los discursos políticos del propio período. Esta vez, igual que las otras, Demóstenes no apareció tampoco en persona como demandante, por no atreverse, evidentemente, a arriesgar en vano su reciente reputación como político. No cabe duda de que él tenía un ideal definido de cómo debe comportarse un estadista. Sin embargo, en aquel momento era enteramente imposible seguir adelante sin recurrir a los procesos políticos, pues todo el mundo se aprovecha de esta arma. Por consiguiente, Demóstenes dejó que un *homme de confiance* representara el papel de demandante, y se conformó con escribir para él la acusación. Pero la elección de este hombre fué significativa, pues Demóstenes no escogió a ninguna de las personas poco escrupulosas, pero seguras, que el partido proporcionaba, como hizo cuando su campaña contra Androcio y su pandilla, sino a Euticles de Tría, un ciudadano muy estimable y de la mejor clase social, quien había sido uno de sus camaradas militares en la época en que ambos compartieron como trierarcas el mando en el Helesponto. Este

hombre, por tanto, reunía por su propia experiencia las condiciones necesarias para opinar sobre los intereses atenienses que se debatían. El propio Demóstenes se apresura a poner de relieve, de un modo enteramente deliberado, el contraste con el método de ataque empleado en el discurso *Contra Androcio.* Diodoro —el hombre al que entonces había hecho aparecer como demandante— había declarado al principio mismo del discurso que estaba actuando puramente por motivos de venganza personal; pero ese afán de desquite había sido simplemente un instrumento, con el cual los hombres que estaban detrás de Diodoro podían llevar a cabo su proyecto de derribar al odiado Androcio. Ahora, en cambio, el adversario es de distinto calibre; el demandante se gana la plena confianza asegurando que su acción está basada nada más en el terreno de los hechos.[2] Indudablemente, lo más hábil para él era manifestar esto abiertamente, con lo cual situaba a su *plaidoyer*, desde el principio, en un plano más elevado. En realidad, no había nada que ocultar. Demóstenes debatía esta vez una propuesta presentada a la Asamblea que, además de parecerle una equivocación, resultó ser ilegal, y, por lo mismo, ofrecía una serie de puntos vulnerables; y no vaciló en emplear contra ella el arma de la demanda judicial. En efecto, el discurso escrito para Euticles, a diferencia de los usuales discursos forenses privados, no representa solamente las opiniones del demandante;[3] debemos más bien considerarlo enteramente como una jugada política del propio Demóstenes, lo cual se confirma por el hecho de que en otros discursos puramente políticos, en los que habla por sí mismo, haya utilizado partes extensas de este discurso que contienen ataques al gobierno.[4] La propuesta de Aristócrates había sido ya invalidada por el Consejo, con lo cual podía haberse dado por terminada toda la cuestión.[5] Demóstenes, al llevar adelante a pesar

de todo su denuncia por ilegalidad, obró más por cuestión de principios que por razones personales. Creyó de su deber llevar esta importante cuestión de política exterior ante el arbitraje del tribunal público, y alimentó la esperanza de que, gracias a su exposición de los asuntos de la Grecia septentrional, obtendría un fallo sobre cuya firme base podría apoyarse en su ulterior oposición a la política oficial. Un juicio y una sentencia eran armas más efectivas para esta agitación de lo que hubiera podido ser un nuevo discurso ante la Asamblea; pues tal discurso lo hubieran simplemente pasado por alto como una cuestión más de las del orden del día. Esto fué precisamente lo que ocurrió con sus discursos en favor de Megalópolis y en favor de los rodios —sus dos más recientes intentos de actuar por cuenta propia.

El proyecto de ley de Aristócrates, al que Demóstenes atacaba, proponía un verdadero *privilegium*[6] para la protección de un solo hombre: "Si alguien mata a Caridemo, que se consiga su extradición desde cualquier territorio de los aliados de Atenas, y que se lo juzgue. Por otra parte, si hubiera alguien, ya fuera un estado o un individuo, que dejara al delincuente sin castigo, que se lo excluya de toda relación de tratados con Atenas." De este modo, se declaraba virtualmente proscrito al asesino. Caridemo había sido un general ateniense mercenario, y actualmente era cuñado y ministro del rey Cersobleptes de Tracia. ¿Por qué razones los círculos influyentes de Atenas deseaban honrarle con esas medidas especiales y otorgarle la protección del estado? Evidentemente, la persona de Caridemo representaba aquí un programa político. El pueblo medio civilizado de Tracia, situado en la costa norte del mar Egeo, era útil a Atenas: en guerra, como auxiliar, y en paz, porque su país no era nada despreciable como zona comercial. Las luchas incesantes de los príncipes tracios por alcanzar el trono, facilitaban a

Atenas el mantenimiento de su fuerte posición en el norte, mediante intervenciones ocasionales que requerían tan sólo un ligero empleo de sus fuerzas. Esta tradición, que provenía del apogeo de su hegemonía marítima, se prolongó aún durante el período de su decadencia, a mediados del siglo IV. Por este tiempo, y después de la muerte de Cotis —el astuto y enérgico rey de las Odrisas que había creado bastantes dificultades a Atenas—, sus hijos Cersobleptes, Berisades y Amadoco se habían dividido entre ellos la soberanía de Tracia. Sin embargo, pronto empezaron a disputar y a rivalizar unos con otros en sus esfuerzos por obtener el favor de Atenas. El griego Caridemo había, con anterioridad, abandonado el servicio de Atenas por el del rey Cotis, y hasta llegó a ser su yerno, convirtiéndose de este modo en el predestinado lazo de unión entre Atenas y sus tres cuñados reinantes. El les aconsejó que restituyeran a Atenas el Quersoneso tracio, esa angosta península que se encuentra en la costa europea del Helesponto, la cual quedó en manos del rey Cotis después de habérsela disputado a Atenas. Desde tiempos inmemoriales, las ciudades griegas del Quersoneso de Tracia habían servido como base desde la cual Atenas dominaba esa posición clave tan importante, situada a las puertas del mar de Mármara. De su posesión dependían sus abastecimientos de granos, y, por tanto, la manutención entera de su población. La pérdida temporal de la más preciada de todas sus posesiones marítimas la dejó con la zozobra de comprender que aquel punto estaba amenazado. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si un rey de Tracia hostil a Atenas llegara a ser bastante poderoso para someter las ciudades griegas del Quersoneso y pusiera sus manos sobre esa zona vital? Por razón de los vientos desfavorables del archipiélago, había veces en que, durante meses enteros, era imposible, o cuando menos muy difícil, mandar buques de

transporte tan lejos hacia el norte. Y entretanto, Atenas podía morirse de hambre. Naturalmente, la única protección verdadera contra esta posibilidad era tener una escuadra poderosa; pero, en tanto que no se lograba esto, lo mejor parecía mantener unas relaciones de amistad tan íntimas como fuera posible con los más poderosos vecinos tracios del Quersoneso.

Los círculos de Atenas que apoyaron la propuesta de Aristócrates calcularon que podrían mantener su influencia en Tracia si lograban conservar a Caridemo del lado ateniense; para lo cual le iban a conferir esos honores extraordinarios. Al hacerlo, apostaban a la carta del rey Cersobleptes, del cual Caridemo era amigo particularmente íntimo, y cuyo reino colindaba con el Quersoneso. Además, Caridemo les había prometido confidencialmente que iba a rescatar para Atenas el puerto de Amfípolis, en la desembocadura del Estrimón, que había caído en manos del rey Filipo de Macedonia. Probablemente Caridemo había fijado él mismo los términos, de suerte que en ese momento era posible todavía, para ciertos políticos atenienses, hacerse ilusiones con la esperanza de que este punto de desavenencia entre Atenas y Filipo pudiera resolverse favorablemente y a tan bajo precio. Así es como el problema tracio estaba vinculado muy estrechamente a la política macedonia.

Pero ¿quiénes eran exactamente los miembros de esos círculos políticos de Atenas, evidentemente tan influyentes, cuyos planes sobre Macedonia y Tracia esperaba Demóstenes echar abajo con su denuncia de la propuesta de Aristócrates? El discurso concede a los nombres de quienes apoyaban a Aristócrates el beneficio del silencio. Esta deliberada omisión ha servido de excusa a los investigadores modernos para competir entre ellos en un juego de adivinanzas. De acuerdo con las tesis paradójicas más recientes, Demóstenes está aquí actuando to-

davía al servicio de la política de Eubulo, igual que en el discurso *Sobre las Simmorías.*[7] La propuesta de Demóstenes, dicen ahora, conduciría a una solución pacífica del problema de la Grecia septentrional, y por ello estaría enteramente de acuerdo con los principios pacifistas de Eubulo. Pero mientras que la política que Demóstenes combate —esa política que ha originado la propuesta de ley de Aristócrates— tampoco puede ser considerada muy belicosa, el criterio de no intervención, por otra parte, el cual es sintomático en general de la política exterior de Eubulo, no puede ser traído a colación. El discurso contiene tiradas sorprendentemente largas contra la predominante influencia de ciertos personajes políticos, cuyos magníficos palacios y enormes propiedades son descritos con una energía desbordante.[8] Ahora bien, esto es precisamente lo que uno atribuiría a gentes del tipo del rico banquero Eubulo; pero, además, debe añadirse que este pasaje reaparece en la *Tercera Olintíaca* casi palabra por palabra. Desde tiempos antiguos, nadie ha puesto en duda que la persona a quien ataca esta *Olintíaca* es Eubulo. El caso paralelo de empleo reiterado de un cliché de este tipo, que ofrecen los discursos contra Androcio y contra Timócrates, ocurre fácilmente a la memoria. Es evidente que cuando Demóstenes se vió obligado a romper con Eubulo empleó contra él los mismos métodos que había aprendido bajo su dirección; de suerte que la prehistoria del borrascoso ataque contra la política de Eubulo, lo mismo la financiera que la exterior, que se encuentra en la *Tercera Olintíaca,* remonta al discurso *Contra Aristócrates.* La pura discusión de hechos, en los discursos en favor de Megalópolis y de los rodios, no adopta nunca un tono tan duro y agresivo. Quien sostenga que cuando Demóstenes escribió el discurso *Contra Aristócrates* estaba todavía al servicio de Eubulo tiene de antemano que

hacernos creer lo increíble, a saber, que Demóstenes forjó entonces el arma que es este pasaje polémico para usarla contra los adversarios de Eubulo, y que luego la dirigió contra el propio Eubulo en las *Olintíacas*.

Por otra parte, mantener como hace otro grupo de investigadores[9] que en el discurso *Contra Aristócrates* Demóstenes aparece del lado de los demócratas radicales —es decir, que ha cambiado auténticamente de partido—, es cosa que no me parece ahora más admisible que cuando estuve tratando del discurso en favor de los rodios. Cierto es que Demóstenes ataca enérgicamente la adulación de personajes, que se produce en esta última etapa de la democracia ateniense, y que al hacerlo se basa manifiestamente en principios democráticos. También es cierto que, aunque ha tenido las mayores alabanzas para los servicios distinguidos de hombres eminentes como Ifícrates, Cabrias y Timoteo —como puede verse en su reciente discurso *Contra Leptines*—, su fallo en el discurso *Contra Aristócrates* es enteramente distinto. Pero esto en modo alguno indica un cambio en sus simpatías o una desviación en su exterior lealtad al partido. Es algo que, simplemente, se desprende como una consecuencia retórica del propósito mismo del discurso, que es combatir el plan de conceder esos honores a Caridemo.[10] Pues, aparte de la falta de merecimientos de este hombre —el orador los tiene, en verdad, por bien escasos—, Demóstenes trata de demostrar que, por principio, cualquier honor exagerado que se confiera a un individuo contradice el espíritu del estado democrático, y que desgraciadamente Atenas, en este sentido, se ha pasado de la cuenta últimamente. Esta sorprendente concesión a la actitud de las masas, que Demóstenes censuró en su discurso *Contra Leptines* como baja e innoble, tiene una base política definida. Como no puede derrotar al poderoso Eubulo, trata de movilizar al pueblo

contra los planes de ese caballero, utilizando el influjo de argumentos tomados de la psicología de la envidia y del temor. Demóstenes sigue aquí la misma táctica de combate que hemos descubierto en el discurso *Sobre la libertad de los rodios*, una táctica que le obliga, para actuar contra Eubulo, a apoyarse cada vez más en el pueblo. No se trata de que, con ello, estuviera abandonado un determinado partido histórico por otro; se trata más bien de que, empezando en una situación de completo aislamiento, está llevando a cabo una campaña que puede conducir, eventualmente, a la formación de un grupo propio, de un partido demosténico, por así decirlo. Que un grupo como éste no podría por menos de incluir una buena parte de los defensores del antiguo partido radical, agrupado en torno a Aristofón, es cosa que se vió con claridad desde el principio, pues en la democrática Atenas el grupo radical constituía siempre la vanguardia de quienes reclamaban una política exterior activa. Demóstenes tenía que reanudar en un plano más elevado, si podemos decirlo así, la misma política que había naufragado en la última etapa de la Segunda Confederación. Para lograrla, necesitaba del pueblo. La *Primera Filípica* iba a revelarlo bien pronto ejerciendo su influjo en grado máximo para alcanzar este fin. Esto implicaba, sin embargo, una trágica exigencia; pues aunque lo hiciera sin ninguna ambición egoísta, sino con la mejor de las intenciones, al tratar de conseguir un ascendiente sobre las masas estaba obligado al mismo tiempo a complacer sus más bajos impulsos y a servirse de ellos sin escrúpulo para sus fines propios.

Podría pensarse que a Demóstenes —que tan enérgicamente aludió en su discurso en pro de los rodios al inminente peligro representado por el avance de Filipo— se le ocurriría la idea de fortalecer a Tracia para poner un tope entre Macedonia y los Dardanelos. El futuro

inmediato iba a demostrar que el verdadero peligro para los Dardanelos residía en el rey de Macedonia. En efecto, como era de esperarse, Filipo avanzó hacia los estrechos siete años más tarde, después de la paz de Filócrates. En conexión con su política persa, necesitaba entonces del Quersoneso, que le servía de puente para dominar el tránsito al Asia Menor. Al mismo tiempo, ese era el mejor lugar para, desde allí, mantener en jaque a Atenas. A quien, como nosotros, considera este problema retrospectivamente, le parece incomprensible que, cuando se pronunció el discurso *Contra Aristócrates*, ni el gobierno ateniense, ni siquiera el propio Demóstenes, hubieran visto que era una necesidad elemental para Atenas mantener una Tracia unida y fuerte y aliarse con ella. Los críticos modernos no han encontrado mejor manera de explicar este descuido que suponer que Atenas estaba, por aquel entonces, unida a Persia con una alianza.[11] Demóstenes, diez años después, hizo en efecto ciertas significativas referencias a sus esperanzas relativas a una inminente alianza entre Atenas y Persia; y algunos conjeturan que, desde el principio, había confiado en el apoyo de Persia contra Filipo. Sin embargo, en los discursos de esta época que han llegado hasta nosotros no hay trazas de nada de esto. Según esa suposición, Atenas se habría estado empeñando en obtener dicho apoyo ya desde antes de que Demóstenes empezara a tener influencia como caudillo. Por el tiempo del discurso *Contra Aristócrates*, Persia habría necesitado que la calma reinara en los estrechos, para poder dedicar todas sus energías a la consolidación interna de su imperio y a sofocar la rebelión egipcia. De este modo, bien pudiera ser que Demóstenes hubiera tomado su posición con respecto al problema tracio por deferencia a los intereses persas.

Pero, examinando la cosa más de cerca, vemos que

Demóstenes pensó, de hecho, e inmediatamente, en el peligro de los estrechos; pero lo mismo que en las décadas anteriores, no pensó que viniera de ninguna otra parte que de Tracia, cuyos confines llegaban justamente al Helesponto. Por consiguiente, quiso mantener a Cersobleptes, rey de esa región, tan débil como fuera posible, fortaleciendo al propio tiempo a Amadoco, su hermano y rival. Su política era, pues, diametralmente opuesta a la del círculo de Aristócrates. Su plan consistía en aplicar a la cuestión de Tracia la táctica flexible y vigilante del equilibrio de poder que había recomendado recientemente, en su discurso *Pro Megalópolis,* para las relaciones con Esparta y con Tebas. Este principio, que se había seguido con cierta amplitud en la política interior de Grecia, se aplicaba ahora de un modo perfectamente consciente con respecto a una potencia no griega. Así, pues, la actitud de Demóstenes en ambos discursos obedecía a un cierto sistema —y él mismo lo dice desde luego—.[12] Por otra parte, el territorio de Amadoco colindaba con Macedonia, y estaba particularmente amenazado por este lado. Amadoco había ya ofrecido resistencia armada a Filipo, cuando éste intentó invadirlo; mientras que Cersobleptes se había puesto de parte de Filipo. Por esto, Demóstenes vió en Amadoco el aliado natural de Atenas, no sólo contra una eventual intrusión de Cersobleptes en los estrechos, sino también contra Macedonia en particular.[13] Demóstenes no creyó ni por un momento que Caridemo fuera a arrebatar Amfípolis de las manos de Filipo para devolverla a Atenas, como habían imaginado los del gobierno ateniense. Su opinión de que Filipo era el mayor enemigo de Atenas —opinión que reiteró aún en el discurso *Contra Aristócrates*— resultó en esto ser cabalmente sensata.[14] Pero ni el propio Demóstenes había imaginado todavía que Filipo pudiera algún día desbordar la Tracia y marchar de frente

hacia los Dardanelos. Ciertamente, no hubiera podido en aquel momento considerar que Amodoco fuera ninguna garantía adecuada contra esa posibilidad. Lo que hoy parece evidente es que el mejor camino que Atenas hubiera podido tomar consistía en promover la unificación de los diferentes reinos tracios, como baluarte contra Filipo. Pero es muy dudoso que hubiera tenido suficiente influencia para conseguirlo antes que fuera demasiado tarde. Lo que sí es patente es que la política de los círculos gubernamentales de Atenas era ilusoria y corta de alcances; pues no sólo no podía Caridemo devolverles Amfípolis, sino que, por congraciarse con él, abandonaban a su anterior protegido Amadoco, lo arrojaban en brazos de su enemigo Filipo, y le abrían a éste las puertas de Tracia. Estas fueron las consecuencias de la política del gobierno; en cuanto a Demóstenes, combatió esta política y previó estas consecuencias con toda precisión.

Después de todo, la historia de la diplomacia no acabará nunca de registrar tremendas sorpresas como la que dió al mundo Filipo de Macedonia en el otoño, tal vez, del mismo año en que esos asuntos eran debatidos en Atenas. Con su repentina entrada en Tracia, las disputas por el trono entre los principescos hermanos, que Atenas alimentaba tan cuidadosamente, quedaron bruscamente solventadas. Esta vez no pudo ser detenido. Marchó sobre los Dardanelos y, en noviembre, los atenienses perdieron el aliento al escuchar la noticia de que estaba sitiando la ciudad costera fortificada de Heraion Teicos, en la entrada de la Propóntide.[16] ¿Cómo es posible que hasta un observador tan perspicaz como Demóstenes se equivocara al juzgar las verdaderas intenciones de Filipo, siendo así que lo consideraba un adversario tan peligroso? Pues no cabe duda de que en el discurso *Contra Aristócrates* no hubiera hablado en modo alguno como lo

hizo de haber ocurrido esta invasión unos meses antes. No es injusto que fundemos nuestra crítica sobre el conocimiento que tenemos del ulterior desarrollo del poder de Filipo. Que en la política exterior oficial de Atenas había una falla, es cosa que, por supuesto, podía verse de antemano con perfecta claridad; además, Demóstenes la señaló correctamente. En cuanto a que sus propios cálculos fueran igualmente erróneos, quedaría tal vez explicado por el hecho de que Filipo, cuando intervino poco antes en la Guerra de Fócida en la Tesalia, sufrió dos derrotas, y aun después de haber vencido a los focenses su avance quedó paralizado en las Termópilas. La fama de Filipo era demasiado reciente todavía para que pudiera resistir el efecto de estos fracasos. En realidad ¿qué había hecho hasta entonces Macedonia? A pesar de todo, Filipo consiguió quedarse permanentemente en la Tesalia; y su rápida conquista de la Tracia arrojó una luz deslumbradora y despiadada sobre la condición enérgica y formidable de este enemigo. Tres o cuatro años más tarde, en la *Tercera Olintíaca,* Demóstenes se refiere a esta ocasión como al punto decisivo en la política contra Filipo, en el cual, bajo el impacto directo del terror, todos se levantaron por vez primera para actuar, aunque luego no persistieron en su resolución.[16] El momento debió de ser particularmente decisivo para el propio Demóstenes, pues desde entonces todo su pensamiento y su voluntad se centraron en la resistencia al peligro macedonio, objetivo único que arrinconó en la sombra a todos los demás. El hecho de que la realidad hubiera cumplido con creces sus profecías, y de que las medidas que él propuso hubieran resultado tan insuficientes, le dió a su voluntad, inquieta pero tenaz, el ímpetu tremendo que necesitaba para el pleno desarrollo de sus fuerzas.

¿Desde cuándo había empezado Macedonia a ser

un factor en el norte de Grecia? Hacia fines del siglo v, el rey Arquelao había conquistado la admiración de Tucídides[17] con el éxito que coronó sus primeros intentos de introducir la avanzada civilización de los griegos entre sus deudos de los valles del Estrimón y el Haliacmón y de la costa noroeste del Egeo —pueblo de campesinos pendencieros, apegados todavía a las antiguas formas patriarcales—. Arquelao había empezado dando a su país una organización militar y política más estricta, no sólo para protegerlo contra el constante avance de las tribus ilirias y peonias del noroeste y el noreste de Macedonia, y contra las intrusiones de tipo bandolero de los tracios por el este, sino particularmente para salvarse de la dominación de las ciudades coloniales griegas de la península de Calcidia, que estaban a las puertas de Macedonia y florecían rápidamente. Desde 432, en que Olinto se segregó de la Confederación ateniense al estallar la guerra del Peloponeso, esas ciudades se mantuvieron unidas bajo la jefatura de Olinto, y tendieron a constituir su propio núcleo de poder. Al territorio interior de Macedonia, con su cultura primitiva, se inclinaba siempre a considerarlo como un simple campo de explotación.[18] Naturalmente, la helenización que logró alcanzar Arquelao —ese típico déspota ilustrado de fin de siglo— fué más bien superficial. Las buenas carreteras militares que ahora cruzaban el país en varias direcciones no alteraban gran cosa la estructura social del pueblo, ampliamente desparramado como estaba en sus haciendas. Pero, en caso de guerra, sí tendrían a su disposición los requisitos técnicos más adelantados. Y el hecho de que, en el fondo, esa civilización nos les hubiera penetrado, hacía de ellos unos soldados más útiles todavía. Como ocurre siempre que un alma relativamente primitiva absorbe una cultura intelectual, el rey Arquelao era un hombre

contradictorio: falto de escrúpulos por naturaleza, era considerado por los griegos como un tirano inhumano; pero, al mismo tiempo, gracias a su celo por la cultura, había reunido en su corte a un grupo de poetas y artistas griegos, entre ellos Eurípides y Agatón, los trágicos más grandes de la época.

Después de la muerte de Arquelao, el país revertió a su antigua anarquía y fué la escena, durante varias décadas, de usurpaciones y sangrientas disputas por el trono. No es de extrañar que en ese tiempo Macedonia necesitara constantemente el apoyo de potencias más fuertes que ella para las cuestiones de política exterior. Así, bajo el reinado de Amintas III, que duró veinte años, se vió obligada a requerir la ayuda de su mayor enemiga, Olinto, para protegerse contra los ilirios. Olinto, situada en la península calcídica, era el centro mercantil más importante del norte. Desde la Guerra del Peloponeso, con el derrumbamiento del poder marítimo de su antigua rival Atenas, Olinto se fué poniendo cada vez más atrevida y segura de sí misma. Había unido a la mayor parte de los estados griegos vecinos en un estado calcídico, con el cual ninguna otra potencia de la costa norte de Grecia podía competir de igual a igual. En 382, ese mismo Amintas de Macedonia tuvo que ponerse bajo la protección de Esparta, la cual, por ese tiempo, todavía conservaba en la Hélade un influjo supremo. La guerra que estalló entre Esparta y Olinto terminó con la caída de esta última. La Confederación olintíaca quedó, pues, un tanto debilitada. Su lugar fué ocupado, por los años de setenta, por una nueva potencia de la Grecia septentrional, la cual había estado ganando ventaja rápidamente en el territorio tradicionalmente agrario de Tesalia. Se trataba de la tiranía del poderoso Jasón de Feras, quien, confiando en el apoyo de las masas revolucionarias, redujo a la impo-

tencia a la antigua nobleza tesaliana y puso de este modo a la mayor parte del país bajo su propio dominio. Cuando, finalmente, se metió también con Macedonia, Amintas III vióse nuevamente obligado a buscar apoyo en la potencia predominante de la Grecia meridional. Pero esta potencia ya no era Esparta, sino la renaciente Atenas de la Segunda Confederación.[19] Atenas consiguió tener a raya a Jasón, y quedó más que satisfecha de poder reconquistar su supremacía en aguas septentrionales de Grecia.

Desde los tiempos de la Confederación ática, Atenas había estado pidiendo la ciudad de Amfípolis para sí misma, pero los reyes macedonios no habían atendido a su reclamación. Aunque la ciudad era una fundación ática, debido a la mezcla de su población se había mostrado hostil a Atenas por largo tiempo. Finalmente, se había sometido formalmente al rey Perdicas de Macedonia, y desde entonces era macedonia. Si la posesión de su puerto en las bocas del Estrimón era para Atenas de la mayor importancia, para Macedonia esta importancia era de vida o muerte. Y así, podemos comprender que hasta un usurpador macedonio como Ptolomeo (el que matara a Alejandro II, hijo de Amintas), cuyo débil poder pudo sostenerse solamente por la ayuda del general ateniense Ifícrates, no reconociera las pretensiones de Atenas por Amfípolis. Verdaderamente, el problema de Amfípolis puede decirse que fué el factor determinante de las relaciones entre Atenas y Macedonia. Su carácter debió de agudizarse cuando, después de años de confusión, la situación entera quedó fijada sobre una base más sólida al iniciarse el gobierno de Filipo II y tomar la política macedonia un rumbo firme e independiente, lo mismo dentro que fuera del país.

Al principio, Filipo había tenido que hacer unas

cuantas promesas a los atenienses, concediendo en parte lo que ellos querían, pero manteniéndolos más o menos en suspenso hasta que hubiera aclarado su posición con respecto a su propio país y a las tribus bárbaras que habían invadido a Macedonia, y que pudiera actuar entonces más decididamente. Cuando llegó este momento, se quedó con Amfípolis. A partir de entonces, Atenas está en guerra con él. Por supuesto, no había posibilidad de que Filipo atacara el Atica, pues carecía de flota; además, no tenía ningún interés en hacerlo. Se limitó a quedarse con Amfípolis y a empujar a los atenienses paso a paso fuera de la costa macedonia. Por otra parte, Atenas no era capaz de atacar a Macedonia por mar, como lo fué en tiempos de su Segunda Confederación, bajo Timoteo e Ifícrates. En cuanto al bloqueo, no era un arma muy efectiva contra un país agrario que producía todos sus alimentos. La guerra, pues, consistió en poco más que ocasionales expediciones corsarias y de piratería. Naturalmente, el objetivo final de Filipo debe de haber sido la conquista de toda la línea costera. No era Atenas, sin embargo, quien se interponía ahí en su camino, sino las ciudades griegas costeras de la Calcidia. Después de que la más poderosa de ellas, Olinto, se hubo rehecho de la conquista espartana de 379, y luego de haberse derrumbado la hegemonía espartana, surgió una nueva y poderosa confederación de ciudades calcídicas bajo la dirección de Olinto. Era, por tanto, natural que renaciera la antigua oposición de Macedonia a esos molestos vecinos; pero, considerando su manifiesta hostilidad a Atenas, Filipo buscó su apoyo de momento, y hasta formó una alianza con Olinto. Las excavaciones norteamericanas, efectuadas en el lugar de esta antigua y poderosa ciudad comercial, han puesto nuevamente a

luz hace unos años los términos de este memorable tratado.[20]

Al estallar la llamada Guerra Santa o Anfictiónica entre Tebas y Fócida, se le presentó a Filipo la primera ocasión de tomar parte activa en los asuntos internos de Grecia, y de extender su propio dominio hacia el sur. En esta guerra, Atenas y Esparta se pusieron de lado de los focenses ladrones de templos, debido a la tradicional enemistad con Tebas, mientras que Filipo tomó partido por el bando tebano. No cabe duda de que él no tenía interés alguno en dedicar sus energías al arreglo de la situación en la Grecia central; menos aún le importaba la lucha desesperada de la Confederación beocia por someter nuevamente a los focenses renegados, mediante lo cual se reforzaría la ascendencia tebana en la Grecia central, donde no podía ya sostenerse una vez muerto Epaminondas. En realidad, si Tebas se hubiera restablecido de este modo, hubiera intentado ciertamente extender más al norte su esfera de influencia, y hubiera reanudado sus esfuerzos por intervenir en la Tesalia, aproximándose entonces peligrosamente a Macedonia. El propio Filipo estaba directamente interesado en la Tesalia; pero, mientras la guerra mantuviera a Tebas ocupada en la Grecia central, pensó que aliándose con ella y con Tesalia le sería más fácil ganarle por la mano y establecer en Tesalia una avanzada permanente. La desorganización interna del país lo convertía en suelo propicio para que de él surgieran nuevas fuerzas, las cuales podrían fácilmente convertirse en peligrosas para los estados vecinos. Esto se había visto ya con el reino de Jasón de Feras. Afortunadamente para Macedonia, todos los sucesores de Jasón fueron débiles. Así, pues, todo se presentaba como si hubiera llegado el momento propicio para que una potencia extranjera interviniese en Tesalia, presentán-

dose a guisa de pacificadora, pero apoderándose de la dirección de todos los partidos políticos, casi iguales unos a otros en debilidad, que tenía el país. Los tesalios habían entrado en la guerra contra Fócida, casi como un solo hombre, del lado de Tebas. Pero esta unanimidad no duró mucho. La vieja nobleza tesaliana pronto llamó a Filipo para que se las entendiera con los tiranos de Feras.

Filipo sabía exactamente lo que quería. La tarea que se le presentaba exigía el concurso de su vehemente energía y de su sagacidad diplomática; y a ella se dedicó con gran tesón. Encontrándose muy apurados, los tiranos de Feras trataron entonces de poner de su lado, en la lucha de Tesalia, a una fuerza militar que pudiera contrarrestar a Filipo, y ésta era la de los focenses, que andaban enardecidos por su victoria en la Grecia central. De este modo, la verdadera escena del drama focense se trasladó a Tesalia en el segundo acto, y Filipo tomó en él la parte del protagonista, substituyendo a los agotados tebanos. Aunque perdió las primeras batallas en 354, frente al arrojado y experto caudillo focense, el mercenario Onomarco, consiguió al año siguiente aniquilar las bandas de merodeadores focenses en el golfo de Pagasas, y derribar a los tiranos de Feras. Como consecuencia, la Tesalia entera se le sometió por su propio acuerdo. Se le aclamó como libertador y se le nombró comandante en jefe de la Confederación tesalia. Hubiera avanzado en seguida hacia la Grecia central, poniendo allí fin a la guerra de un solo golpe, si los atenienses y los espartanos no se hubieran apresurado a mandar tropas de refuerzo a las Termópilas, cerrándole así esa vía hacia la Hélade. Esto obligó a Filipo a detener su avance. Se sintió satisfecho con lo que había ya logrado, y ciertamente no era poco. Pero no permaneció inactivo un solo instante. En vista de

que Atenas había tomado parte activa en bloquear su marcha a las Termópilas,[21] sin que él pudiera hacer nada por impedirlo, aseguró la Tesalia y paró aquel golpe echándose sobre Tracia, irrumpiendo hacia los estrechos y obligando a Cersobleptes a unirse a él y a despedir a su ministro pro-ateniense Caridemo.

La repentina marcha de Filipo hacia el Helesponto trastornó no sólo los cálculos en que estaba basada la política oficial ateniense, sino además los que Demóstenes —el implacable crítico de aquella política— había expuesto en su discurso *Contra Aristócrates*. En su *Primera Olintíaca*, escrita tan sólo unos años después, Demóstenes evoca nuevamente toda la carrera borrascosa del rey Filipo, con su fuerza dramática irresistible.[22] Aunque Demóstenes pronto lo había señalado como el más peligroso enemigo de Atenas, con todo debió de existir un momento determinado en que descubriera la imposibilidad de detener ese avance del adversario que tan magistralmente describe con palabras de intensa congoja: "¿Hay alguien entre vosotros, atenienses, que se haya detenido a considerar el camino recorrido por Filipo, desde su debilidad inicial hasta su grandeza presente? Primero tomó Amfípolis, después de ésta Pidna, luego Potidea, más tarde Metone; finalmente invadió la Tesalia, y después de asegurarse para sus fines de Feras, Pagasos y Magnesia, se encaminó hacia Tracia; allí destronó algunos reyes y puso en su lugar a otros; luego cayó enfermo..."

Aquí tenemos que interrumpir este relato fascinante que conserva toda su viveza, para no anticipar los acontecimientos, pues ésta era la situación en el punto a que hemos llegado. Filipo había iniciado el sitio de Heraion Teicos, pero su enfermedad lo obligó a detenerse y concedió al mundo un momento de respiro antes de reanudarse el drama. En este momento, la

fuerza irresistible con que se estaba desarrollando el poderío de Filipo debe de haber despertado en Demóstenes la plena conciencia de la situación. El avance de Filipo hacia la Tesalia meridional había aterrorizado de tal modo al gobierno ateniense, que mandó un cuerpo de tropas a las Termópilas a pesar de la pasividad de su política exterior. Pero este terror colmó la medida cuando los macedonios cayeron como un rayo sobre el Helesponto. El temor por la seguridad de los estrechos, que Demóstenes había manifestado en el discurso *Contra Aristócrates*, se volvió repentinamente hacia Filipo, en lugar de los vecinos tracios, y cuando llegó la noticia de la grave enfermedad de Filipo, debió de parecerles a los atenienses un acto salvador de la Providencia, pues les concedía la tregua que necesitaban para tomar medidas contra cualquier otra sorpresa de este género.

Pagaríamos con gusto cualquier cosa por conocer detalles de la actitud de Demóstenes frente a los inquietantes acontecimientos de este tiempo, los cuales deben de haber producido en él la más honda impresión. ¿Existe algún documento de entonces que dé noticia de ello? De acuerdo con la tradición antigua, la *Primera Filípica* fué pronunciada en 352-1; si así fuese, éste sería justamente el documento. El *rhetor* Dionisio de Halicarnaso, a quien debemos esta fecha, obtiene de buenas fuentes muchos de sus datos cronológicos. Sin embargo, esas fuentes no le proporcionan las fechas de los discursos, sino sólo la época de los acontecimientos que según él los provocaron. Desgraciadamente, se pasó de la mano al relacionar los discursos con las situaciones históricas mejor determinadas. Ya no es posible averiguar con exactitud qué fué lo que promovió cada uno de los discursos. Así pues, los esfuerzos de Dionisio por fecharlos, los cuales constituyen la única base de nuestra cronología, a menudo nos dejan en

medio de las dudas. En particular, su opinión con respecto a la *Primera Filípica* ha sido casi universalmente rechazada por las investigaciones más recientes. Se suele ahora situar este discurso mucho después, en el año 349-8, época en que Filipo cayó sobre Olinto. La razón para adoptar esta última fecha es la referencia a un repentino ataque de Filipo contra Olinto, ataque que usualmente se identifica con el célebre sitio de 349.[23] Sin embargo, dejemos abierta por ahora esta cuestión de la cronología, para que así podamos prestar una atención más detenida al discurso mismo. En todo caso, este es el primero de los discursos que nos han llegado que trata directamente de las relaciones entre Atenas y Filipo posteriores a ese decisivo cambio que sufrieron los asuntos.

En este discurso, Demóstenes llama la atención sobre la necesidad de una enérgica preparación de guerra contra Filipo, cuyo poderío se está propagando como el fuego. La cuestión macedonia ha sido ya debatida con bastante frecuencia en la Asamblea, y Demóstenes se ha conformado durante largo tiempo con ceder la tribuna a los oradores habituales. Aun hoy, podría haber atendido a lo que tuvieran que decir, y aplazar su propuesta hasta que hubieran hablado. Pero, como sea que han hablado tantas veces anteriormente sin producir resultado alguno, es él quien sube ahora a la tribuna como primer orador.[24] Esta iniciativa es característica del discurso entero. El tono lo da ya el proemio mismo: el auditorio empieza a aguzar el oído. Un nuevo elemento, que no se encuentra en los discursos anteriores, es la deliberada intención de prescindir de reticencias. El hecho de que, a pesar de todo, Demóstenes crea necesario disculparse por lo que va a decir, todavía realza el efecto. Es consciente del riesgo que ello entraña (estas son palabras de un orador cuya fama como

consejero político es reciente todavía), pero da este paso con fría determinación. Después de esto, penetra en la médula del asunto. Pero al principio nada se nos dice sobre ningún hecho concreto, pues los atenienses conocen estos hechos demasiado bien; Demóstenes se ocupa de ellos más a fondo tan sólo cuando el discurso está ya adelantado.

Empieza[25] tratando del estado de ánimo de sus oyentes. "Ante todo, atenienses, no debéis desalentaros por la actual situación, por mala que pueda parecer. Pues aquello que es peor en el tiempo ya pasado, es lo que mejor se ofrece para el tiempo venidero. ¿Y qué es esto, entonces? El hecho de que vuestra situación es mala *porque* vosotros, atenienses, no habéis hecho nada de lo que era debido. Pues si os encontrarais así habiendo hecho todo lo que era necesario, no habría ciertamente esperanza de alivio."

Así habla un espíritu viril, consciente de la responsabilidad del momento. No encontramos aquí la fría ironía y la condescendencia burlona del discurso *Sobre las Simmorías*, con su brillante modo de maniobrar con motivos encubiertos, ni el tono instructivo del discurso *Pro Megalópolis*, el cual se propone que las masas alcancen a comprender la lógica inherente al modo de pensar del político profesional. Cualquiera que recuerde los discursos de los estadistas que aparecen en la historia de Tucídides, y el modo estricto y positivo como se adentran desde luego en su tema y lo debaten de un cabo a otro, se asombrará de ver la cantidad de espacio que Demóstenes dedica aquí a cuestiones de ética.[26] Pero estas consideraciones éticas no flotan por encima del material de hechos, al modo de abstractas apelaciones al deber o al sentimiento; menos aún trata Demóstenes de embellecer la frase o de disimular la amarga realidad, para que sus peticiones parezcan más acepta-

bles a sus oyentes. Espera más de ellos: les hace el honor de tratarlos como intelectualmente adultos, diciéndoles toda la verdad. No hay pedagogía más eficaz para un pueblo compuesto enteramente de individuos que piensan por sí mismos y que, en un sentido o en otro, forman sus propios juicios. Pero, para Demóstenes, la verdad no consiste solamente en comunicar los hechos desnudos, lo cual ya sería bastante deprimente; todavía va más lejos, y muestra que estos hechos son la consecuencia necesaria de la pasividad y la ligereza que infectan la política ateniense. No culpa del fracaso ni al azar ni al adverso destino; su razón la busca solamente en la conducta misma de los atenienses. Aunque la causa no la encuentra en una inevitable necesidad del desarrollo histórico, sino en una falla de la fibra moral, ve que la fuente de los errores anteriores es al mismo tiempo la fuente de la única esperanza que queda. Plantea el problema de la voluntad, y exige que todas las energías se concentren en esa tarea que hasta entonces ha sido tratada tan a la ligera, y que, en realidad, no ha sido todavía verdaderamente reconocida.[27]

Este es el punto de vista desde el cual enseña a los atenienses a considerar la nueva supremacía de Filipo en Grecia, la cual los está anonadando simplemente porque se les presenta como tan abrumadora. No es ésta la primera vez que Atenas ha estado en tales dificultades, pues al perder la Guerra del Peloponeso se encontró aislada frente a la enorme superioridad de Esparta y sus aliados; pero entonces logró dominar la situación poniendo a contribución todas sus energías.[28] El poderío mismo de Filipo no es sino el resultado de aplicar su fuerza entera incansablemente, de no abandonar la vigilancia y atisbar inmediatamente cualquier punto débil que presentan las defensas del enemigo,

pegando en el lugar de la mínima resistencia, con el fin de mejorar su propia posición. De este modo ha conseguido dominar todas las ciudades atenienses de la costa norte de Grecia y ha obligado a Pidna, Potidea y Metone a rendirle vasallaje, lo mismo que a esos pueblos que le están proporcionando tropas (Demóstenes piensa aquí probablemente no sólo en los tesalios, sino además en los tracios, a quienes Filipo ha dominado recientemente); pero ¿a quién más hubieran podido unirse? Todo el mundo estaba dormido, y Filipo era el único que estaba listo y disponible. El no estar presente es siempre un error. Así es como Filipo ha conquistado a sus vasallos. No todos lo han seguido por puro entusiasmo; se le someten simplemente porque es su único amparo.[29] De ello, sin embargo, son culpables solamente las dilaciones y la ligereza de Atenas. Tenemos que hacer lo que Filipo ha hecho.[30] Todos los que puedan ser útiles al estado deben dejar de emboscarse; unos, deben dar dinero; quienes hayan llegado a la edad, deben ingresar en el ejército; en una palabra, cada cual tiene que arrimar el hombro. Pronto llegará el momento en que no podamos ya contar con que sea el prójimo quien lo haga todo por nosotros, sin que hagamos nosotros nada por nuestra parte. Ya las cosas han llegado a un punto en que nosotros, los atenienses, no podemos optar libremente entre permanecer en paz o emprender el ataque. Nuestra indolencia incita al enemigo a mostrarse cada vez más audaz, y mientras nosotros estamos aquí sentados titubeando, él nos está rodeando por todos lados. Tal vez estamos aguardando alguna fuerza impulsora que nos obligue a poner manos a la obra. Pero ¿qué otro incentivo puede haber más fuerte que el sentido de la vergüenza de nuestra situación presente? Todo el mundo va de un lado para otro inquiriendo las últimas noticias. "¿Ha muerto Filipo?" "No,

pero está enfermo." Pero, ¿y esto qué importa, atenienses? Pues aunque algo le ocurriera realmente, si vosotros permanecéis tan faltos de interés vais a crear en el acto un nuevo Filipo.[31] Pues lo que lo ha engrandecido no es su fuerza, sino vuestra indiferencia. Si realmente muriera, pero el destino tuviera que seguir cuidando de vosotros mejor de lo que hacéis vosotros mismos, ello difícilmente os ayudaría a recobrar Amfípolis, lejos como estáis de allí. Sólo cuando estéis dispuestos podréis atacar a voluntad y donde la ocasión requiera.

Claramente se ve que no ha sido ningún acontecimiento externo determinado, sino esta misma comprensión de la situación entera, lo que ha determinado a Demóstenes a presentar las proposiciones prácticas a continuación de la parte ética del principio del discurso. Pide una duplicación de los armamentos, pero no —como él mismo dice— con vistas a ninguna expedición auxiliar determinada, lo cual no cambiaría ahora nada de lo que ha ocurrido ya, sino con el objeto de estar permanentemente preparados. Todo el plan de campaña debe ser alterado. Sugiere que haya dos ejércitos atenienses, de los cuales uno tiene que estar disponible en todo momento, para ser embarcado inmediatamente en el caso de que Filipo repitiera uno de sus ataques por sorpresa. Este ejército tiene que estar compuesto de ciudadanos, no de mercenarios. (La pugna de Demóstenes por emplear a los ciudadanos mismos en el servicio de guerra aparece a lo largo de todos sus discursos contra Filipo.) Este primer ejército, al que hay que proveer con cincuenta barcos, tiene por misión atacar al enemigo en su propio territorio, tan pronto como se aventure en una expedición que lo obligue a dejar indefensa a Macedonia, como fueron, por ejemplo, la de las Termópilas y la del Helesponto.[32] El segundo ejército tiene

que permanecer en campaña permanentemente y, donde quiera que sea posible, hostigar al enemigo y mantenerlo en jaque. Su dimensión debe ser limitada, con el fin de prevenir cualquier dificultad sobre la paga. A esta fuerza secundaria, lo mismo que a la primera, hay que asignarle ciudadanos atenienses, pero en ella los mercenarios tienen que estar en mayoría. Se le confiará la misión de llevar a cabo una especie de guerra de asalto y pillaje, de acuerdo con la costumbre establecida de antaño por los caudillos mercenarios de la Segunda Confederación.[33] El propio Demóstenes invoca este precedente, aunque no sin criticar severamente el abuso de este género de lucha cuyo descrédito produce a menudo más daño a los aliados que a los enemigos. Para el pago de estas tropas volantes, el estado debe garantizar una cuota mínima; para todo lo demás, la guerra misma debe suplirlos. Desgraciadamente, esta parte del discurso en que Demóstenes indica las fuentes de donde hay que obtener los fondos de estado adicionales para el sostenimiento de este cuerpo, fué omitida en la versión destinada a publicarse. Sabemos de ella solamente por el encabezado habitual Πόρου ἀπόδειξις[34] —"Exposición de un procedimiento para obtener dinero"—. Es patente que, en este punto, el discurso original sufrió ciertas reducciones para fines editoriales en la época de su publicación, debidas probablemente a que esta parte ya no le satisfacía a Demóstenes, y a que, entretanto, había quedado superada por otras medidas más eficaces. En las *Olintíacas* presenciamos la lucha de Demóstenes por conseguir que se destine a fines de guerra el dinero del teatro que, según la ley ateniense, se repartía entre el pueblo. Pero en la *Primera Filípica* no pudo ciertamente arriesgarse a presentar proposiciones tan drásticas, las cuales muy fácilmente hubieran podido entrañar peligros para él. Debió, pues, de espur-

gar sus propuestas originales en el momento en que la guerra hizo inevitables otras medidas más radicales.

¿Qué otros testimonios poseemos de esta tardía edición,[35] y de la situación que la originó? Entre las inesperadas acometidas de Filipo que Demóstenes menciona, están no sólo los ataques a las Termópilas y al Helesponto, sino además el de Olinto, del que debemos ocuparnos en el capítulo siguiente. Por este motivo, los investigadores modernos han situado el discurso en la época en que Filipo invadió el territorio olintíaco para sitiar a la ciudad. Pero en ese momento las propuestas de Demóstenes hubieran sido inoportunas. Hubieran debido adoptar una forma mucho más definida. Demóstenes no hubiera podido solicitar entonces la creación de un cuerpo de reserva que estuviera en Atenas listo para el caso de un contratiempo como ése, sino que hubiera tenido que proponer el envío directo de una expedición de auxilio a Olinto, como hizo desde luego en sus posteriores *Olintíacas*. Pero el discurso tampoco pudo haber sido pronunciado *después* de la caída de Olinto, pues entonces Demóstenes hubiera tenido que emplear un tono enteramente distinto. Después de haber pronunciado las *Olintíacas* no hubiera podido decir: "Hasta ahora sólo han hablado los demás; ahora, finalmente, vengo yo a hacer mi proposición." La tradición cronológica de Dionisio de Halicarnaso es enteramente correcta al numerar nuestro discurso como la *Primera Filípica*.[36] Recientemente, los investigadores dieron con una salida suponiendo que esa expedición contra Olinto no fué el famoso ataque de Filipo del año 349, sino su ataque a Estagira —uno de los miembros de la Confederación Olintíaca—, el cual tuvo lugar uno o dos años antes, en la época de su invasión de la Tesalia. Pero a mí me parece que Demóstenes hubiera tomado un poco las cosas por los cabellos si se

hubiera referido a esto como a una expedición contra Olinto. Las medidas que propone la *Primera Filípica* sólo hubieran sido apropiadas para después de la terrible sorpresa que produjo el repentino ataque de Macedonia al Helesponto. En la *Primera Olintíaca* el mismo Demóstenes nos dice que Filipo cayó entonces enfermo en el sitio de Heraion Teicos; y esto es, como sabemos, algo que ocurrió por el tiempo de la *Primera Filípica*, pues en ella Demóstenes regaña a los atenienses porque están sin hacer nada y confían solamente en la enfermedad de Filipo. Por lo demás, la propuesta que Demóstenes les hace de armarse para prevenir cualquier otra sorpresa, encaja admirablemente con esta época, en la cual Filipo se encontraba impedido de intentar nada nuevo. La referencia a Olinto, por tanto, debió de haber sido añadida en la revisión posterior del discurso, después de que, en el período intermedio, Filipo eclipsó con su nueva embestida todas sus azañas anteriores. Quedan todavía otras huellas de esta revisión, la cual, sin embargo, no parece que llegara muy a fondo. Demóstenes no debió de tener éxito con su propuesta, pues la reitera después en las *Olintíacas*, siguiendo generalmente y con notable fidelidad la versión original que aparece en la *Primera Filípica.*

Así pues, si nuestro cálculo es correcto, tenemos en la *Primera Filípica* una prueba directa del prodigioso efecto que ejerció en la visión política de Demóstenes el avance de Filipo hacia el Helesponto, lo mismo que su marcha hacia las Termópilas. El discurso demuestra que Demóstenes vió en seguida cuán equivocado estaba poco antes, en su discurso *Contra Timócrates*, al apreciar la importancia de los diferentes factores; prueba también que enderezó inmediatamente todos sus esfuerzos a luchar contra Filipo. La *Primera Filípica* es un intento por tomar enérgicamente la iniciativa con res-

pecto a la política macedonia; es la continuación directa de las dos actuaciones separadas de Demóstenes, cuando la cuestión de Megalópolis y cuando la de los rodios e, igual que en esas dos, no consigue tampoco que se cumpla su propósito. Sólo después del ataque de Filipo contra Olinto empieza realmente a ser comprendida la política de Demóstenes. Este se halla decidido a sacar a viva fuerza de su pasividad a la política exterior ateniense, y a conseguir que las cosas empiecen a marchar antes de que ocurra algo peor.[87]

"Vosotros, atenienses, estáis mejor provistos que nadie de trirremes, de hoplitas, de caballería, de recursos; pero hasta el mismo día de hoy no los habéis jamás empleado como era debido. Y al conducir la guerra contra Filipo, os comportáis como los bárbaros cuando luchan a puñetazos: pues un bárbaro, cuando le pegan, se aprieta el lugar donde recibe el golpe; si le pegan en otro lado, ahí lleva sus manos. Pero vigilar al adversario y esquivar el golpe, es cosa que ni sabe ni puede hacer. Así vosotros: si oís decir que Filipo está en el Quersoneso, votáis que allí se mande una expedición; si está en las Termópilas, que sea allí donde se mande; si está en cualquier otro lugar, corréis igualmente de un lado para otro detrás de él, y permitís que sea él quien os dicte la manera de conducir la guerra."

Es justamente esta capacidad para mirar al frente y proceder al ataque lo que Demóstenes pide de los atenienses. Todavía no cree que la fuerza de su pueblo no sea ya capaz de hacerlo. Los ve cómo debaten y toman resoluciones, pero nadie *actúa*. ¡Si por lo menos hubiera en las empresas bélicas y en el servicio militar, aproximadamente el mismo orden y la misma regularidad que hay todos los años en los preparativos para las representaciones teatrales de las Dionisias; si sus proposiciones para la guerra pudieran ser reforzadas

legalmente del mismo modo como aquellas por las que el estado sufraga los gastos de esas representaciones o de la procesión panatenaica —entonces todo estaría salvado![38] ¡Qué cruel escarnio! Pero ¿habrá quien lo comprenda? Por el contrario ¿no pensará cada cual que las cosas marchan como es debido, si pertenece a un estado cuya gente vive solamente pensando en las ganancias materiales, o bien es esclava de los excesivos placeres que le piden sus nervios refinados en demasía por caprichos estéticos y deportes filosóficos? ¡Qué sorprendente conocimiento propio revela esta apelación a la pura voluntad! "Tal vez antes fué posible obrar como estáis obrando. Pero ahora las cosas se acercan a una crisis." [39]

Lo que le da al discurso este nuevo vigor es el sentido de la inminente decisión, el cual inspira la fantasía del orador con imágenes de una magnificencia turbadora y subyugante, como jamás ninguna otra elocuencia ha llegado a producir. El estilo que llamamos demosténico en el estricto sentido, el estilo verdaderamente *apasionado*, que nace del alma y no es pura cuestión de palabras, aquí aparece repentinamente cabal y maduro. Lo que en los primeros discursos de estado había sido elaborado tortuosa y penosamente, surge ahora de las ardientes profundidades del alma de Demóstenes como una fuerza elemental, aunque gobernada por una irresistible firmeza de voluntad. No hay nada que se compare a esta conjugación de pasión vehemente y fría razón. Este es un espíritu que no admite la táctica de dejar hacer. Se caracteriza, hasta un grado verdaderamente superior, por su comprensión intelectual. Esa especie de frenesí visionario que tiene, lo enfrena y reprime precisamente en los momentos de expresión más elevados, cuando las limitaciones del puro "pensamiento político" quedan rebasadas y la pasión sazo-

nada de este hombre se trasmuta en una nueva, inaudita forma de arte. Cómo pudo ser que en Demóstenes se fundiera el verdadero dominio del artista sobre la forma con la justeza del conocimiento, la fuerza de la voluntad moral y la profética conciencia de un destino amenazador, es cosa que permanecerá como un eterno secreto del alma griega.